
C. WRIGHT MILLS

LAS CAUSAS DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL



Editorial PALESTRA

COLECCIÓN HISTORIA VIVA

Colección *"Historia Viva"*

dirigida por
GREGORIO SELSER

Títulos publicados:

DEMOCRACIA Y TIRANÍAS EN EL CARIBE
por WILLIAM KREHM

GUÍA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS
por STETSON KENNEDY

TÍTULO DEL ORIGINAL EN INGLÉS:
THE CAUSES OF THE WORLD WAR THREE
por WRIGHT MILLS
Editado por
Simon and Schuster, New York, 1958

Editado en Argentina
Printed in Argentine

C. WRIGHT MILLS

LAS CAUSAS DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Traducción del inglés
por
MARIO MARINO



EDITORIAL PALESTRA
BUENOS AIRES

1 — LA GUERRA HACESE TOTAL... Y ABSURDA

Reflexionar sobre la guerra es reflexionar sobre la condición humana, porque esa condición viene a revelarse ahora con toda claridad en la forma en que se está gestando la tercera guerra mundial. Los preparativos para esta guerra constituyen en la actualidad el rasgo característico de las principales sociedades del mundo. La expectación de la misma se deriva de las definiciones oficiales de la realidad mundial. En consonancia con estas definiciones, las *élites* que están en el poder deciden y dejan de decidir; el público y las masas aceptan fatalmente; los intelectuales adornan y justifican. La marcha y el empuje hacia la tercera guerra mundial son en estos tiempos parte integrante de la sensibilidad contemporánea y característica distintiva de nuestra época.

La mayoría de las causas de la tercera guerra mundial se aceptan como "necesarias"; aguardar su advenimiento se considera "realismo". Políticos y periodistas, intelectuales y generales, hombres de

negocios y predicadores libran ahora esta guerra, creando activamente la situación histórica en la cual se la contempla como inevitable. Para ellos "necesidad" y "realismo" se han convertido en recursos para disimular su propia falta de imaginación moral y política. Entre dirigidos y dirigentes la insensibilidad moral a la violencia es tan manifiesta como la disposición a practicar esa violencia. El clima de guerra impregna todos los ámbitos. Toda vida social y personal se organiza en sus términos; domina la curiosa vida espiritual de los pueblos del Cristianismo; perfila su comportamiento científico, limita su esfuerzo intelectual, magnifica los presupuestos nacionales del mundo y ha sustituido a lo que antes se llamaba diplomacia. El avance hacia la guerra es masivo, sutil, oficial y marcha por propio impulso. La guerra ya no es una interrupción de la paz: en nuestros tiempos la misma paz se ha transformado en incómodo intervalo entre guerras; la paz se ha convertido en peligroso equilibrio de terror mutuo y pánico mutuo.

I

En cierta época —quizás todavía a fines de la segunda guerra mundial— "la guerra o la paz" fue una elección razonable. El costo de una guerra era susceptible de ser balanceado con sus posibles resultados, pero la guerra total de las armas absolutas ha puesto fin a lo razonable de esta elección.

La cuestión de los objetivos estratégicos se ha hecho anticuada: los objetivos son las regiones del mundo.

La distinción entre lo militar y lo civil es anticuada: los aturdidos combatientes son las poblaciones mundiales.

La distinción entre ataque y defensa es anticuada: la única defensa es el ataque total, y la "defensa civil" —incluso como propaganda de guerra— se la considera convenientemente una farsa.

La distinción entre armas estratégicas y armas tácticas también es anticuada: su contínuo empleo se basa en la ignorancia de la dialéctica de los hombres en guerra y del significado absoluto del nuevo arsenal. Cabe esperar que toda estrategia puramente militar termine ahora en la aniquilación mutua.

La pericia militar, como tal, ha perdido sentido: todos los problemas de la guerra y la paz han pasado a ser problemas políticos y morales.

La guerra ya no es "la continuidad de la política por otros medios", porque ningún fin político puede alcanzarse con la guerra total. Esta ya no sirve a ningún "interés" verdaderamente nacional de ningún país. Ningún plan en que hombres razonables puedan "creer" imparte sensatez a los preparativos de guerra ni promete alcanzar paz en el mundo.

Por primera vez en la historia norteamericana, hombres autorizados hablan de "emergencia" sin terminación previsible. Por primera vez en la historia mundial los hombres viven preparándose para una guerra que, según ellos mismos admiten, ninguno de los combatientes podría ganar. No tienen imagen de lo que podría significar la "victoria" ni idea de algún camino hacia la victoria. En la segunda guerra mundial los objetivos de guerra hiciéronse "incondicionales", o sea política y económicamente vacíos. Sin embargo en esa guerra todavía hubo planes estratégicos para la "victoria" por medios violentos. En cambio para la tercera guerra mundial ni siquiera hay teorías de victoria militar. No hay términos de rendición ni confianza en los medios militares para imponer tales condiciones, si las hubiera.

Sin embargo, los hombres de poder, mientras hablan de paz, practican para la guerra. Cada bando pretende responder a las necesidades de la propia defensa y actuar por nobles intenciones, por temor a la innoble agresión del otro. Habiendo procedido a dominar Europa oriental, la URSS confronta bases de bombardeo norteamericanas que rodean el territorio continental soviético y chino. Habiendo adquirido medios de violencia realmente temibles, ambos antagonistas se afanan en atemorizarse recíprocamente y a sí mismos. Habiendo copado el dominio de la relación entre el hombre y la naturaleza, ambos canalizan el violento potencial de la naturaleza hacia el fin de la destrucción total. Lo que para un bando es defensa, para el otro es amenaza. En el torbellino de la lucha cada cual es prisionero de su temible perspectiva y de su miedo al adversario; cada cual se desplaza y es desplazado en un círculo vicioso y letal a la vez.

La posición equivale a esto: nos hallamos al final de un camino militar que no conduce a ninguna parte sino a la muerte. Con la guerra, caerán todas las naciones. Sin embargo, la preparación de la tercera guerra mundial es hoy el esfuerzo más agobiante y monumental de las principales sociedades del mundo. La guerra se ha hecho total. La guerra se ha hecho absurda.

II

La actual política exterior de Estados Unidos es decididamente parte de esta absurda situación: ha sido más un cúmulo de reacciones tardías que una serie de ingeniosas respuestas a las cambiantes condiciones del mundo. Esta política ha presupuesto la superioridad militar de Occidente, al principio, y específicamente, por la bomba atómica, pero luego, cuando esto resultó infundado, la bomba de hidrógeno proporcionó efímera esperanza. Y siempre prevaleció la torpe noción de que la ciencia soviética progresaba por obra de espías rojos en Norteamérica, y también, por supuesto, de que en el fondo de todo estaban los científicos alemanes capturados. El derrumbe de tantas ilusiones no dio por tierra con la presunción doctrinaria; así como sucede con todos los dogmas, sencillamente convirtióse en Gran Realidad. Por capricho o mala fe, la suposición persistió: Occidente es superior, el sistema soviético es atrasado; la URSS no dejará de ser una potencia industrial de segunda categoría.

Además, así como la *élite* rusa supuso que los Estados Unidos caerían de alguna manera en la ruina económica, la *élite* estadounidense se aferró al concepto de que el sistema soviético siempre es políticamente vacilante. "Están muy mal", dijo el señor Dulles a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado seis meses antes del Sputnik I. A la larga, aseguró esperanzado, *tendrán* que buscar la paz; entonces Washington enviará a Moscú su ultimátum, cuyos términos nadie conoce. Ese fue el gran sueño que lo apuntaló todo: la contención por encercamiento militar, las falsas promesas de "liberar a los satélites de Europa oriental", la invasión del Líbano, la estupidez de sostener el régimen títere de Formosa y todo lo demás.

La política norteamericana todavía se basa en esa clase de definiciones oficiales, mucho más de lo que razonablemente cabe esperar. Se sostiene que si los EE. UU. no logran "alcanzar y superar" —empleando una frase bien conocida— la supremacía soviética en cohetes, no quedará otra alternativa que la capitulación o el exterminio. En suma, ni EE.UU. ni Occidente en general aceptan como del todo real ni legítimo el *hecho* del comunismo soviético, y definen la posibilidad de "coexistencia pacífica" como simple propaganda roja. Además, frente a las nuevas actitudes del bloque soviético desde la

muerte de Stalin, la política norteamericana caracterizóse por lo inerte y monolítica.

Los programas políticos y económicos han sido reemplazados por la doctrina de la violencia y por el inepto oportunismo basado en ésta. Esa doctrina ha sido y sigue siendo la base fundamental de la política de EE. UU., pero la política de EE. UU. está en bancarrota porque no consiguió frenar la creciente influencia de la Unión Soviética desde la finalización de la segunda guerra mundial. En términos nacionalistas de ganancias y pérdidas, "perdió" China y está en vías de perder Medio Oriente, la India y gran parte del resto del mundo subdesarrollado. Ha exacerbado el recelo entre los pueblos y *élites* no capitalistas y resentido la confianza entre los hermanos capitalistas, ha entrado a formar parte de la declinación moral que el término "norteamericanismo" entraña en el país y en el exterior, y ha incrementado la inseguridad de los Estados Unidos y del mundo en general.

La doctrina de la represalia masiva se ha convertido en un gran absurdo. Sin embargo se la observa rígidamente, aunque sólo sea porque los hombres de las esferas oficiales no tienen otra doctrina a que aferrarse. Les falta una imagen oficial y razonable de cómo sería la paz; no tienen idea de cómo el tipo de guerra que están preparando sería el medio conducente al tipo de paz que podrían querer.

En todo esto los demócratas no pueden señalar a los republicanos como fracasos. Acheson y Dulles son consecutivos: la política exterior bipartita se ha transformado en desacierto político bipartito. No fueron pacifistas sino realistas; no teóricos sino hombres prácticos quienes estuvieron a cargo de la crisis que ahora, en esta época de absurdo belicista, no logran encarar.

Es como derivación del desacierto e incompetencia de esa *élite*, que ahora se elaboran teorías de inevitabilidad histórica, y es en tales desaciertos donde descansan los sentimientos de fatalista renuncia. Pero la verdad, argüiré, es que el origen y causa de la "inevitabilidad" de la tercera guerra mundial está en la rigidez de quienes tiene acceso a los nuevos medios para hacer la historia. Es día a día más evidente que no el "destino", sino la incompetencia doctrinaria, arrastra a la humanidad a la gran trampa. El nuestro no es tanto un momento de grandes decisiones como un momento de grandes decisiones que no se hacen. Un exceso de malas decisiones pequeñas conspira contra la adopción de las grandes que hacen falta.

III

No cabe duda de que la guerra y la paz son los problemas más importantes que confronta hoy el raciocinio humano. Sin embargo, tan total es su desorientación, que, como chiquillos en disputa, su razonamiento a menudo se reduce a simples afirmaciones y contra-afirmaciones. Los argumentos de los principales círculos intelectuales en torno a la guerra y la paz a menudo parecen otra vuelta de la retórica de la guerra fría que ahora se desarrolla en Oriente, en Occidente y entre el público para su discusión. Carecen de orientación en cuanto a valores considerados y de guía para la definición esclarecedora.

Muchos catedráticos dicen —y muchos más creen— que sólo un tonto hablaría en público de las causas de la guerra y los caminos hacia la paz. Creen que la mente humana no puede abordar con éxito las cuestiones totales y últimas en juego, que toda indagación que no sea más "especializada" habrá de pecar de inadecuada. Sin embargo muchos, quizás temiendo incurrir en falta de patriotismo, se vuelven propagandistas nacionalistas; otros, temiendo quizás caer en anticientificismo, se vuelven técnicos nacionalistas. Ninguno de ambos tipos parece capaz de trascender los términos oficiales en que hoy se define el conflicto mundial. Como propagandistas no ilustran más que cualquier propagandista; como técnicos, se entregan de antemano a una u otro esfera limitada de política que explican y justifican. En consecuencia, todos los conocimientos y pericia que tantos estudiosos del hombre y la sociedad puedan tener, se desperdician en lo tocante a los problemas humanos de la guerra y la paz.

Empero, todos los significativos problemas del hombre y la sociedad contemporánea gravitan en las cuestiones de la guerra y la paz, y la solución de todo problema importante descansa en cierta medida en su desenlace. No creo que estas cuestiones sean en la actualidad tan temiblemente complicadas como todos tienden con tanta facilidad a presumir. Sin embargo, aparte de esto, precisamente el intelectual, el catedrático, el estudiante, tienen la misión de confrontar las complicaciones; tienen la misión de seleccionar las cuestiones de tal manera que las preparen para someterlas al ejercicio de la razón y para actuar en puntos estratégicos de intervención. Tenemos la misión de elaborar continuamente el nuevo comienzo.

La época en que vivimos es crucial; la tradición del análisis

social clásico es evidente. Debemos responder a los acontecimientos; debemos definir políticas orientadoras. Si así no lo hiciéramos, habremos dejado de cumplir con nuestros deberes intelectuales y públicos; abdicaríamos al papel que la razón pueda tener en los asuntos humanos. Y esto no debemos hacerlo.

En este ensayo exploratorio deseo esclarecer cómo, dentro de la historia de nuestra época inmediata, se está gestando la tercera guerra mundial. También quisiera determinar si es posible que algún grupo identificable de hombres y mujeres haga algo, y, en ese caso, quiénes son y qué deben hacer para que haya paz. No me dirijo a las *élites* del poder ni al pueblo en conjunto, sino a quienes en general tienen conciencia de lo que ocurre, a quienes han meditado sobre la preparación de la tercera guerra y comienzan a intranquilizarse por ella. Abrigo la esperanza de que su intranquilidad se convierta en reflexión más audaz y es mi propósito ayudarlos a operar ese cambio.

En la Primera Parte encararé la interrogante, "¿Hacen Historia los Hombres?", definiendo los problemas del hacer historia y del hacer la guerra en nuestros tiempos, examinando las ideas de la historia como destino y de la historia como decisión, y revalorando la idea de la responsabilidad política.

En la Segunda Parte consideraré las causas de la "Tercera Guerra Mundial", tratando de separar de la confusión las explícitas decisiones y la falta de decisiones que estén en juego.

En la Tercera Parte preguntaré, "¿Qué Debemos Hacer, Entonces?" Para contestar a esta pregunta de manera sensata deberé examinar el controvertido significado de la paz, enunciar los obstáculos a cualquier programa de paz y sugerir con exactitud quiénes se encuentran en posición de hacerlo.

En la Cuarta Parte, "El Papel de los Intelectuales", me dedicaré a las relaciones entre quienes dictan las decisiones y los intelectuales, para sugerir actividades específicas que los intelectuales, científicos y sacerdotes pueden y deben emprender en la actualidad.

Primera Parte

¿LOS HOMBRES HACEN HISTORIA?

2 – DEL DESTINO Y DECISION

¿En qué sentido puede decirse que los hombres hacen historia, y en qué sentido, si existe, acontecimientos históricos tales, como la guerra, son inevitables? Algunos creen en la marcha inexorable de los acontecimientos, creen que los hombres están atrapados por las circunstancias, aunque las circunstancias dependan en cierto sentido colectivo de los hombres mismos. Otros, en cambio, recalcan la función causal de las decisiones en el desarrollo de la historia. Para ellos los acontecimientos no son inexorables sino que son susceptibles de formación —y a menudo son formados— por las deliberadas decisiones de círculos identificables de hombres.

En materia de destino y decisión, creo que no podemos dar una sola respuesta que se aplique a la historia humana en su totalidad. Discurrir sobre el desarrollo de la historia en general es privarnos de la oportunidad de comprender el desarrollo histórico de cualquier época en particular. Es menos útil, por ejemplo, discurrir sobre las causas de la guerra en general o sobre las causas de cualquier guerra del pasado, que sobre los motivos que nos llevan ahora a la tercera guerra mundial. Para conocer las causas de las guerras mundiales primera y segunda no hace falta conocer mucho las de la tercera.

Es regla fundamental para el análisis social, especialmente hoy, el que no podemos limitarnos a presumir la existencia de fuerzas que gravitan en la historia con independencia de la estructura de una época dada, y si existiesen no las podríamos comprender. Tampoco debemos suponer que la "guerra" sea un fenómeno unitario, siempre causado por fuerzas y decisiones uniformes. No comprenderemos mejor las causas de la tercera guerra mundial estudiando historia como registro del pasado sino examinando, en la frase de Paul Sweezey, "el presente como historia". Toda época tienen sus propios tipos de desarrollo histórico, sus propias formas de guerra y de paz y sus propias condiciones entre ambos extremos. Las causas de la guerra y las condiciones de la paz deben considerarse históricamente específicas para cada época.

En consecuencia, corresponde enunciar de distinta manera nuestra interrogante: ¿Es la guerra, en la actualidad, cuestión de ciega deriva, de sucesos inexorables, de destino histórico? ¿O se trata de hombres que hacen decisiones, y, en tal caso, de qué hombres?

La noción de destino yace en el fondo de todas las nociones de que la historia escapa al alcance humano. En la Europa medieval y la antigua Grecia la idea del destino cristalizó en Voluntad Divina; cuando prevalece esta voluntad, los eventos públicos y las vidas privadas se contemplan como realización del Gran Plan de Dios, que dura más de cinco años. Esta idea de Dios como Planificador Totalitario, presumo, surgió cuando la naturaleza era inexorable: es una idea preindustrial. Como definición de destino es hoy anticuada, por decir poco.

Pero también hay otra concepción de destino, concepción no anticuada todavía. Se trata de una idea sociológica de grande y directa utilidad política que, en efecto, es indispensable para la adecuada reflexión sobre los asuntos humanos.

Decir que un acontecimiento histórico es causado por el destino es decir que constituye la suma y resultado no premeditado de innumerables decisiones de un sinnúmero de hombres. Estos hombres no son lo suficiente compactos desde el punto de vista social como para ser reconocibles, y las decisiones que cada uno de ellos tome no tienen por sí mismas la trascendencia necesaria para que los resultados sean previsibles. Toda decisión que cada hombre toma por separado es una entre tantas, y los resultados de cada decisión son

minúsculos. La suma de estas decisiones —coincidentes, encontradas, concurrentes— lleva a un resultado ciego: el acontecimiento histórico, que, en consecuencia, es autónomo. No existe ningún nexo entre la intención de ningún hombre por separado y el resultado conjunto del sinnúmero de intenciones. Así, en el clásico modelo del mercado capitalista, innumerables empresarios e innumerables consumidores forman y reforman con decenas de miles de decisiones por minuto la estructura de la economía a largo plazo. Asimismo, las causas de acontecimientos históricos como la guerra tampoco se hallan bajo la fiscalización humana. Los acontecimientos están más allá de la decisión humana explícita.

Esta es la principal limitación que Carlos Marx tuvo en mente cuando escribió en el *Décimooctavo Brumario*: "Los hombres hacen su propia historia, pero no como ellos quieren. No la hacen en circunstancias elegidas por ellos mismos..." Engels escribió en el mismo sentido, y el punto de vista de Tolstoy es similar.

Esta concepción sociológica del destino, en suma, se relaciona con acontecimientos de la historia que escapan a la fiscalización de cualesquiera círculos o grupos de hombres, 1º, lo suficientemente compactos como para ser identificables, 2º, lo suficiente poderosos como para decidir con trascendencia y, 3º, en posición de prever las consecuencias y, por lo tanto, de responder como tales por los acontecimientos históricos.

Así entendido, el destino no es una constante universal enraizada en Dios ni en la naturaleza, ni inherente a la naturaleza del hombre ni a la naturaleza de la historia.

El destino es un rasgo de tipos de estructura social específicos; la medida en que el mecanismo del destino es el mecanismo del desarrollo histórico constituye por sí misma un problema histórico. La magnitud que revista la función del destino, en contraste con la función de la decisión explícita, depende ante todo de los alcances y concentración de los medios de poder disponibles en cualquier momento dado para cualquier sociedad en particular.

El poder se relaciona con cualesquiera decisiones que hagan los hombres con referencia a los órdenes en los cuales viven y con referencia a los acontecimientos que plasman la historia de sus tiempos. Los acontecimientos que escapan a las decisiones humanas suceden, en efecto; los órdenes sociales cambian realmente sin nece-

sidad de decisión explícita, pero en la medida en que se tomen tales decisiones —y en la medida en que se las podría tomar pero no se las toma —el problema de quién participa en decidir o no decidir constituye el problema básico del poder. También constituye el problema del hacer la historia y, por lo tanto, de las causas de la guerra.

Los principales medios de poder comprenden en la actualidad las facilidades de la producción industrial y de la violencia militar, de la administración política y del manejo de la opinión. De conformidad con los alcances, centralización y disponibilidad de tales medios de poder, debemos determinar las funciones de la decisión explícita y el mecanismo del destino en la formación de la historia.

En aquellas sociedades donde los medios de poder son rudimentarios y descentralizados, la historia *es* destino. Las innumerables acciones de un sinnúmero de hombres modifican el medio local, y, por ende, modifican la estructura en conjunto. Estas modificaciones —el curso de la historia— marchan sobre las espaldas de los hombres. La historia avanza a la deriva, a pesar de que en total "los hombres la hacen".

Pero en las sociedades donde los medios de poder son de enormes alcances y de forma centralizada, un puñado de hombres puede estar situado de tal manera dentro de la estructura histórica que, por sus decisiones y por el empleo que dan a estos medios, modifican las condiciones estructurales en que deben vivir la mayoría de los hombres. En la actualidad tales *élites* de poder hacen historia "en circunstancias no elegidas en absoluto por ellas mismas", aunque, en comparación con otros hombres y con períodos distintos de la historia humana, estas circunstancias parecen realmente menos inflexibles.

Sostengo que "los hombres son libres para hacer historia" y que algunos hombres son actualmente mucho más libres que otros en este sentido, porque tal libertad requiere acceso a los medios de decisión y de poder que permiten que se haga historia en la actualidad. Suponer que son igualmente libres para hacer historia es suponer que el poderío de todos es el mismo. Pero poder es jerarquía; la forma de esa jerarquía está sujeta por sí misma a cambios históricos y en un momento dado de la historia ofrece a distintos hombres oportunidades diferentes para ejercer su voluntad en la formación de la historia. Lo que para hombres impotentes es un acontecimiento inexorable, para hombres de poder es una decisión que debe hacerse o una cesión que conceder. Es un reto, un obstáculo, una oportuni-

dad, una lucha, un temor, una esperanza. Si en nuestros tiempos los hombres no hacen historia, tienden cada vez más a servir de instrumento de los hacedores de historia y de meros objetos del desarrollo histórico. ¿Pero acaso quienes tienen acceso a los nuevos medios de poder, y sin embargo definen su actuación como de destino, no defraudan ahora la veracidad?

3 – EL DESARROLLO HISTORICO ESTA CENTRALIZADO

La historia de la sociedad moderna sería mucho más fácil de interpretar, vista como la historia del crecimiento y centralización de los medios de poder. En las sociedades feudales estos medios estaban descentralizados pero en la edad moderna se centralizaron. La expansión de la sociedad industrial ha entrañado el desarrollo y centralización de los medios de producción económica porque los campesinos y artesanos fueron reemplazados por corporaciones privadas e industrias gubernamentales. El surgimiento de la nación-estado ha involucrado una transformación similar en los medios de violencia y administración política porque los nobles de la realeza y los caballeros son sustituídos por ejércitos en pie y maquinarias militares. La culminación de los tres fenómenos —en economía, política y violencia— se opera en estos momentos con gran dramatismo en los EE. UU. y la URSS.

Antes de la segunda guerra mundial varias naciones hicieron historia internacional; cuando ese fue el caso, la guerra era más fácil de explicar como ciego resultado de fatal interrelación. Pero ahora en que solamente existen dos —y todo lo que hay entre ambas

es prácticamente vacío político— la formación de la historia está más centralizada y más abierta a la política de la decisión explícita.

En los dos superestados los medios formadores de historia con que cuenta el poder se hallan organizados. Sus recursos para la violencia son absolutos; sus sistemas económicos cobran creciente autarquía; en lo político cada uno de ellos es en progresiva medida un mundo cerrado, y en todas estas esferas sus burocracias son mundiales. Estos dos titanes de nuestra época han ido "más allá del nacionalismo" para convertirse en centros de bloques de poder anteriormente soberanos. Han relegado el conglomerado europeo de naciones a un puesto secundario; fiscalizan la paz e incluso la posibilidad de desarrollo industrial entre los pueblos subdesarrollados del mundo. El poder internacional, en suma, ha sido centralizado.

En las sociedades capitalistas el crecimiento y coordinación de los medios de poder avanzó gradualmente y muchas tradiciones culturales los restringieron y modificaron. En las sociedades comunistas estos fenómenos se operaron con extraordinaria rapidez, por lo general sin el gran discurso de la civilización occidental, sin el Renacimiento y sin la Reforma, y sin la clásica época burguesa que tanto fortaleciera y proporcionara foco político a la idea de la libertad. En tales sociedades la consolidación del poder ha sido más brutal y, desde el principio, estuvo bajo autoridad firmemente centralizada. En ambos tipos los medios de poder han adquirido ahora alcances internacionales y son de forma similar.

Es indudable que cada tipo tiene sus propios altibajos, que ninguno de los dos es absoluto todavía y que la forma en que se los dirige difiere profundamente. Sin embargo estas dos sociedades dominantes del mundo van excediendo su desarrollo de manera similar y los propios términos de su antagonismo mundial fomentan su convergencia. Aunque sus perfiles históricos difieren tanto que en su encuentro presenciamos la confrontación de dos épocas caracterizadas por dos tipos de revolución, tan similares son los respectivos aspectos burocráticos de su industrialización en el contexto de la guerra total, que en su encuentro también presenciamos el desarrollo paralelo de ambos.

Técnica y geográficamente ambas son supernaciones. A diferencia de las sociedades europeas, cada una ha amalgamado en su dominio continental una gran variedad de pueblos y culturas. Ambas han crecido considerablemente en territorio y poder. La expansión norteamericana —desde un puñado de colonias junto a la costa atlántica

hasta un dominio continental con avanzadas militares en la mitad de las naciones del mundo— no interviene menos en la condición actual que la expansión soviética.

En ambas la clave del poder radica en su adelanto tecnológico. Como hecho espiritual, el "materialismo" de los soviéticos no es más importante que el "materialismo" de Occidente, y, en especial, de los Estados Unidos, donde la misma religión se ha vuelto en estos tiempos una actividad completamente secular. En ambas los medios de producción están dispuestos de manera que, en nombre de la eficiencia, se enajena el trabajo; en ambas, además, los medios de consumo son culturalmente explotadores. En ninguna de las dos existe importante artesanía en el trabajo ni mucho aliciente para vivir en los ratos de ocio. En ambas, los hombres están sujetos a burocracias impersonales en el ocio y en el trabajo. Esta tendencia no es invención bolchevique, sino que forma parte de la principal línea del desarrollo industrial y técnico occidental y, en especial, norteamericano.

En ambos la ciencia, la lealtad, la industria y los cánones nacionales de excelencia están al servicio del sistema de guerra y de los preparativos de guerra. En ambos la maquinaria científica es un fetiche cultural y social, y no un instrumento bajo continua valoración y fiscalización por el público, y paulatinamente la organización de todas las formas de vida va adaptándose más a los aspectos económico y militar de esa maquinaria.

Para ambos superestados la guerra es anticuada como medio para cualquier política que no sea la aniquilación mutua, pero en ambos toda política y toda acción encuadra en la perspectiva de una tercera guerra mundial. En ambos la justificación de los medios por "nuestros fines" y la aceptación de "nuestra violencia" como medio necesario son doctrinas oficiales, y no sólo son doctrinas sino las prácticas erigidas en el seno de la vida oficial de la nación.

En ambos las luchas políticas tienden a ser reemplazadas por decisiones administrativas. A medida que el nivel de vida de cada nación avanzada mejora, la indiferencia o el temor —según el caso— tienden a hacer de la "administración del consentimiento"y de la regulación de las irregularidades políticas una cuestión de rutina administrativa. Dentro de ambos la mayoría de los hombres son ahora objetos de la historia que se adaptan a cambios estructurales con los cuales poco o nada tienen que ver. Si bien puede que los dictadores o los demócratas los "tomen en cuenta" en diversos grados, no figuran entre quienes hacen la historia. Dentro de ambos la

elaboración de la historia —y, por ende, la preparación de la guerra— está virtualmente monopolizada por los que tienen acceso a los medios materiales y culturales que en la actualidad sirven en poderosa medida para hacer historia. El punto de inmediata importancia es: pequeños círculos mandatarios de ambos superestados afirman que la violencia militar y todo el aparato de sostén de una sociedad sobredesarrollada en pie de guerra, son concepciones terminantes, prácticas, inevitables y realistas.

Muchos otros puntos de convergencia y coincidencia se aprecian entre ambos países, tanto en aspiraciones como en realidad, y a medida que el complejo industrial soviético continúe ampliándose los paralelismos habrán de hacerse más pronunciados. En ideología superficial parecen diferir, pero en tendencia estructural y en acción oficial su semejanza va en aumento. No la ideología, sino la tecnología industrial y militar encaminada hacia la guerra total, bien podría determinar que las aspiraciones de cada uno lleguen a su debido tiempo a concretarse en las realidades del otro.

4 – LOS GRANDES Y LOS PODEROSOS

Los voceros norteamericanos poco dudan de que los grandes y los poderosos de la Unión Soviética hacen historia. Se acostumbra achacar a los dictadores rojos malas consecuencias históricas que se consideran directamente atribuibles a sus decisiones y designios, pero en las democracias formales —especialmente ahora que las cosas no marchan tan bien— se afirma que ninguna *élite* hace historia ni está en condiciones de hacerla. En general se acepta la omnipotencia de los malos tiranos en el exterior y la prevalecencia de dirigentes virtuosos pero impotentes en el país: en Norteamérica, al final de cuentas, el "pueblo" es mágicamente soberano.

Cuando examinamos a los Estados Unidos en pleno siglo veinte encontramos muchas de estas imágenes heredadas que confunden nuestro intento por confrontar la realidad actual. Este es uno de los motivos por las cuales son el eje de todo estudio social; debemos estudiarlas aunque sólo sea para despojarnos de ellas. En los Estados Unidos se relacionan por lo general tales imágenes con la primera mitad del siglo diecinueve. En esa época los centros económicos estaban muy dispersos y sometidos a escasa o ninguna autoridad central; el estado vigilaba de noche, pero carecía de voz decisiva de

día. Cada hombre era un fusil, y la milicia carecía de órdenes centralizadas. Son imágenes que pertenecen por completo a la historia.

Dentro de Estados Unidos tenemos hoy tres amplios planos de poder perfectamente diferenciables. Primero, la cúspide de Norteamérica moderna, que va unificándose en creciente medida y a menudo parece volitivamente coordinada. En esta cúspide ha surgido una *élite* cuyo poder probablemente supere al de cualquier pequeño grupo de hombres en la historia, con excepción, quizás, de la *élite* soviética. Segundo, los planos medios, con frecuencia un juego incoherente de fuerzas estancadas; lo intermedio no vincula el fondo con la cúspide. Tercero, el fondo de esta sociedad, políticamente fragmentario, que, incluso como hecho pasivo, se halla en creciente impotencia; en este fondo se va estructurando una masa social.

El poder de decisión asienta ahora en las instituciones militares, políticas y económicas. Otras instituciones van modelándose para ser empleadas en mayor medida por las tres principales. A través de ellas se pilotea el empuje y celeridad de una fabulosa tecnología, incluso mientras se estimula y modela su propio desarrollo. Como cada una de las tres grandes ha asumido su forma moderna, sus efectos sobre las otras dos se han acentuado y el movimiento entre ellas es mayor. El sistema de poder norteamericano ya no está integrado por una economía y un orden político encuadrados dentro de límites propios, que incorporan libremente milicias locales de nula importancia para la política y el lucro. Este sistema es ahora una economía política en intrincada relación con un orden militar rector en la economía y crucial en el lucro. Hoy el triángulo de poder formado por estos tres órdenes es un hecho estructural que constituye la clave para interpretar a los más altos círculos de la Norteamérica actual. Esto se debe a que cada uno de los tres dominios coincide con los demás en que las decisiones de cada cual se han hecho más amplias, y a que los dirigentes de cada una —los altos militares, los gerentes de corporaciones y los directorios políticos— tendieron a aunarse para formar la *élite* mandataria norteamericana.

I — El orden político, otrora formado por varias docenas de estados con un centro federal débil, se ha transformado en un aparato ejecutivo que incorporó a su seno muchos poderes legislativos y administrativos previamente dispersos. Ahora, en cambio, alcanza todos los ámbitos de la estructura social. El comercio y el gobierno tienen vinculación más estrecha y explícita y se ha vuelto imposible

contemplar con claridad a cada uno de ellos como mundo aparte. Dadas las condiciones norteamericanas, el crecimiento del gobierno ejecutivo no significa simplemente la "ampliación del gobierno" como una especie de burocracia autónoma; significa el ascenso de los hombres de las corporaciones a la prominencia política. Ya durante el New Deal tales hombres habían participado en el directorio político, pero con el advenimiento de la segunda guerra mundial vinieron a dominarlo. De mucho tiempo vinculados con el gobierno, ahora pasaron a dirigir con carácter plenario la economía del esfuerzo bélico y la era de postguerra.

II — La economía —otrora una gran dispersión de pequeñas unidades productivas en equilibrio un tanto autónomo— ha venido a ser dominada desde adentro por un puñado de centenares de corporaciones, interrelacionadas en lo administrativo y en lo político, que empuñan entre ellas las riendas de las decisiones económicas. Esta economía es una economía permanente de guerra y una economía de corporación privada al mismo tiempo. Sus relaciones más importantes con el estado reposan ahora en la coincidencia de intereses militares y corporizados, según las definiciones que les imparten los generales y hombres de negocios, y según los aceptan los políticos y el público en general. Dentro de la *élite* global esta convergencia de dominio militar y de ámbito corporizado refuerza a ambos y subordina, además, al hombre simplemente político. No el político de partido, sino el gerente de corporación, es quien tiende ahora a sentarse con los militares para responder a la pregunta: "¿Que hacer?".

III — El orden militar, otrora débil institución en un clima de desconfianza civil, se ha convertido en el rasgo más importante y costoso del gobierno. Detrás de las sonrientes relaciones públicas posee toda la siniestra y pesada eficiencia de una grande y extensa burocracia. Esta amenaza militar, al parecer permanente, exalta al alto personal castrense y virtualmente todas las acciones políticas y económicas se juzgan ahora a la luz de las interpretaciones militares de la realidad. Los altos militares, en suma, han escalado una firme posición dentro de la *élite* de poder de nuestros tiempos.

En considerable medida esta *élite* de poder es la resultante del histórico hecho, crucial para los años transcurridos desde 1939, de que la atención desvióse desde los problemas centralizados en deficiencias internas hacia los problemas internacionales centralizados

en la guerra. Hoy día hasta las deficiencias (por no habiar de pobreza) deben ser y son vistas por altos funcionarios en su faz internacional. Por prolongada usanza histórica el gobierno de Estados Unidos ha sido estructurado por choques y equilibrios puramente internos, pero carece de entidades y tradiciones convenientes para el manejo conveniente de los asuntos internacionales. Fue en este vacío donde adquirió envergadura la *élite* del poder.

La unidad de esta *élite* descansa en parte en la psicología similar de sus diversos miembros, pero detrás de esta clase de unidad estan las jerarquías internacionales ahora presididas por el directorio político, los ricos de las corporaciones y los grandes militares. La forma en que cada una de estas jerarquías está integrada y las relaciones que sostiene con las demás, determina en gran parte las relaciones de sus mandatarios. La unidad de la *élite* no es el simple reflejo de la unidad de instituciones, sino indica la relación permanente de hombres e instituciones. De ahí que debamos comprender a la *élite* de hoy en relación con tendencias institucionales, como el desarrollo de una organización de guerra perpetua a lo largo de una economía privadamente corporizada y situada en un virtual vacío político. porque los hombres que están en la cúspide han sido seleccionados y formados por tales tendencias institucionales.

Su unidad, empero, no radica exclusivamente en la similitud psicológica ni en la fusión estructural de posiciones de mando e intereses comunes. Por momentos es una coordinación más explícita, un vínculo ni total ni continuo, y que a menudo no se sostiene sobre pies muy firmes. La *élite* de poder *no* ha emergido como realización de ningún plan, pero recordemos que las tendencias institucionales pueden definirse como oportunidades por quienes ocupan los puestos de comando. Una vez reconocidas tales oportunidades, los hombres las aprovechan con facilidad. Ciertas personas de cada uno de los tres sectores, más visionarias que otras, promovieron activamente el enlace aun antes de que adquiriese su forma realmente moderna. En la actualidad son más los que han venido a comprender que sus diversos objetivos se logran con mayor facilidad trabajando juntos con carácter formal o espontáneo, y, en consecuencia, lo han hecho.

La idea de la *élite* de poder es, por supuesto, una interpretación que nos permite captar el sentido de las grandes tendencias institucionales, de las grandes similitudes sociales y de las afinidades psicológicas de los hombres de la cúspide, como también de toda coordinación explícita que observemos entre ellos. Pero además se basa en lo acaecido en los planos medio e inferior del poder.

5 — EL ESTANCAMIENTO SEMIORGANIZADO

Suele interpretarse al sistema norteamericano del poder como un equilibrio dinámico de muchos intereses en competencia. En el siglo diecinueve se creía que el equilibrio ocurría entre una gran diversidad de individuos y empresas; en el siglo veinte, en cambio, se considera que ocurre entre grandes bloques de intereses. En ambas definiciones el político es el hombre clave del poder porque hace las veces de corredor entre muchos poderes en conflicto.

El equilibrio y la transigencia de la sociedad norteamericana —los "poderes de contrapeso" y las numerosas asociaciones, los "grupos de veto" y los "intereses creados" —deben contemplarse ahora como relacionados principalmente con los planos *medios* del poder. Es en estos planos medios donde los periodistas políticos y los catedráticos de la política tienden a escribir, aunque sólo sea porque, siendo principalmente de clase media ellos mismos, se encuentran más en contacto con tal ámbito. Estos planos proveen el ruidoso contenido de la mayoría de las noticias y comentarios políticos; sus imágenes coinciden más o menos con el floklore de cómo funciona la democracia, y, si se acepta la imagen maestra del equilibrio, muchos intelec-

tuales, en su patrioterismo actual, están muy dispuestos a dar gusto al optimismo político que quieran satisfacer. En consecuencia, tales interpretaciones liberales de lo que sucede en Estados Unidos constituyen en la actualidad las únicas interpretaciones que alcanzan amplia difusión.

Pero creer que el sistema de poder refleja una sociedad en equilibrio, es, según creo, confundir la era actual con tiempos idos y confundir la cúspide y el fondo con sus planos medios.

Por planos superiores, a diferencia de los intermedios, entiendo, en primer término, el alcance de las decisiones que se adoptan. En la cúspide esas decisiones se relacionan hoy con todas las cuestiones de la guerra y la paz. Además, también tienen que ver con el subdesarrollo y la pobreza, tan importantes problemas de internacionales alcances en la actualidad. En segundo término, designo así a los grupos que luchan políticamente, que tienen o no oportunidad de recuperar las posiciones en las cuales se hacen las grandes decisiones, y cuyos miembros, en efecto, procuran por lo general ese alto comando nacional.

La mayoría de los intereses en competencia que crean el estrépito de la política norteamericana, se preocupan exclusivamente por su tajada en la torta. Es indudable que los sindicatos obreros, por ejemplo, no tienen ninguna política internacional de tipo independiente, aparte de las que ciertos sindicatos adoptan para la protección económica de sus afiliados estrictamente. Lo mismo sucede con las organizaciones agrarias. Los actos de estos poderes de plano medio pueden tener proyecciones reales en la política de altas esferas, y es indudable que en ocasiones obstaculizan o facilitan esa política, pero en cambio no se ocupan verdaderamente de realizarlos, lo que significa, ante todo, que la influencia que puedan tener muchas veces tiende a ser totalmente irresponsable.

Las jerarquías ampliadas, centralizadas y entrelazadas que preside la *élite* de poder han interferido los antiguos equilibrios para relegarlos al plano medio. Este plano medio, creo, sería comprendido mejor como sector de demandas atrincheradas y provinciales que como centro de decisión nacional.

I — La política no es foro donde se ventilen las grandes decisiones de la vida nacional e internacional. No desarrollan tal deliberación partidos responsables ante la nación, que representen y aclaren diversas políticas optativas. No existen partidos así en Estados Unidos.

Más y más los problemas fundamentales jamás llegan a decidirse en el Congreso, y mucho menos ante el electorado en las campañas proselitistas. En el caso del incidente de Quemoy en la primavera de 1955, el Congreso renunció a toda deliberación acerca de los acontecimientos y decisiones que nos llevaron al borde de la guerra. Lo mismo sucede en gran medida en cuanto a las crisis de 1958 en Medio y Lejano Oriente. Tales decisiones pasan ahora regularmente por encima del Congreso y jamás son problemas claramente enfocados de decisión pública.

II — Las organizaciones independientes y libres no vinculan políticamente los planos inferior y medio de la sociedad con los planos superiores de decisión. Tales organizaciones no son un rasgo decisivo de la vida norteamericana de hoy. A medida que el número de personas arrastradas a los dominios de la política aumenta, sus asociaciones adquieren una escala de masa y el poder del individuo pasa a depender de ellas, al extremo de que las asociaciones eficaces deben ser más grandes, con lo cual también se hacen menos accesibles a la influencia del individuo. Este es un hecho primordial en cuanto a las asociaciones en cualquier sociedad en masa, y reviste gran trascendencia para los partidos políticos y los sindicatos.

III — La idea de que en esta sociedad rige un equilibrio de poderes nos obliga a suponer que las unidades en equilibrio poseen un poderío más o menos igual y gozan de verdadera independencia entre ellas. Parece evidente que estas suposiciones han descansado en la histórica importancia de una clase media grande e independiente. A fines del siglo diecinueve y durante la Era Progresista una clase así de agricultores y pequeños comerciantes libró políticamente —y perdió— su última batalla por alcanzar un papel destacado en las decisiones nacionales. Incluso entonces sus aspiraciones parecían ligadas con su propio imaginario pasado. Esta antigua clase media independiente ha declinado, por supuesto. Además pasó a depender en lo político y económico del estado, principalmente en el caso del agricultor subvencionado.

La nueva clase media de empleados de oficina no cabe duda de que no sirve de eje político para ninguna sociedad en equilibrio. Carece en todo sentido de unidad política. Sus sindicatos, tal como son, muchas veces sirven simplemente como apéndices del interés base independiente de poder: la nueva clase media no puede serlo. obrero. Por un considerable período la antigua clase media fue una

En otros tiempos la libertad política y la seguridad económica estaban ancladas en las pequeñas propiedades independientes; en los mundos del empleo de oficina esos fondeaderos no existen. Antaño los propietarios dispersos guardaban vinculación económica con mercados más o menos libres; los empleos de la nueva clase media son integrados ahora por la autoridad corporizada. En lo económico las clases de empleados se encuentran en la misma condición que los asalariados; en lo político, en cambio, su situación es peor porque carecen de organización. No son vanguardia de cambios históricos; a lo sumo son la retaguardia del estado benefactor.

La rebelión agraria de la década del noventa, la insurrección del pequeño comercio más o menos continua desde el ochenta, el levantamiento obrero del treinta, todos fracasaron como movimientos independientes capaces de "contrarrestar" los poderes existentes, pero, en cambio, cada uno de ellos triunfó en distinta medida como interés creado en la corporación y estado ampliados; cada uno ha triunfado como interés parroquial con asiento en distritos específicos, en divisiones locales de ambos partidos y en el Congreso. En suma, se han convertido en elementos fijos de los planos *medios* del equilibrio del poder, planos donde observamos ahora todos aquellos estratos e intereses que en el curso de la historia norteamericana fracasaron en su empeño por alcanzar el poder o nunca hicieron tal empeño.

La sociedad norteamericana se caracteriza por la creciente integración de fuerzas democráticas reales y potenciales en el ampliado aparato de estado. Una gran porción de lo que antes se llamaba "gobierno invisible" ahora forma parte del gobierno perfectamente visible. La "gubernamentalización de la camarilla" se produce en los dominios legislativo y ejecutivo, como también entre ambos. La administración burocrática reemplaza a las políticas electorales; las maniobras de comanditas reemplazan el choque abierto de los partidos. Los hombres de las corporaciones ascienden al directorio político y se acelera el descenso de los políticos del Congreso a los planos medios del poder. La función legislativa a menudo se convierte en un simple equilibrio de localidades soberanas e intereses parciales. Falta virtualmente un servicio civil superior políticamente neutro pero importante, depositario de poder cerebral y pericia ejecutiva. Detrás del creciente secreto oficial se adoptan grandes decisiones al margen de la deliberación pública o siquiera del Congreso.

En la URSS y en el totalitarismo moderno en general, la integración de fuerzas autónomas es explícita; en las democracias formales

lo es mucho menos y no constituye de ninguna manera un proceso completo. Sin embargo está bien en marcha. Los cabecillas de comanditas y grupos y asociaciones de presión maniobran dentro y entre los órganos del estado democrático, para convertirse en parte central de ese estado. Disciplinan a quienes representan; su principal deseo es conservar sus organizaciones, aunque para ello pierdan de vista sus fines en el esfuerzo por consolidarse ellos mismos como medios, no importa que al hacerlo las priven de su acción independiente. Se engañan mutuamente; la historia que hacen *es* historia que marcha a espaldas de los hombres, incluso los de ellos mismos. El plano medio del poder no es en Norteamérica un equilibrio dinámico sino un estancamiento semiorganizado.

6 — EL GRAN PUBLICO NORTEAMERICANO

El ascenso de la *élite* de poder y el descenso de la maquinaria democrática formal a los planos medios del poder, se acompañan paralelamente por la transformación del público norteamericano en una sociedad en masa.

En una sociedad de públicos la discusión es el medio de comunicación por el cual se realiza el ascenso. Los medios de masa, si existen, simplemente amplían y animan esta discusión, vinculando frente a frente a un público con las discusiones de otro.

En la sociedad en masa el tipo de comunicación predominante es el medio formal; los públicos se convierten en simples mercados de esos medios. El "público" de un programa radial, por ejemplo, consiste en todos los expuestos al mismo.

Cuando tratamos de comprender a los Estados Unidos de hoy como una sociedad de públicos, venimos a caer en la cuenta que ha avanzado mucho por el camino que conduce a la sociedad en masa. En la vida oficial "el público" ha adquirido un significado fantasmal. Algunos de los que claman públicamente en los planos medios son reconocidos por las *élites* dominantes como "sindicatos", otros como

"pequeño comercio" y otros más como "agricultores". Pero éstos no son el "público". El público consiste en lo no partidario en un mundo de intereses partidistas; está formado por los remanentes de las clases medias vieja y nueva, cuyos intereses no son definidos, organizados ni expresados explícitamente. En una curiosa adaptación, en la realidad administrativa a menudo "el público" se convierte en el "experto sin compromisos" que, aunque siempre esté bien informado, nunca ha adoptado públicamente una posición definida en los problemas controvertidos. Es el "público" miembro de la junta, la comisión, el comité. En consecuencia, el público representa a menudo una vaguedad política (denominada "criterio amplio"), una falta de participación en los asuntos públicos (conocida como "razonabilidad") y un desinterés profesional (llamado "tolerancia").

Todo esto, en efecto, dista mucho de la idea del siglo diecinueve sobre el público de la opinión pública. En esa imagen clásica se presenta al pueblo con problemas. El pueblo los discute: formula puntos de vista, puntos de vista organizados, que compiten. Un punto de vista prevalece. Entonces el pueblo actúa por su propia opinión, o instruye a sus representantes para que la sostenga, cosa que éstos hacen con diligencia.

Tales imágenes de democracia todavía se utilizan como justificativos prácticos del poder en Norteamérica. Es indudable que todos debemos reconocer ahora tales descripciones más como cuentos de hadas que como aproximaciones útiles. Los problemas que modelan actualmente el destino del hombre no son planteados ni decididos por el público en general. La idea de una sociedad compuesta en su fondo por públicos y dirigida por públicos no es real: es, en cambio, la proclamación de un ideal, y, asimismo, la afirmación de algo legítimo que sirve como máscara de realidad.

I — Al ampliarse y centralizarse el orden político, éste se vuelve menos político y más burocrático, menos sitio de lucha que objeto que debe administrarse.

II — Las antiguas clases medias —otrora fuente independiente de fortaleza democrática— se transforman en un juego de empleados de oficina que formulan cumplidamente sus declaraciones de dependencia.

III — Las comunicaciones en masa no vinculan ni fomentan los

círculos de deliberación; los convierten en simples mercados de los medios. No comunican realmente; trivializan y distraen.

IV — Las comunidades declinan; la segregación metropolitana, de hombres y mujeres en estrechas rutinas y medios les hacen perder como público todo sentido de integridad que habría podido revestir importancia estructural para la historia de su sociedad.

V — Las instituciones voluntarias, abiertas a los individuos y pequeños grupos a los cuales conectan con centros de poder, ya no son los centros predominantes de la estructura social de los Estados Unidos.

Tales tendencias —y otras similares— son bien conocidas, pero por lo general no se las contempla juntas como juego de fuerzas coincidentes. ¿Cuando se las examina de tal manera no surge acaso con claridad que el pueblo norteamericano es ahora mucho menos público político que masa social políticamente indiferente, aunque a veces políticamente entretenible? Los públicos, como las asociaciones libres, pueden ser aplastados deliberada y bruscamente, o bien son susceptibles de disolverse poco a poco. Sin embargo, se lo aplaste en una semana o se los disuelva en una generación, el deceso del público debe contemplarse en relación con el surgimiento de las organizaciones centralizadas y su cortejo de nuevos medios de poder, incluso los medios de distracción en masa. Éstos, como comprobamos en la actualidad, a menudo parecen expropiar la racionalidad y la voluntad de la sociedad de masas aterrorizada o —según el caso— voluntariamente indiferente. En el proceso más democrático de la indiferencia, los restos de tales públicos sólo ocasionalmente pueden ser intimidados por fanáticos en pos de "deslealtad". Sin embargo, a pesar de eso pierden su voluntad de decisión porque no poseen los medios de decisión; pierden el sentido de pertenencia política porque no pertenecen; pierden la voluntad política porque no ven la forma de realizar esa voluntad.

Hoy no podemos limitarnos a presumir que en último análisis los hombres siempre deben ser gobernados con su propio consentimiento porque, entre los medios de poder que ahora prevalecen, está el poder de dirigir y manipular el consentimiento de los hombres. No conocemos los límites de tal poder y esperamos que esos límites existan, pero estas consideraciones no desvirtúan el hecho de que en la

actualidad gran parte del poder se emplea sin la sanción de la razón ni de la conciencia del que obedece.

La *coerción*, como último recurso, es la forma "final" de poder, pero, por supuesto, no constantemente empleamos el último recurso. *Autoridad* (poder justificado por las creencias del obediente voluntario) y *manipuleo* (poder que se ejerce sin que los mandados lo sepan) también deben considerarse junto con la coerción. En efecto, siempre que pensamos en el poder, corresponde distinguir tres tipos.

Creo que en el mundo moderno el poder a menudo no es tan autoritario como se manifestaba en la época medieval. Las ideas que justifican a los mandatarios, que transforman poder en autoridad, no parecen necesarias para ejercer un considerable poder en la actualidad. Por lo menos en muchas de las grandes decisiones de nuestros tiempos la "persuasión" en masa no ha sido "necesaria"; el hecho sencillamente se consumó. Además, los poderosos ni toman ni emplean las ideas que estén a su alcance. Por lo general la justificación de ideologías surge como una respuesta a un eficaz desafío a la autoridad; en los Estados Unidos tal oposición no ha sido lo suficiente eficaz en los últimos tiempos como para crear la sentida necesidad de nuevas ideologías de mando.

7 — DE TRAGEDIA Y RESPONSABILIDAD

Estos acontecimientos no se pueden comprender correctamente en términos de las interpretaciones liberal o marxista de la política y la historia. Cada una de estas corrientes de pensamiento surgió como guía de reflexión para un tipo de sociedad que ahora no existe en los Estados Unidos ni en la Unión Soviética. En estos dos países hallamos nuevos tipos de estructura social que encarnan tendencias comunes a toda sociedad moderna, pero en ellos esas tendencias han adquirido un relieve más desembozado y manifiesto, y quizás nuevas formas en lo cuantitativo.

Eso no significa que haya que renunciar a los ideales de estas doctrinas políticas clásicas. Creo que ambos legados políticos, en sus declaraciones clásicas del siglo diecinueve, se han preocupado por los problemas de la racionalidad y la libertad. En el liberalismo, libertad y racionalidad son las supremas realidades del individuo; en el marxismo son las supremas realidades en cuanto al papel del hombre en el desarrollo de la historia. Creo evidente que las ideas de libertad y racionalidad son ahora completamente ambiguas en las nuevas sociedades de Estados Unidos y la Unión Soviética, pero no creo que

esto sea el único significado de la historia mundial reciente. El ascenso de la *élite* de poder ejemplifica la centralización de los medios para la misma formación de la historia, y este hecho brinda nuevas oportunidades para el desarrollo volitivo de la historia.

Muchos observadores no reconocen esta inferencia de la nueva centralización de los medios ampliados de poder, entre naciones y dentro de ellas; algunos vacilan o se niegan a hacerlo porque consideran que el advenimiento de tales *élites* de poder y de los medios institucionales de poder que las sostienen es un hallazgo demasiado pesimista. Creo lo contrario. Además, aparte de eso, estos *son* aspectos de la realidad, y debemos hacerles frente para encarar la naturaleza del desarrollo de la historia y quezás participar en ese desarrollo. Creo que cabe contemplar con optimismo estas nuevas formaciones de poder.

El antiguo equilibrio internacional de varias o muchas naciones-estados relativamente iguales, ha sido reemplazado por un mundo polarizado. Antes de esta polarización el equilibrio del poder entre las naciones limitaba el poderío internacional de cualquier miembro de la *élite* de naciones. Entonces el mecanismo de los asuntos internacionales era a menudo el mecanismo del destino, pero ahora el interjuego decisivo se realiza entre dos superestados. En el ámbito internacional los acontecimientos han quedado menos sujetos al destino y más supeditados a la decisión humana. Dado el alcance y centralización de los medios de poder organizados ahora en estos dos superestados, el papel de la decisión explícita es mayor. Los que tienen acceso a esos nuevos medios de desarrollo histórico se han vuelto explícitamente estratégicos en asuntos tales como las causas de la guerra y la perpetuación de las condiciones cuya acumulación conduce a la guerra.

Esta situación incrementa la gravitación de las causas de guerra que radican dentro de las naciones y que influyen en las decisiones que adoptan y en los errores que cometen las *élites* en sus nombres soberanos. El crecimiento y centralización de los medios de poder es sintomático de la oportunidad que poseen los hombres para hacer realmente historia; señala su oportunidad de superar el destino para dar lugar a la decisión —y así, posiblemente, a la razón— y establecer una diferencia en el modelado de esta época.

Es indudable que estos hechos significan que si quienes ahora ocupan los nuevos puestos de comando no son capaces de evitar la tercera guerra mundial, entonces son blancos legítimos y accesibles

para su examen intelectual, para el debate moral y para la acción política. Por irresponsables que tales *élites* puedan parecer ahora, y aunque lo fueran, su existencia posibilita y hace imperioso que apliquemos en nuestro análisis y demanda la noción de responsabilidad política. Porque dentro de la estructura de nuestra época histórica los medios de poder son tales que hacen que su uso revista seria trascendencia y, en consecuencia, las decisiones sobre sus usos se convierten en ejes de la historia, y quienes podrían usarlos con visión, los que deciden o dejan de decidir, podrán ser hechos responsables ante los que no tienen acceso a esos medios.

Si la historia es destino, entonces todos —y, en consecuencia, nadie— son responsables de acontecimientos como la guerra. Por lo tanto, el análisis no tendría otra finalidad que revelar el mecanismo de nuestro destino y no se podría esperar seriamente ninguna estrategia que permitiese a la voluntad o la razón del hombre detener la marcha hacia la tercera guerra mundial. Así los hombres arrollados por los acontecimientos, enredados en las circunstancias, no hallarían en la historia puntos de intervención. Entonces la razón se convierte en acaramelada cubierta de la amarga píldora de la impotencia política, en excusa para aceptarla y, en efecto muy real, en justificativo del statu quo y, por ende, de la deriva e ímpetu hacia la guerra.

¿Pero acaso la idea de la historia como destino no es, al final de cuentas, un simple romanticismo que para el adolescente, en su soledad personal y social, a menudo resulta atrayente? Es una manera de decirnos a nosotros mismos y a los demás: "Todos estamos en esto, el carnicero y el general; el enterrador y el secretario del tesoro; el cocinero y el presidente de los Estados Unidos. Por lo tanto, ¿para qué hostilizarnos los unos a los otros? En todo caso, veámoslo todo como una gran comedia".

Pero "nosotros" *no* estamos todos en esto, por lo menos en lo tocante a las decisiones que se adopten o pueden adoptarse.

"Estamos" todos en esto, en cambio, en cuanto a soportar las consecuencias de estas decisiones.

Creo que negar cualquiera de ambas declaraciones es negar la realidad del poder. Para el cómodo profesor universitario de alguna sociedad superdesarrollada, el colocarse trágicamente en la misma categoría que el esclavo de Arabia o el campesino de la India sería tan presuntuoso como colocarse (junto con el esclavo y el campesino) en las mismas trágicas posiciones en que se encuentra el presidente de los Estados Unidos, el rey Saúd o los hombres del cambiante círculo

interior de la Unión Soviética. Únicamente cuando todos los hombres del mundo ejerciesen iguales poderes en una democracia absoluta de poder, podríamos sostener con seriedad el "concepto trágico" de responsabilidad.

Los trágicos generalizan el "nosotros" de su lamento a lo genéricamente humano, y al hacerlo lo arrastran más allá de la esfera política. Pero la sustitución de la idea directa de "responsabilidad política" por la sombría noción de "trágica responsabilidad" no es conveniente. No hay duda de que no lo es en la actualidad, en los Estados Unidos de hoy. Se trata simplemente de una evasiva oportuna ante las frustraciones de la política, y de una impresión grandiosa, pero falsa, de la propia función personal en los asuntos humanos. Es una evasiva lúgubre y fatalista que, exornada con un poco de retórica liberal, conduce directamente a la irresponsabilidad política de la abstención conservadora.

Creer en la responsabilidad política es reconocer que puedan existir *élites* de poder irresponsables por su incompetencia general o porque están poseídas por dogmas que las incapacitan para ciertas aplicaciones del poder que tienen a su disposición. Además, por supuesto, significa que pueden ser dogmáticas e incompetentes a la vez. Tal el caso que cabe inferir con facilidad por las proclamaciones de la *élite* norteamericana y por sus decisiones y falta de decisiones. Este hecho podría interpretarse como profundamente pesimista, y no cabe duda de que es peligroso, pero también se lo puede reconocer como halagüeña condición, porque, ¿acaso las consecuencias de su misma estupidez y rígida incompetencia no significan que con inteligencia y visión sea posible influir en el desarrollo de la historia? ¿No significa que la estructura de poder característica de nuestra época allana el camino para una mayor participación de la razón en los asuntos humanos?

La idea de responsabilidad política antagoniza con la idea de inevitabilidad histórica. Comprender que la historia —en particular la historia de la tercera guerra mundial— no es inevitable, es comprender sus causas como problema intelectual y como juego de problemas políticos, y no como los oscuros y ahora temibles términos de un destino humano que abruma a pequeños hombres de bien que hacen todo lo que pueden, aunque ello diste de ser suficiente.

La *élite* del poder no está formada simplemente por hombres de buena voluntad que hacen todo lo que pueden, sino que también esos hombres son hombres de poder. No cabe duda de que todos

son hombres honorables, pero, ¿qué es el honor? El honor puede no significar otra cosa que ajustarse a un código que se cree honroso. No hay código en que todos los hombres coincidan. La interrogación no es: ¿Son honorables estos hombres? Corresponde: ¿Cuáles son sus códigos de honor? Y la respuesta: Son los códigos de sus propios círculos. ¿Cómo podría ser lo contrario?

Lo mismo rige en cuanto a su patriotismo, a su ardiente deseo de servir a la nación en conjunto. Como los códigos de honor, los sentimientos de patriotismo y las doctrinas de bien nacional no son hechos definitivos. Son cuestiones sobre las cuales existe gran diversidad de opiniones. Son inherentes a lo que el hombre se ha convertido, en virtud de cómo y con quién ha vivido, de cómo se ha ganado el sustento y, además, de cómo se ha formado a sí mismo.

No se puede contemplar a la *élite* como un grupo de hombres que simplemente "cumplen con su deber". En parte considerable son ellos mismos quienes determinan sus deberes y también los deberes de los demás. No cumplen simplemente órdenes, sino que las imparten. No son simples burócratas sino que comandan burocracias. Puede que traten de disimular estos hechos frente a los demás y frente a ellos mismos invocando tradiciones que se imaginan los llamados a ejecutar, pero tradiciones hay muchas y pueden elegir las que más les convengan. Ahora, en cambio, confrontan decisiones para las cuales sencillamente no hay tradiciones.

No podemos razonar sobre acontecimientos públicos y tendencias históricas simplemente por el conocimiento de los motivos y caracteres de los hombres que ocupan los sitiales de los grandes y poderosos. Pero esto no significa que abandonemos nuestro análisis porque se nos acuse de impugnar el honor, la integridad o la capacidad de quienes ocupan altos cargos. No es, ante todo, cuestión de carácter individual, y si en casos adicionales, comprobásemos que lo es, no vacilaríamos en decirlo lisa y llanamente.

Mientras tanto debemos juzgar a los hombres de poder por las normas del poder, por lo que hacen y por lo que dejan de hacer como elaboradores de decisiones, no por quiénes sean ni por lo que puedan hacer en la vida privada. Debemos juzgarlos a la luz de sus políticas y a la luz de las consecuencias de su conducta en la vida pública. Porque son ellos quienes dirigen las instituciones directrices de una nación directriz, están en condiciones de tomar decisiones con consecuencias terribles o maravillosas para las poblaciones subyacentes del mundo, y ahora están envueltos por la deriva e ímpetu que nos arrastran hacia la tercera guerra mundial.

Deriva significa que las consecuencias de innumerables decisiones se amalgaman y chocan formando los ciegos e inexorables acontecimientos del destino histórico: la guerra, en el presente ocaso.

Ímpetu significa, primero, ese destino, mientras opera por explícita abstención; y, segundo, las decisiones explícitas que conducen a la guerra.

Dada la ofuscación e indecisión general, la vacilación y los titubeos, en una palabra, la semiorganizada irresponsabilidad que prevalece, es difícil distinguir con claridad *deriva* de *ímpetu*. Ambas están en función, por supuesto, pero, tal como venimos a comprender los mecanismos del desarrollo de la historia desde la segunda guerra mundial, creo que hay más ímpetu y menos deriva de lo que antes suponíamos. De los dos, el ímpetu, creo, es la consideración más importante, y sin duda la más estratégica, para los que preferirían la paz. La verdadera deriva no está al alcance de la decisión humana explícita; el ímpetu puede detenerse mediante decisión adecuada y poderosa. Lo que algunos comentaristas confunden por "trágico sentido de la vida" es un absurdo político. El afirmar que por sus decisiones los hombres son capaces de arrancar al destino los acontecimientos, no nos exige adoptar ninguna vaga "teoría de conspiración". Y no es mera denuncia decir que cuando hoy los hombres dejan como dirigentes sus decisiones libradas al destino, son irresponsables en la omisión humana.

SEGUNDA PARTE

LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

8 — LA DECISION CRUCIAL

Es fácil suponer que mañana por la mañana el equipo de un vigía norteamericano de radar apostado en Canadá sufra un desperfecto mecánico o que, bajo el extraordinario apremio del factor tiempo, confunda un satélite inerte o un meteorito perdido por un proyectil balístico que se acerca. Su trayectoria apunta hacia el corazón industrial de los EE. UU.. En contados minutos se propala la alarma y en pocos más —se nos dice en quince minutos en total —los aviones del Comando Aéreo Estratégico de varias docenas de bases situadas lo más cerca posible de la URSS, convergen sobre industrias y ciudades soviéticas.

El sistema de órdenes a "prueba de errores" entra en operación, pero ningún sistema mecánico es infalible. En el equilibrio del terror, el error mecánico y el juicio erróneo del hombres son probabilidades estadísticas imponderables. Además el peligro de un error de cálculo se acrecienta a medida que el poderío, velocidad y radio de acción de las armas es mayor. Por ambas partes si un falso eco electrónico en la pantalla del radar desencadenase el lanzamiento de un proyectil, sólo quedan —según se nos dice en cuanto al sistema norteamericano—

unos trescientos segundos para destruir el arma después de su lanzamiento hacia el objetivo soviético. Además, como se distribuyen armas nucleares a otras naciones, las probabilidades de accidente se multiplican. Supongamos que los militares norteamericanos sencillamente no pueden cometer errores, confundir mensajes radiales o, mientras desempeñan misiones en vuelo, perder el juicio. ¿Pero acaso los rusos no están expuestos a esos accidentes? "A la larga— comentó el físico Harry Lusting— no importa lo pequeña que sea la probabilidad de accidente por unidad de tiempo; es matemáticamente demostrable que a medida que transcurre el tiempo la probabilidad se aproxima a la certidumbre".

En caso de sobrevivir un accidente o desperfecto, el Comando Aéreo Estratégico deja caer su arsenal. O se lanza el proyectil. Los norteamericanos han hecho la represalia masiva. Los rusos contraatacan masivamente. A las pocas horas el mundo queda reducido a una masa de escombros radioactivos en desastroso caos.

Suponiendo que todavía quede alguien con ánimo de curiosear, ¿cuáles fueron las causas de la tercera guerra mundial? ¿Quién fue el responsable? No cabe duda de que el vigía de radar no era; algún otro lo envió allí y él cumplió las instrucciones como mejor pudo. Siguiendo la cadena de instrucciones terminamos en centros simbólicos como el Pentágono, la Casa Blanca y el Kremlin; también desde esos centros trazamos la red de reacciones semiautomáticas que lanzaron al Comando Aéreo Estratégico contra la Unión Soviética.

Aunque en este preciso momento la probabilidad de una guerra premeditada quizás no sea tan grande como la precipitación "accidental" de la guerra, las condiciones primordiales del "accidente" no son en sí mismas accidentales, sino planeadas y deliberadas. El mecanismo norteamericano de hombres y máquinas está montado y listo para entrar en marcha. Es el equivalente de un mecanismo similar de diseño y mantenimiento soviético. La primera causa de la tercera guerra mundial, obviamente, es la existencia de estas maquinarias burocráticas y letales. Sin ellas no podría haber guerra.

¿Pero quién provocó la construcción y mantenimiento de estos mecanismos? Indudablemente no han sido ni "el pueblo ruso" ni "el pueblo norteamericano". No "todos los hombres" decidieron construir y mantener la maquinaria de la carrera armamentista, porque en su mayoría no fueron consultados.

En la cumbre de la jerarquía militar de donde provinieron las

instrucciones del vigía del radar hay escasos centenares de agentes militares profesionales. Estos hombres están a cargo de la maquinaria de guerra norteamericana, que montan y mantienen. En la cúspide del complejo industrial que construyó estas máquinas hay varios centenares de ricos de corporaciones y sus gerentes, que dirigen los sectores claves de esta economía. En la cima del estado —al cual los militares y los gerentes de corporaciones dirigen sus miradas— hay un puñado de centenares de dirigentes políticos que, ayudados y asesorados por las *élites* militares y comerciales, adoptan las decisiones finales sobre la conformación y empleo de estas máquinas de guerra.

Todo esto, por supuesto, se hace "en nombre de la nación", ¿pero qué significa en sí? Es una fórmula de poder que puede significar o no algo más que una simple aplicación retórica. Jamás debemos olvidar que ninguna nación-estado es una entidad homogénea, que ninguna es en sí misma un agente formador de historia. La "nación" no posee decisión, voluntad, interés, honor ni lucha. La "nación" es un pueblo que ocupa un territorio más o menos definido y está organizado bajo la autoridad de un estado que, con cierta perspectiva de éxito, pretende que sea una organización autónoma. El "estado", aparato dominante, es la organización que monopoliza eficazmente los medios legítimos de violencia y administración en un territorio definido, medios "legítimos" más o menos aceptados por públicos y masas por razones en las cuales creen. En el caso de la nación-estado, estas razones son los símbolos e ideologías del nacionalismo. "Nación" y "estado", creo, deben emplearse principalmente como adjetivos que indican voceros nacionales, *élites* de poder y forjadores de política. La gente que no figura entre estas personas constituye la población subyacente, que forma parte del contexto histórico pero no figura por sí misma entre los que hacen historia en la actualidad.

Las causas de esta guerra no corresponden a algún vago e histórico contexto de deriva y maniobras denominado "relaciones internacionales". Las causas asientan principalmente en los EE. UU. y la URSS. La causa inmediata de la tercera guerra mundial es la preparación para ella. La condición indispensable de este tipo de preparativo es la realidad del estado soberano como dominio económico continental. Los acontecimientos internacionales van siendo en creciente medida el resultado de las decisiones y la falta de decisiones de los hombres que proceden en nombre de esas naciones con medios de acción proporcionados por sus instituciones económicas, militares

y políticas. La centralización internacional de la decisión y el desarrollo interno de los superestados, como hemos visto, significan que la formación de la historia es menos cuestión de destino inexorable que de decisiones y abstenciones por parte de dos *élites* de poder. En consecuencia, entre las causas inmediatas de la tercera guerra mundial figuran los puntos de vista sostenidos por esas *élites,* las definiciones de realidad que aceptan y sobre las cuales actúan, las políticas que exponen y pretenden realizar.

Tanto en Rusia como en Norteamérica, por añadidura, los círculos mandatarios están poseídos por la metafísica militar.

Enfrentados ante la ruidosa confusión del mundo en que viven, quienes deciden por lo general se aferran a la amenaza de violencia como "factor real". Se sostiene que el punto decisivo del conflicto entre el comunismo soviético y el capitalismo norteamericano (especialmente por la *élite* norteamericana, debemos admitir ahora) es el estado de violencia y el equilibrio del terror. La decisión crucial que adopta la *élite* está en consonancia con esta metafísica militar. Es la decisión, como expresara Lewis Mumford, de tratar "de resolver los problemas de la paz absoluta que plantean las armas nucleares, concentrando los recursos nacionales en los instrumentos de genocidio". Descansa en el dogmático concepto —sostenido, estoy seguro, con seguridad y buena intención— de que sólo acumulando más y más peligro militar se pueden crear condiciones de paz. El hecho moral básico de esto es la virtual ausencia de oposición dentro de nosotros mismos, a esta definición de la realidad mundial y a la estrategia y política de las *élites.* El resultado político e intelectual primordial es la ausencia dentro de Rusia y dentro de Norteamérica de alternativas realmente discutidas entre los públicos y masas.

En términos de esta metafísica de la violencia, los voceros de la *élite* intercambian con regularidad cosas desagradables: sus elaboradores de política están gestando su ruina recíproca. Las definiciones oficiales de la realidad mundial y virtualmente todo lo que de verdadera trascendencia pública se diga está en sus manos y sirve para proclamar la guerra. Cada cual define la realidad de su propia nación en términos de las proclamaciones favoritas de esa misma nación; cada cual define la realidad de la otra nación en términos de sus peores decisiones y acciones. No cabe duda de que la forma en que se conducen los asuntos ofrece el principal ejemplo contemporáneo de lo que Jacob Burckhardt tuviera en mente cuando hace un siglo predijo "la edad de los terribles" simplificadores.

La carrera armamentista es la línea maestra de acción que siguen las *élites* de poder de los estados continentales. No está subordinada ni sirve de instrumento para ningún objetivo económico ni político. ¿Cuál es el objetivo económico y político de los EE. UU. cuyo medio son sus acciones militares? La acumulación de poderío militar se ha convertido en creciente fin en sí misma; las maniobras y vacilaciones económicas y políticas —desde la acción imperialista en el desierto hasta la esquivez diplomática en la sala de conferencias— están subordinadas a fuerzas y potenciales militares y son juzgadas en sus términos. Los voceros de cada bando dicen saber que la guerra es anticuada como medio político, pero procuran la paz por medios bélicos. Es indudable que ninguna etapa adicional de la carrera armamentista habrá de modificar en forma decisiva ni permanente el panorama estratégico. Hemos rebasado ese punto. Los equipos en pie de batalla de ambos bandos ya son devastadores. El desarrollo de este equipo es acumulativo: la "última arma" sigue a la precedente en progresión geométrica, y la base de la aceleración en ambos campos guerreros es perfectamente adecuada para el fin que se tiene en mente. Nunca hasta ahora hubo carrera armamentista como ésta, carrera de armamentos científicos con una serie de armas nuevas regidas por la estrategia del aniquilamiento. En cada nueva etapa de esta "competencia" los bandos se hacen más esquivos y aumenta la probabilidad de accidentes de carácter o de tecnología, de que el vigía norteamericano en Canadá o su equivalente ruso en Siberia oprima el gatillo del súbito desenlace.

Pero el panorama estratégico es el panorama del idiota. Lo importante es la realidad de esta idiota carrera, no las posiciones de un momento en especial ni los clamores alarmistas que amedrentarían a los hombres para impedirles examinar sus fatales presunciones. ("Lo último que quisieron [los estadistas occidentales] —dijo un veterano corresponsal en Washington en las últimas semanas de octubre de 1957— fue privar al mundo occidental del miedo inspirado por los Sputniks. . ."). Las *élites* rusa y norteamericana, así como los intelectuales de ambas sociedades, libran la guerra fría en nombre de la paz, pero las presunciones de sus políticas y los efectos de sus interacciones han aumentado y aumentan las perspectivas de guerra. La guerra, según presume su metafísica militar, es el resultado más probable de la existencia paralela de los dos tipos de economía política. Tal la posición oficial del país, la definición oficial de la realidad mundial, la contribución a la paz de los voceros nacionalistas de la *élite* del poder.

9 — LOS METAFISICOS MILITARES

¿Por qué la *élite* mandataria norteamericana acepta esta metafísica militar? ¿Por qué adopta en sus propios términos decisiones de la carrera armamentista que en la actualidad figuran entre las principales causas de la tercera guerra mundial? ¿Por qué se muestra incapaz de tomar decisiones políticas que detengan la marcha hacia esta guerra? Creo que los motivos obedecen al estado y condición de las instituciones militares, económicas y políticas, y al estado de aquiescencia en que los públicos, masas e intelectuales han caído y han sido arrastrados. En este capítulo habré de encarar la función de las instituciones militares y de los militares.

I — Con frecuencia se nos dice que Estados Unidos es nación amante de la paz, pero sus antecedentes históricos son menos nítidos de lo que las protestas de los voceros nacionalistas sugerirían. Aunque es probable que toda la guerra y violencia en que ha participado EE.UU. haya sido considerada con propiedad como un inconveniente que empañó asuntos inmediatos de mayor importancia, ¿no debe

reconocerse por lo menos que la violencia como medio y hasta como valor es un poco ambigua en la vida y cultura norteamericana?*

II — No importa cuál fuere la respuesta, debemos recordar la comodidad militar que han gozado los Estados Unidos, con su aislamiento geográfico, sus mercados internos pacíficos, su fuerza obrera reforzada por una voluminosa inmigración y sus fabulosos recursos naturales. Todos estos y otros requisitos de industrialización y lucro han involucrado con exclusividad operaciones militares contra poblaciones tecnológicamente primitivas. Pero ahora, por primera vez en su historia, la *élite* mandataria norteamericana se encuentra en un vecindario militar. El vecino *es temible* y esta *élite* vive azorada en su ineptitud. Hoy Estados Unidos es mucho más un vecino militar de la Unión Soviética que en siglos anteriores Alemania de Francia. Este es el significado geográfico de los nuevos armamentos y la principal razón para que la *élite* inexperta acepte la metafísica de los militares.

* Los Estados Unidos han seguido la consigna de que "el único indio bueno es el indio muerto", fomentando así el desarrollo antidemocrático de América Latina, la posesión de esclavos y la creación de siervos. Aparte de más de un siglo de batallas y escaramuzas perpetuas con los indios, desde 1776 Estados Unidos intervino en siete guerras extranjeras y en una guerra civil de cuatro años: ha luchado contra ingleses, alemanes, austríacos, chinos, mexicanos, franceses, españoles, italianos, japoneses, e invadió sin declaración formal Haití, México, China, Rusia, Nicaragua y el Líbano. "Se supone en general —escribieron los directores de *Fortune* en 1935— que el ideal militar norteamericano es la paz. Pero lamentablemente para este clásico de escuela secundaria, el ejército norteamericano ha esquilmado desde 1776 más kilómetros cuadrados de territorio en franca conquista militar que cualquier ejército del mundo, salvo la única excepción de Gran Bretaña. Además, entre Gran Bretaña y los EE. UU. se desarrolló una reñida carrera, puesto que desde entonces Gran Bretaña conquistó algo más de 9.960.000 kilómetros cuadrados y Estados Unidos (incluyendo la compra de Lousiana, arrebatada a los indios) unos 7.745.000. Los pueblos de habla inglesa pueden enorgullecerse en este sentido".

Pero olvidemos el pasado, si queremos. Hoy los Estados Unidos están aliados con británicos, alemanes, franceses y japoneses, ninguno de los cuales se destaca por su historia pacífica. Se arma hasta los dientes para asegurar la paz o resistir el próximo ataque ruso: por eso las bases de EE. UU., ahora en pie de alerta de 15 minutos, rodean tan estrechamente al bloque sino-soviético. Habiendo acumulado explosivos suficientes para barrer la vida de la faz de la tierra, sigue produciendo explosivos, buscando bombas más poderosas y creando medios más eficientes para su lanzamiento.

III — Por primera vez en su historia la *élite* norteamericana incluye francamente entre sus mandatarios, políticos y abogados, a los amos de la guerra de Washington. Históricamente las relaciones de los militares profesionales con la *élite* han sido incómodas y precarias; ahora, en cambio, son sus parientes obligados, y pronto según creen muchos observadores competentes, habrán de convertirse en hermanos mayores.

Alfred Vagts definió el imperialismo como un caso de dominio de los medios sobre los fines, con el propósito de realzar el prestigio y acentuar el poder de los militares. Esta, por supuesto, es una concepción desde el punto de vista del civil que consideraría estrictamente lo militar como un medio para fines políticos civiles. Como definición, en cambio, señala la tendencia de los militares a no persistir como medios sino a perseguir fines propios y a convertir a otras instituciones en medios para realizar esos fines. En sí misma, la búsqueda militar de jerarquía no plantea la amenaza de dominación militar. En efecto, bien encasillada en el ejército regular, esa jerarquía sirve de gratificación por la renuncia militar a las aventuras en el poder político. Mientras la búsqueda de tal jerarquía se confine a los cuadros militares mismos, constituye un importante rasgo de disciplina militar y sin duda una fuente de considerable satisfacción castrense, pero se convierte en amenaza cuando la búsqueda escapa de la esfera militar y cuando tiende a convertirse en base de la política nacional.

En todas partes son ahora los generales y los capitanes quienes, con su presencia, crean y sostienen el clima militarista. Los economistas profesionales por lo general consideran a las instituciones militares como parásitas de los medios de producción económica. Ahora, en cambio, las instituciones y fines militares han entrado a modelar en gran parte la vida económica de los Estados Unidos, sin la cual la maquinaria bélica no podría subsisitir. La religión bendice, casi sin excepciones, a la nación en guerra, y recluta entre sus autoridades al capellán, quien, en indumentaria militar, aplaca la conciencia y robusteece la moral de los hombres en guerra. Los militares han penetrado en los círculos políticos y diplomáticos; han conseguido acceso a las altas esferas de la economía corporizada; se han hecho cargo de las empresas científicas y tecnológicas; han influido las instituciones de educación superior y dirigen una maquinaria de relaciones públicas y propaganda realmente enorme.

IV — El ascenso de los amos de la guerra al comando ampliado

y a una jerarquía mayor no es sino el signo más evidente de que las decisiones de gran trascendencia han adquirido principalmente un carácter internacional, y de que la economía y la política internacionales se definen con regularidad en términos de la metafísica militar. Para el militar profesional la política interna reviste importancia más que nada como medio para conservar y ampliar la institución militar. Esa es su ocupación: para eso han sido instruídos. Sus carreras y su tipo de honor están ligados con la maquinaria bélica. Mientras sean soldados profesionales su preparación y su manera de vivir tenderán a incapacitarlos para superar la metafísica militar.

V — El ascendiente del personal militar obedece menos a la ambición de poder de su parte que a la abstención civil del poder político. Los políticos parapetados tras la presunta pericia de los amos de la guerra como testigos y asesores, abdicaron su función específica de discutir y decidir las medidas políticas. Los administradores políticos han abdicado su función específica de crear y mantener un alto servicio civil que sea realmente civil y realmente profesional. Es en el vacío creado por tales renuncias y vacilaciones políticas donde se operó el ascenso de los militares. Es por causa de este vacío político que los amos de la guerra fueron arrastrados —a menudo sin quererlo— a tomar las más altas decisiones políticas. Una vez allí a veces se los critica y hasta se convierten en centros de controversia. Recordemos que muchas veces deben actuar en un heredado clima de desconfianza civil y que acostumbrados al mando en su rígida burocracia, no reciben bien las críticas. Algunos se retiran en firme gesto de soldado para petrificarse en el aislamiento político. Los que no se retiran raras veces se vuelven abiertamente políticos en el sentido partidista, pero en cambio pueden entablar y entablan alianzas con los gerentes de las corporaciones. Así los militares se inmiscuyen en la política y la política se inmiscuye en los militares, y en ambas esferas hay un hombre de la corporación. Tal, en suma, es uno de los principales focos de poder de *élite* en la Norteamérica actual, y una de las principales causas de la deriva e ímpetu hacia la tercera guerra mundial.

10 – LA ECONOMIA DE GUERRA PERMANENTE

Desde la terminación de la segunda guerra mundial muchos de los que actúan en los círculos de *élite* consideran que la prosperidad de los Estados Unidos descansa directamente en la economía de guerra, y que si se produjese el desarme y se llegara a una paz genuina bien podrían surgir desesperantes problemas económicos, y, por ende, políticos. Los gestos conciliatorios de los rusos provocan grandes ventas en el mercado de valores. Cuando se teme que se entablen negociaciones, y ni que hablar de un tratado para ordenar la estructura del mundo, las cotizaciones de la bolsa reflejan lo que se denomina "la alarma de la paz". Cuando aumenta la desocupación y se demanda que se la remedie, los voceros del gobierno justifican sistemáticamente sus actos citando ante todo los aumentos de dinero gastado y a gastarse en preparativos de guerra. Así, cuando en enero de 1958 había 4.500.000 desocupados, el presidente anunció que los contratos de guerra aumentarían de 35.600 millones de dólares en 1957 a 47.200 millones en 1958 .

Estas relaciones entre las condiciones económicas y los preparativos de guerra no son oscuras ni ocultas, sino que se las divulga

públicamente con regularidad. Además figuran decididamente entre las causas de que la *élite* acepte la metafísica militar y, en consecuencia, entre las causas de la tercera guerra mundial.

Por detrás de estas realidades bien informadas están las conexiones estructurales entre la economía privadamente corporizada y el ascendiente militar. Las principales corporaciones lucran ahora con los preparativos de guerra. Mientras la *élite* comercial tenga conciencia de sus intereses de lucro —y esa es su responsable ocupación— presionará para que persistan las fuentes de lucro, lo cual a menudo significará seguir preparando la guerra. Como fuentes de asesoramiento político y centros de poder, el alto comercio y los altos círculos militares comparten intereses en la sentida necesidad de rearme y de su continuo y dispendioso desarrollo. No podríamos valorar con exactitud cuánto gravitan este personal y sus intereses, pero la combinación de una evidente "economía de guerra permanente" con una "economía privadamente corporizada" difícilmente dejaría de ser condición ambigua para el establecimiento de la paz.

No sugiero con esto que el poder militar sea en la actualidad el único ni el principal instrumento de economía política. En considerable medida el militarismo se ha convertido en un fin por sí mismo, y la política económica en su medio. Además, cualquiera sea el caso en períodos anteriores de capitalismo, en nuestros momentos inmediatos la guerra se prepara en cada país con el fin de impedir que otro país sea militarmente más fuerte. "Hay mucho justificativo —ha señalado E. H. Carr— en el epigrama de que "la principal causa de la guerra es la guerra misma". Quizás esto nunca ha sido tan cierto como ahora, porque los medios de guerra, y la guerra como medio, jamás han sido tan absolutos como para que la guerra sea tan irracional desde el punto de vista económico.

Sin embargo debemos recordar que la verdadera belicosidad capitalista consiste en la continua preparación para la guerra, pero sin llegar a esa guerra, y que esa belicosidad posee realmente funciones económicas de importantes proyecciones capitalistas. Además no es de ninguna manera evidente que la *élite* norteamericana comprenda la irracionalidad económica de la guerra misma. Mientras tanto la costosa carrera armamentista, al amparo de la metafísica militar y en un clima paranoide de alarma, es un negocio económicamente atractivo. Para muchos capitalistas utópicos se ha convertido en La Manera Comercial de la Vida Norteamericana.

Si bien no puedo examinar aquí la economía de la segunda guerra mundial, es significativo comprender que la *élite* corporizada de Norteamérica tiene amplias razones para recordarla bien. En los cuatro años subsiguientes a 1940 se concedieron a las corporaciones privadas contratos de abastecimiento por valor de 175.000 millones de dólares, o sean las llaves para fiscalizar los medios de producción del país. Naturalmente, las dos terceras partes fueron a parar a diez corporaciones privadas. Estas compañías obtuvieron prioridades y asignaciones para materiales y repuestos, y ellas mismas decidieron cuánto delegar a subcontratistas. Se les permitió ampliar sus propias instalaciones con un índice de amortización extraordinariamente favorable (el 20 por ciento anual) y privilegios impositivos (en vez de los veinte o treinta años normales, saldaban el costo en cinco). En general estas fueron las mismas corporaciones que estaban a cargo de la mayoría de las instalaciones de propiedad del Gobierno y que obtuvieron opciones favorables para "comprarlas" después de la guerra.

La instalación de todas las fábricas existentes en Estados Unidos para 1939 había costado 40.000 millones de dólares. Para 1945 se habían agregado 26.000 millones en instalaciones y equipos nuevos de excelente calidad, cuyas dos terceras partes se costearon directamente con fondos del gobierno. Unos 20.000 millones de los 26.000 servían para producir artículos de tiempos de paz. Si agregamos a los 40.000 millones de dólares existentes estos 20.000 millones, tenemos un potencial industrial de 60.000 millones de dólares aprovechable en el período de postguerra. En 1939 las doscientas cincuenta corporaciones principales poseían alrededor del 65 por ciento de las instalaciones existentes en esa época; durante la guerra, en cambio, fiscalizaban el 79 por ciento de todas las instalaciones en manos privadas pero construidas con dineros del gobierno; al mes de setiembre de 1944 poseían el 78 por ciento de todos los contratos activos para abastecimientos bélicos.

El auge económico de la segunda guerra mundial —y sólo él— sacó a los Estados Unidos de la depresión de la década del treinta. Después de esa guerra desencadenóse un alud de demanda acumulada, a lo cual se agregó la producción de materiales de guerra de tipo convencional y no convencional. El resultado, como todos sabemos, fue la gran prosperidad norteamericana de la última década.

En el invierno de 1957-58 otra retracción se inició en Estados Unidos, y para fines de marzo había unos seis millones de desocu-

pados. El mecanismo de esta retracción fue en general el de siempre. Hubo una "superexpansión" de inversiones de capital en los primeros años de la década del cincuenta, debido quizás a la favorable amortización impositiva, y después el índice de formación de capital declinó. Hubo un aumento en las deudas por compras a plazos —que hipotecaban los futuros ingresos— especialmente en 1955. Al mismo tiempo se produjo una arrogante rigidez en los precios establecidos por los administradores de las corporaciones. En efecto, algunos precios (los del acero, por ejemplo) se administraban en alza y no en baja —incluso a pesar de la decreciente demanda— y se redujo la producción.

A tanta insensatez capitalista, según acaba de revelar recientemente el Dr. John Blair, se ha sumado ahora un vínculo bastante directo entre el "sistema de compensación" para los gerentes de las corporaciones y la rigidez o hasta el aumento de los precios que administran. En las opciones a acciones que se proporcionan a estos gerentes se vinculan sus ingresos y su riqueza con los dividendos, o con el valor mercantil de las acciones comunes, evitándose así los impuestos pagaderos sobre los salarios. Los aumentos de precios, como es sabido, tienden a aumentar el valor de las emisiones. La compensación a largo plazo de la élite comercial, por lo tanto, se relaciona con los recientes precios y con los crecientes valores de las acciones, y no con la reducción de los costos ni con la reducción de los precios.*

La retracción se habría podido combatir, por supuesto, con vigorosas reducciones de precios e incluso con rebajas impuestas por el gobierno, o bien bajando los impuestos para aumentar el poder adquisitivo y emprendiendo un amplio programa de obras públicas, quizás en la construcción de escuelas. Tales medios, teóricamente a disposición de quienes combaten las depresiones capitalistas, son aceptados en general por los economistas liberales y conservadores. Aunque puede que tales medios sean económicamente adecuados, no parecen políticamente aceptables para todos los que participan en las decisiones ni parecen aceptables en absoluto para los capitalistas del gobierno de Eisenhower.

Siempre les queda otro camino que elegir: el de los gastos para la guerra como subsidio capitalista y como fuerza de contrapeso para

* Véase "Informe de la Subcomisión sobre Antitrust y Monopolios", S. Res. 1957, 85º Congreso, Primer Período de Sesiones. (U. S. Government Printing Office, 1958).

la depresión capitalista. Tales gastos han sido la más eficiente de las dilapidaciones y a menudo resultan políticamente irrefutables.

No viene al caso en mi argumento que esta retracción en particular se profundice o se subsane. Mi punto de vista es que esa depresión —en la medida en que se la considere una amenaza— fomentará y cimentará la posición militarista de la *élite* norteamericana, y que esta *élite* ha tratado y tratará de superarla mediante gastos militares mayores todavía. El asunto no es tan sencillo como lo que acabo de exponer, por supuesto, pero tampoco su complejidad escapa a la comprensión. Las tensiones, incidentes y crisis internacionales no ocurren porque sí. Las definiciones de la realidad mundial que ambos bandos en pugna sostienen, como también la continua abstención, gravitan en tales asuntos internacionales. La retracción en Norteamérica habrá de consolidar estas definiciones belicistas y servirá de excusa adicional para que continúe la falta de decisión; aumentará la tensión; hará más probables y amenazadores los incidentes; agudizará la peligrosa crisis. El miedo a la depresión en Norteamérica no se presta a razonable consideración en un clima que acreciente el aporte de la *élite* norteamericana a la concertación de la paz; en su interjuego con los dirigentes soviéticos, esta élite tenderá a acentuar su aporte al ímpetu y deriva hacia la tercera guerra mundial.

Sin embargo es para el capitalismo un hecho concreto que el nuevo arsenal y los nuevos tipos de preparativos bélicos no parecen tan económicamente a propósito para subvencionar las fallas e irracionalidades de la economía capitalista, como sucedía con los armamentos y preparativos de antaño. El monto de dinero gastado es ingente, pero tiende a destinarse a una proporción más pequeña de empleados, más al técnico que al semiespecializado. La gente que fabrica proyectiles y bombas probablemente no dedique al consumo una proporción tan grande de sus ingresos como sucedería con los numerosos armadores de tanques y aviones. En consecuencia, el nuevo tipo de puntal militar no apuntalará tanto; no tendrá un "efecto multiplicador" tan grande; no estimulará el consumo ni subvencionará al capitalismo con tanta perfección como el tipo precedente. Se trata de una decisiva dificultad capitalista y los gastos militares tendrán que ser realmente cuantiosos para superarla.

Hace diez años, en *The New Men of Power,* señalé que "si los conservadores refinados se salen con la suya, el próximo New Deal será más una economía de guerra que una economía de obra social...

En la última transición de la paz a la guerra la WPA fue reemplazada por la WPB *.... El establecimiento de una economía de guerra permanente es tendencia antigua. Su ritmo y tácticas variarán de acuerdo con la fase del ciclo depresión-guerra-auge que predomine en un momento dado. En la fase de auge inflado, con gran temor a la depresión, los derechistas prácticos (de las pequeñas clases comerciales) tienen la iniciativa, pero en la perspectiva histórica a largo plazo simplemente son las tropas de choque de la gran derecha. El desarrollo de la antigua política de los conservadores prácticos llevará directamente a la depresión. Entonces asumirán las riendas los conservadores refinados y pasarán a dictar la elaboración de la política para la clase comercial en conjunto".

Esto, creo, es lo que hemos presenciado en el gobierno de Eisenhower. Parecería que muchos conservadores refinados han tomado en serio la imagen capitalista del mundo planteada con tanta amplitud cuando terminó la segunda guerra mundial. "Pedimos a los hombres de negocios norteamericanos —escribieron entonces los editorialistas de *Fortune*— que no piensen en el "Mundo Único" de Wendell Willkie con fantasiosas nociones geopolíticas sino simplemente en términos mercantiles". Describiendo las glorias de la expansión capitalista de acuerdo con el cliché de lo que hicieron padre e hijo, preguntan: "¿Esta expansión desde el herrero local hasta la «distribución nacional» está llamada a detenerse allí? La obra de canalizar la expansión comercial desde el plano nacional hasta el plano internacional es tarea espinosa y a menudo exasperante, pero hay dinero en ella".

Tiene que haberlo: en 1957 la exportación norteamericana de biienes y servicios ascendió a 26.000 millones de dólares; además, dos mil quinientas firmas norteamericanas con sucursales o subsidiarias en el exterior vendieron alrededor de 32.000 millones de dólares. El "mercado extranjero" de Estados Unidos asciende a 58.000 millones de dólares anuales. "Las ganancias extranjeras —dijo *Fortune* en enero de 1958— se duplicarán con creces en diez años, o sea más del doble que el probable aumento de las ganancias internas". Además, "en 1956 y 1957 el promedio de inversiones extranjeras" probablemente se haya acercado a 6.000 millones de dólares. El total invertido en 1957 (37.500 millones de dólares) fue "aproximadamente el doble que en 1950". Dados los índices de crecimiento

* Work Projects Administration (Administración de Proyectos de Trabajo) y War Production Board (Junta de Producción de Guerra).

actuales parece probable que dentro de un decenio las inversiones privadas en el exterior asciendan a casi 60.000 millones de dólares.

Imperialismo ha significado en general la protección política y, si fuese necesario, militar de los hombres de negocios y sus intereses en regiones extranjeras. No hace falta que la protección política comprenda la conquista de colonias; tampoco hace falta que la protección militar comprenda el establecimiento de bases y guarniciones. Sin embargo, no importa el tipo de protección que se provea, el imperialismo involucra por definición el interjuego de instituciones e individuos económicos, políticos y militares. Es imposible comprender ningún acontecimiento de importancia sin comprender la forma en que estos intereses llegan a extremos de choque o coincidencia. "El sistema internacional" del mundo actual es incomprensible si no se conocen las cambiantes formas de su interrelación.

Para pensar en "imperialismo" debemos enunciar distintas teorías para distintos períodos y distintos tipos de economías políticas. La situación previa a 1914, por ejemplo, difiere por completo de la escena posterior a 1945, en que dos superestados de estructura perfectamente distintiva se confrontan mutuamente en el orbe entero, y en que las coaliciones específicas de agentes económicos, políticos y militares son totalmente singulares.

Tanto Rusia como Norteamérica son "imperialistas" en el servicio de sus ideas y en sus temores en cuanto a seguridad militar y política. Su diferencia radica en el elemento económico.

La mira económica del imperialismo soviético es sencillamente el botín. Tal imperialismo consiste en la fiscalización política de una región con el propósito de, primero, acumular valiosos bienes de capital o, segundo, extraer "excedentes" agrícolas o de otra índole, como en la explotación stalinista de Europa oriental. Tales esfuerzos, como en el imperialismo capitalista, dan como resultado el impedir que los países "coloniales" se industrialicen manteniéndolos como productores de materias primas. La naturaleza económica del imperialismo soviético no surge de ninguna "contradicción" en la economía soviética; en lo económico es sencillamente conquista bruta. No obstante, a medida que la economía soviética se va industrializando más, este tipo de tentación e ímpetu imperialista se debilitan. En el imperialismo capitalista, en cambio, sucede lo contrario.

La mira del imperialismo capitalista consiste en abrir al principio mercados para la exportación de artículos de consumo "excedentes" y emplear el país colonial como productor de materias primas que

la nación industrial necesita para su manufactura. Los artículos manufacturados, a su vez, se venden al país atrasado. Con el correr del tiempo, sin embargo, la región atrasada se convierte en esfera para la inversión del capital acumulado por la nación avanzada. Esta exportación de capital requiere, según el punto de vista capitalista, limitar el riesgo con garantías políticas. Únicamente cuando el estado asegura al capitalista apoyo y protección es posible emprender tales inversiones riesgosas en gran escala. Realizada la inversión, existe, naturalmente, una expectación o demanda que debe respaldarse políticamente. Sólo un grupo capitalista altamente organizado aspiraría a tanta influencia dentro y sobre el estado, como, por ejemplo, las corporaciones petroleras.

La petrolera es la industria crucial en la elaboración de la política y la obstinación de los EE. UU. en el exterior. Las *élites* de esta industria son expertas en el manejo de los gobiernos dentro y fuera de su propio país. Corren riesgos y piden ayuda donde, por ejemplo, la *élite* del acero vacila, aunque sea nada más que por inexperiencia. Los petroleros no quieren guerra, pero sus intereses hacen que su audacia sea mayor, entre la mayoría de las demás industrias. No son "mercaderes de la muerte", son mercaderes de petróleo, pero no pueden ser del todo petroleros puros y simples. También son políticos. Figuran entre los capitalistas que llevan al borde de la guerra. Es en esto donde cuentan con un excelente representante, particularmente en Medio Oriente, en la persona del secretario de estado John Foster Dulles.

Aparte de América Latina, a la que no he de referirme aquí, Medio Oriente es la principal sala del juego imperialista norteamericano, y el petróleo, por supuesto, constituye la industria crucial que se juega. Siete enormes compañías, según informó en 1952 la Comisión Federal de Comercio, dominan el panorama petrolero en Medio Oriente. Favorecen, de acuerdo con el experto observador L. P. Elwell-Sutton, "regímenes paternalistas estables y prudentes, y fruncen el ceño a los gobiernos que demuestran responder demasiado a los altibajos de la opinión pública y se manifiestan muy propensos a emprender experimentos sociales y económicos".

Mas o menos una semana antes de proclamarse la Doctrina Eisenhower, Estes Kefauver reveló en el Senado norteamericano uno de los documentos más importantes de la crisis de Medio Oriente en 1956. El 13 de agosto de 1956 "se realizó en la Comisión de Abastecimientos de Petróleo Extranjero una reunión a la cual asistieron

representantes de las principales compañías petroleras y funcionarios de diversas reparticiones gubernamentales... El secretario Dulles «habló unos quince minutos sobre cuestiones relacionadas con la actual crisis en Medio Oriente». Por desgracia los minutos no dan la pauta de lo dicho por el secretario Dulles. Sin embargo, el representante de una de las principales compañías petroleras presentes, hizo un memorándum de lo tratado y la comisión consiguió copia del mismo... El secretario Dulles indicó en esencia que tenía conciencia de la preocupación de las compañías petroleras por la perspectiva de nacionalización de sus bienes y reconoció el derecho general de los países soberanos a nacionalizar bienes, pero estableció dos condiciones: primero, abonar compensaciones adecuadas, y segundo, no nacionalizar los bienes «que revisten intereses internacionales». La conclusión del secretario vale la pena: «En consecuencia —indicó— la nacionalización de un bien que tiene interés internacional va mucho más allá de la compensación a los accionistas solamente y requiere intervención internacional»".

"Suponiendo que esta versión de lo expresado por el secretario Dulles sea correcta —prosigue el senador Kefauver— el Congreso de los Estados Unidos, antes de aprobar la resolución (Doctrina Eisenhower) tiene derecho a saber qué quiso decir el secretario Dulles... ¿Quién, por ejemplo, va a hacer la intervención? No hay indicación de que no se emplearán tropas norteamericanas con este fin. ¿Cuál, me pregunto, sería la reacción rusa a eso?

"Si se aprueba la resolución, el Congreso habrá renunciado en la práctica a su derecho de tratar la cuestión de si nuestro interés nacional justifica o no la intervención de tropas norteamericanas para impedir que se nacionalicen concesiones en poder de gigantescas compañías petroleras".

La resolución fue aprobada y las crisis de Medio Oriente siguieron acumulándose. En julio de 1958 las preguntas del senador Kefauver hallaron respuesta y se puso en evidencia el significado de la Doctrina Eisenhower: tropas de infantería de marina norteamericanas desembarcaron en el Líbano. Se enviaron paracaidistas británicos a Jordania. Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña anunciaron que no invadirían Irak a menos que ese gobierno, según informó *The New York Times*, "no respete los intereses petroleros occidentales". Así, la *élite* del poder intentó, en lenguaje oficial, "de

* *Congressional Record* —Senado— marzo 1º de 1957, pp. 2550 y sig.

asegurar la independencia e integridad de esos dos pequeños países", o, en los términos extraoficiales del corresponsal de *Times,* Dana Adams Schmidt, "de restablecer el prestigio occidental en general en Medio Oriente y de estabilizar a los gobiernos productores de petróleo amigos en Arabia Saudita y la región del golfo de Persia".

11 – EL ENCUENTRO MUNDIAL

Todavía presenciamos lo que sin duda debe denominarse "imperialismo", pero también hemos ido más allá. Ahora corresponde contemplar los intereses y resquemores económicos de las *élites* de poder norteamericana y rusa en un plano más amplio todavía.

Por primera vez en la historia humana una economía capitalista avanzada libra un encuentro mundial con una forma de industrialización distinta. Este es el significado histórico mundial de la revolución rusa. El sistema soviético ha demostrado con sus éxitos industriales que existe la manera de industrializar a los países atrasados sin echar mano del antiguo recurso capitalista de Occidente. Además, el atractivo del comunismo soviético para los agentes estratégicos de cambio en los países subdesarrollados se refleja en el histórico hecho de que, salvo quizás una o dos excepciones, únicamente en esos países se ha implantado el comunismo como forma política y económica de vida.

En los países preindustriales la propaganda rusa cuenta con muchos factores favorables: en la mayoría de esos países existen razas de color, y en Rusia no hay prejuicios raciales; son analfabetos y

empobrecidos, como sucediera con Rusia sólo dos generaciones atrás; heredaron mucha animosidad hacia el comportamiento capitalista de tipo colonial y han adquirido noción de que el capitalismo occidental, a través de un período de tres siglos, no consiguió industrializar esas regiones; además, los países subdesarrollados tienen prisa y los procediminetos soviéticos son rápidos. Para estos pueblos el recurso parece a la vez utópico y práctico. Los intelectuales del mundo subdesarrollado, como también el pueblo en general, saben lo mucho que distan de ellos las nociones capitalistas de industrialización. Más decisivo aún es que empiezan a creer que sus países seguirán siendo subdesarrollados mientras acepten tales nociones. En consecuencia, es perfectamente comprensible que muchos de esos pueblos contemplen a Rusia como modelo de su propio futuro.

La industrialización del mundo es la tendencia maestra de nuestros tiempos; puede que no sea inevitable, pero es lo suficiente fuerte como demanda y lo suficiente atractiva como promesa como para establecer los términos primordiales de la competencia mundial entre los dos sistemas predominantes de poder económico, militar y político. El hecho de que los países subdesarrollados —que contienen los dos tercios de la humanidad— sigan siendo subdesarrollados, es un fracaso histórico mundial para el capitalismo de Occidente. El colonialismo y el intento de "balcanización" de China en el siglo diecinueve y Medio Oriente después de 1918, el activo apoyo a clases feudales —y, peor aun a la esclavitud y al atraso nacionalista en todos sus aspectos— representan un prolongado y tortuoso fracaso. Pero nunca esto ha sido tan explícito como ahora; nunca fue base de crisis mundial. Únicamente en este contexto comprenderemos los éxitos rusos en los países subdesarrollados. Occidente no ha mostrado a los pueblos no occidentales el camino sensato para industrializarse ni les prestó la ayuda necesaria para hacerlo. Basta un breve vistazo a los recientes acontecimientos chinos para comprobar lo evidente del caso.

La coexistencia de China y la India —que en conjunto comprenden la tercera parte de la población del mundo— es ahora crucial en la historia del mundo. Ambas se han desasido del mando blanco; no sólo cuentan con "mano de obra", sino también con recursos. Sin embargo el nombre de la India es sinónimo de pobreza. En Calcuta y otras ciudades indias alrededor del diez por ciento de la población vive día y noche en las calles. La India está ávida de un plan, y sus cosas no marchan muy bien. Pero China, bajo mando comunista avanza claramente por el camino industrial. Lo que los

rusos hicieron industrialmente en cuarenta años, China bien podría hacerlo en veinticinco.

Las economías atrasadas *pueden* ser "modernizadas" más o menos por cuenta propia, pero esto parece requerir regímenes dictatoriales que agotan a una generación o dos para conseguir la necesaria acumulación de bienes de capital. Las economías atrasadas también se pueden modernizar, quizás con mayor lentitud, sin regímenes dictatoriales, pero esto parece requerir considerable e inteligente ayuda por parte de las naciones industrialmente adelantadas. No parecen quedar otras alternativas.

La China —o sean 650.000.000 de la población mundial —no existe desde el punto de vista oficial de los Estados Unidos. La India —donde la crisis de la democracia en Asia se manifiesta plenamente— recibe tan poca ayuda norteamericana que hasta parece un chiste mundial sobre la incapacidad del capitalismo para ayudar a industrializar a las economías primitivas. Mientras tanto los dos tercios de la humanidal esperan y observan.

En Asia el comunismo es más antiguo que cualquier izquierda democrática, y considerando como "izquierda" a ambas en conjunto es indiscutible —cono indicara recientemente el comentarista británico Saul Rose— que la izquierda predomina en Asia. En las tierras no comunistas desde Pakistán hasta Japón los pueblos viven en general bajo gobienos que profesan el socialismo. Esta tendencia izquierdista descansa en el nacionalismo. Hay excepciones, por supuesto, debido, en pequeños países como Nepal y Laos, a ciertas condiciones políticas; como en Corea del Sur y Vietnam meridional, a la guerra civil · *status quo* con los comunistas; o, como en Japón y Thailandia, al hecho de que no hicieron falta gobiernos nacionalistas para xpulsar al mando extranjero porque nunca llegaron a ser colonializados. Pero esta faja de países es un borde más o menos natural de China y la India: la primera florece como comunista, mientras que a segunda lucha ostensiblemente como socialista pero bajo creciente nfluencia comunista.

La *élite* norteanericana está comprendiendo que la economía política del comunismo bien podría desplazar por competencia, en sus propios términos de producción, a la economía política del capitalismo. Dramatizaron este punto los productos de alto vuelo de la maquinaria científica rusa. Se contempla correctamente a la economía colectiva de Rusia, con su gran potencial de producción y productividad, de nnovación y de distribución, como una amenaza

política y económica para la economía política capitalista de los Estados Unidos.

Según cálculos moderados de expertos norteamericanos, la economía rusa ha venido creciendo por lo menos a razón del 6 por ciento anual, mientras que el promedio norteamericano a largo plazo es de cerca del 3 por ciento. Suponiendo que no sobrevenga ninguna retracción en EE. UU., los soviéticos superarán a la economía norteamericana en cuestión de un decenio o, a lo sumo, dos. Si bien la economía soviética está sometida a muchas tensiones, no es susceptible de depresiones capitalistas. Además, su crecimiento económico no se destina a receptores de televisión en todos los hogares sino a máquinas herramientas para China, no a estupidez programada ni a automóviles diseñados por la estupidez, sino a equipos de capital... además de cohetes. El empleo del crecimiento económico soviético no sólo es importante en armamentos sino también en el desarrollo económico básico.

Es muy probable que las mismas habilidades y recursos que lanzaron un satélite de una tonelada y media, conduzcan a un alud automatizado de artículos de consumo; no hay razones técnicas, políticas ni económicas internas para no aprovechar de este modo tales habilidades y recursos en un futuro cercano. La jactancia rusa de la producción que vendrá no es infundada. Dentro de poco Rusia habrá de ser, en el mismo sentido en que lo es hoy Norteamérica, una potencia industrial de primer orden.

El método soviético de industrialización forzada y acelerada ha sido y es un método brutal. No ha tolerado libertades como las que Occidente conoce; esta brutalidad y tiranía no se justifican ni invocando siquiera la brutalidad y tiranía de la explotación capitalista de otros tiempos (como sucedía con los niños en las minas británicas un siglo atrás). Tampoco se excusa la insensibilidad de quienes deciden en la Unión Soviética, trayendo a colación a los dirigentes que lanzaron las primeras bombas atómicas —sin previo aviso, sin demostración, sin ultimátum— sobre poblaciones civiles. Ambos son brutales; ambos despliegan la inhumana falta de sensibilidad que caracteriza a hombres subdesarrollados en sociedades superdesarrolladas, de hombres con racionalidad pero sin razón.

Sin embargo la *élite* de EE. UU. está compuesta por capitalistas doctrinarios, lo que significa que también —dadas las actuales condiciones económicas mundiales— son capitalistas utópicos. No me parece que conozcan otro medio, en el cual realmente crean, para preservar sus intereses capitalistas y al mismo tiempo industrializar

al mundo subdesarrollado. No creo que el capitalismo norteamericano sea un sistema importable en el mundo económico y político de hoy. La *élite* de EE. UU. está perdiendo el concurso para determinar el diagramado de la industrialización mundial porque carece de la pericia diplomática o técnica necesaria. Además no tiene el propósito de hacerlo. Presta "ayuda extranjera" por razones militares e invierte por razones de lucro, pero en los casos en que no hay ni lucro capitalista ni razones militares, poco o nada ofrece.

No existe plan racional, ni idea sistemática, ni programa general para el desarrollo económico de la India, América latina, Medio Oriente, África, Asia sudoriental; sólo esporádicos y episódicos créditos y asignaciones encubiertos por estribillos de realismo y practicabilidad, por capitalismo doctrinario y por metafísica militar.

A propósito de la situación económica mundial del capitalismo utópico recordamos la observación que hiciera Carlos Marx en 1853: "La impotencia se manifiesta en una sola proposición: el mantenimiento del *statu quo*". El *statu quo* comprende ahora la marcha hacia la tercera guerra mundial. Por definición, los insanos son imprevisores pero a menudo su obstinación es pertinaz, más que nunca quizás cuando adquieren la vaga noción de que marchan directamente hacia la bancarrota. En lo obstinado de su abstención revelan, como dijera Marx, "su absoluta incapacidad para promover la causa del progreso y la civilización".

Lo principal no es que el comunismo pueda servir a esta causa mejor que el capitalismo. Lo importante es que Rusia bien podría ganar la lucha mundial sin disparar ni un solo proyectil y que la *élite* soviética esté perfectamente dispuesta a desarrollar la lucha en términos económicos. Una de las principales causas de la tercera guerra mundial es la evidente incapacidad o indisposición de la *élite* norteamericana a hacerlo.

12 – DE LAS CAUSAS PSICOLOGICAS

He sostenido que las causas estratégicas de la tercera guerra mundial son directas e inmediatas. Únicamente suponiendo una democracia de poder directa e inmediata nos cabe suponer que "el pueblo" tiene participación inmediata y activa en decisiones históricas como las que se requieren en esta empresa. Ni para la Unión Soviética ni para los Estados Unidos podemos hacer tal presunción; la parte que el pueblo en general desempeña en este ímpetu es a lo sumo tolerante o sirve de estorbo. En los Estados Unidos, en efecto, los públicos van cayendo en la indiferencia política; se transforman rápidamente en masas, masas que se tornan moral y políticamente insensibles.

Sin embargo muchos comentaristas sostienen el temperamento de que las opiniones de un sinnúmero de personas, o incluso la genérica "naturaleza humana", figuran entre las causas de guerra. Más recientemente los psicólogos y antropólogos han atribuído la guerra a "malos entendidos" entre "pueblos", o, de manera más rebuscada, a "las tensiones surgidas por diferencias de carácter nacional". Este criterio es muy viejo, si bien se disfraza con la toga de la ciencia social.

Rousseau y Kant sostenían que, como las guerras eran libradas

por príncipes en beneficio propio y no en el de sus pueblos, no habría guerras bajo una forma republicana de gobierno. Posteriormente muchos hombres de bien diseminaron el criterio de que la guerra se debe a "la falta de comprensión", de que la paz es cuestión de convencer racionalmente a suficiente proporción del público de que la guerra es absurda.

Creo que sostener semejante concepto es presumir que el pueblo en general es directamente responsable del desarrollo de la historia, y, por ende, de la guerra; es presumir que prevalece una democracia de poder directa y total, y no una condición donde la capacidad para forjar la historia está decisivamente centralizada. Creo que estas nociones, una vez desarrolladas por completo, resultan ser variantes de la idea de destino que he explicado desde el punto de visto sociológico. Con harta frecuencia, además, quienes sostienen tales opiniones vienen a hablar de culpabilidad trágica, la de "los demás" por lo general, y no de responsabilidad política. Lo contradictorio es que tales programas de paz muchas veces se reducen a programas educativos, dirigidos en su mayoría a los pueblos de naciones cuyas *élites* se han comportado en forma deplorable y estúpida.

La vaga noción de que la guerra obedece a tensas diferencias de "carácter nacional", junto con la presunción de que el poder reposa en el pueblo, me parece más que errónea y menos que útil porque forma parte de la trampa nacionalista. La mayor "comprensión" podría conducir con igual perfección a un odio más inteligente como al más grande de los aprecios. El haber comprendido mejor el carácter y panorama nazi no necesariamente nos habría llevado a evitar la guerra con los nazis.

La mejor comprensión entre los pueblos no necesariamente produce, y mucho menos determina, cambios de política por parte de sus respectivas *élites*. Creer que sí equivale a suponer que sencillamente las políticas de todos los gobiernos son el espejo de las opiniones de las poblaciones nacionales, o es atribuír, como expresara cierta vez Dwight MacDonald, a una nación o pueblos "cualidades de voluntad y opción que en realidad sólo pertenecen a individuos... Esta confusión animista no solamente caracteriza al pensamiento del hombre común (con mucha ayuda de parte de sus dirigentes políticos) en las relaciones entre las naciones, sino también en la relación entre el estado y el ciudadano individual. Precisamente porque en esta esfera el individuo es totalmente impotente en la realidad, sus dirigentes redoblan los esfuerzos por presentar al estado no sólo como instrumento de los propósitos de *ese individuo*, sino también como ex-

tensión de *su* personalidad. Por fuerza tienen que intentarlo debido al hincapié en el individuo libre que la revolución burguesa ha incorporado a nuestras presunciones políticas... La teoría es conveniente para quienes se hallan en el poder por dos razones: en lo interno preserva la escala jerárquica, convirtiendo en traición el levantarse contra los investidos de autoridad y contra los presuntos intereses comunes de todos, contra lo que en estos días se denomina con reverencia "unidad nacional"; en tiempos de guerra, en cambio, permite tratar a la población enemiga como un bloque único y homogéneo, con todos sus integrantes por igual perversos y detestables".

Los problemas de la guerra y la paz no pueden simplificarse en una ingenua psicología de "paz mediante mejor comprensión entre los pueblos". No es en la agresión del pueblo en general, sino en la diferencia en masa, donde radica su verdadera importancia política y psicológica para el ímpetu hacia la guerra. Tampoco lo importante es la "psicología de los pueblos" ni la cruda "naturaleza humana", sino la insensibilidad moral de la gente que es seleccionada, modelada y honrada en la sociedad en masa.

En esta nueva sociedad ha cristalizado una situación en que muchos de los que perdieron la fe en las lealtades prevalecientes no adquirieron otras nuevas, de manera que no prestan atención a ninguna clase de política. No son radicales, no son liberales, no son conservadores ni son reaccionarios. Son inaccionarios. Están al margen de todo. Si aceptamos la definición griega del idiota como un hombre completamente nulo, debemos llegar a la conclusión de que muchos ciudadanos norteamericanos y soviéticos son en la actualidad unos idiotas. Esta condición espiritual —y elijo la expresión con cuidado— es la clave de muchos problemas contemporáneos y de mucho desconcierto político. La "convicción" moral y la "creencia" moral no son necesarias, ni en los mandados ni en los mandatarios, para que el poder mandatario persista y hasta florezca. La prevalencia de la indiferencia en masa es sin duda una de las principales realidades políticas de las sociedades occidentales de hoy.

En lo tocante al ímpetu hacia la guerra, esta diferencia se interpreta mejor como insensibilidad moral: la muda aceptación —o incluso desaprensión— de la atrocidad moral; la falta de indignación frente al horror moral; la conversión de esta atrocidad y este horror en convencionalismos moralmente aprobados del sentimiento. En suma, por insensibilidad moral entiendo la incapacidad para la reac-

ción *moral* frente a un acontecimiento y al carácter, a la alta decisión y a la corriente de la circunstancia humana.

Aunque las raíces de tal insensibilidad están en la primera guerra mundial, floreció en la segunda gran conflagración. El "bombardeo de saturación" de esa guerra fue con frecuencia el bombardeo indiscriminado y en gran escala de poblaciones civiles, como sucedió con el bombardeo atómico de los pueblos de Hiroshima y Nagasaki. El hecho de que Hiroshima haya sido más súbito y más impersonal que Auschwitz, no importa las diferencias morales que se disciernan, no le resta inmoralidad. Debemos reflexionar cuidadosamente hasta dónde se los debe llevar juntos en los canales de la insensibilidad moral y de la deformación de la humanidad. Para la época de Corea, de todos modos, el principio de la devastación había sido aceptado por completo como parte del universo moral de la sociedad en masa.

En esta sociedad, entre el catastrófico suceso y los intereses cotidianos existe un vasto abismo moral. ¿Cuántos norteamericanos experimentaron, como seres humanos, la segunda guerra mundial? Pocos se rebelaron, pocos conocieron la pesadumbre pública. Fue un asunto curiosamente irreal, repleto de eficiencia sin finalidad. Una especie de embotamiento pareció proscribir toda conciencia de lo que sucedía. Fue sin sueño y, por lo tanto, sin pesadilla, y si hubo indignación, miedo y odio —y los hubo—, no brotó por eso ningún torrente de convencimiento ni compasión en la desesperanza o furor. Pocas quejas humanas centralizáronse con rebeldía en el significado moral y político de la brutalidad universal. Las masas arrellanadas en los cines, entre las grandes películas de largo metraje, observaban ajenas y hasta con visible indiferencia el "bombardeo de saturación" de niños en los estrechos sótanos de ciudades europeas. El hombre se había convertido en un objeto, y, en la medida en que aquellos para quienes era un objeto opinaban algo sobre el espectáculo, se sentían impotentes, en las garras de fuerzas monumentales, sin participación en esos asuntos situados más allá de sus fuerzas inmediatas de cotidiana demanda y gratificación. Fue una época de sonambulismo moral.

En el mundo ampliado de la comunicación mecánicamente vivificada el individuo se convierte en espectador de nada que no sea el testimonio humano de nada. Careciendo de objetivos concisos de rebelión los hombres no sienten los incentivos morales de la rebelión. La frialdad invade sus almas y se vuelven nulos y descoloridos. Virtualmente en todos los ámbitos de la vida los hechos pasan ahora por encima de la sensibilidad. Despojados de significación humana,

esos hechos se prestan fácilmente al acostumbramiento. En el hombre oficial ya no hay más conmoción humana; en su prosélito extraoficial hay poco sentido de problema moral. Con la irrestricta supremacía de la técnica impersonal y calculada no hay lugar humano para trazar la línea y dar el enfático no.

A esta falta de respuesta trato de resumirla en la expresión "insensibilidad moral" y sugiero que el plano de sensibilidad moral, como parte de la vida pública y privada, ha zozobrado hasta desaparecer. No es el número de víctimas ni el grado de crueldad lo distintivo; es el hecho de que los actos cometidos y los actos que nadie protesta se han disociado de la conciencia de los hombres de una manera descarada y hasta esquizofrénica. Las atrocidades de nuestros tiempos son cometidas por los hombres como "funciones" de una maquinaria social, por hombres imbuídos de un criterio abstracto que les oculta a los seres humanos que son sus víctimas y, además, su propia humanidad. Son actos inhumanos porque son impersonales. No son sadistas sino simplemente cumplidores; no agresivos sino simplemente eficientes; no emotivos sino técnicamente impecables.

Esta insensibilidad fue dramatizada por los nazis, pero la misma falta de moralidad humana prevaleció entre los pilotos de caza en Corea, con su jalea de petróleo que achicharró niños, mujeres y hombres. ¿Esta falta no asciende a un plano superior y técnicamente más adecuado entre los brillante generales y amables científicos que ahora preparan las armas y la estrategia de la tercera guerra mundial?

Creo que debemos presumir que en el caso de esta guerra los estadistas ordenarán el empleo de toda arma que crean conveniente para "destruir al enemigo", y que las masas de hombres la aceptarán. Porque si en la actualidad los hombres proceden en nombre de "su nación", no conocen límites morales, sino sólo cálculos convenientes. ¿No es obvio lo que antecede por la historia de los últimos veinte años? ¿No es eso el significado de la palabra "barbarie" aplicada a nuestros tiempos y al más absoluto y fetiche de nuestros valores, el de la Nación misma? Entre los altos círculos de todas las naciones principales la fuerza de la restricción moral es simplemente un factor, en realidad ínfimo, que debe considerarse entre los cálculos convenientes de "moral", de guerra psicológica y de lo que extrañamente todavía se denomina "opinión pública".

13 — REALISMO CHIFLADO

Es hora de resumir y comenzar de nuevo. La guerra es ahora un rasgo estructural de las principales sociedades del mundo y también es la principal actividad de hombres identificables, desempeñada en nombre de los principales estados del mundo y con sus medios de poder nacional. He sostenido que la tercera guerra mundial está en preparación y será librada fríamente en nombre del estado soberano por las *élites* mandatarias de las dos superpotencias, con la aquiescencia del público y las masas, y las abstenciones de los políticos e intelectuales.

La historia de nuestra época no es cuestión de destino. Las decisiones —e ideas— cuentan en lo que habrá de suceder. Mientras así sea, creo que ahora, en resumen, corresponde establecer lo siguiente:

I — La causa inmediata de la tercera guerra mundial es la preparación militar para la misma. La naturaleza de la carrera armamentista es tal que no es, ni se la puede considerar razonablemente como causa de paz. Dado el nuevo arsenal y el estancamiento estratégico, no se la puede considerar como medio para la defensa de

ninguna nación, porque la distinción entre ataque y defensa ha perdido sentido.

II — Las causas inmediatas de la carrera armamentista son las definiciones oficiales de la realidad mundial a que se aferran las *élites* de los EE. UU. y la URSS. Estas definiciones e ideologías nacionalistas sirven ahora de máscara para ocultar la irresponsabilidad e incompetencia de las *élites*: son trampas colocadas al paso de cualquier tentativa de razonar seria y debidamente sobre la guerra como problema político y sobre la paz como clave moral de un programa humano.

III — La teoría oficial de la guerra —la metafísica militar— es en sí misma una de las causas del ímpetu hacia la guerra. Cuanto menos adecuadas las propias definiciones de la realidad y cuanto menos apto el propio programa para modificarlo, más compleja se presenta la escena de acción. La "complejidad" no es inherente a los fenómenos sino que depende de las concepciones con que encaramos la realidad. Quienes quieren la paz tienen el deber de identificar las causas y de aclararlas hasta hacerlas útiles para entrar en acción. Es la definición inadecuada de la realidad mundial y la falta de todo programa ingenioso para la paz lo que hace que la escena internacional se presente tan compleja e insoluble para la *élite* norteamericana, lo que torna peligrosas esas reacciones fragmentarias que constituyen gran parte de la acción, y falta de acción oficial norteamericana desde la decisión de arrasar Hiroshima.

IV — Es en la continua preparación para la guerra donde la *élite* mandataria encuentra ahora la principal base para promover los diversos intereses coincidentes de sus miembros. La metafísica militar justifica su irritada fiscalización y su competencia por los medios ampliados y centralizados de violencia, producción y administración. Para los amos profesionales de la guerra esta metafísica es premisa natural porque está en consonancia con su preparación y en línea con sus intereses profesionales y sus carreras personales.

V — Para los políticos la metafísica militar proporciona un manto bajo el cual renunciar a los peligros que entraña la conducción innovadora; ofrece un manto para el empleo de los burócratas militares —único gran conjunto de servidores civiles profesionales disponible— en vez de erigir un servicio civil de civiles de auténtica integridad; oculta el vacío político donde ahora cometen irresponsablemente sus omisiones políticas.

VI — Para los gerentes de las corporaciones la metafísica militar coincide a menudo con su interés en un caudal de ganancias estable y programado; permite garantizar sus riesgos con dineros públicos; les ofrece la razonable esperanza de explotar en su propio beneficio, ahora y más adelante, los riesgosos adelantos de investigación sufragados con dineros públicos. Es, en suma, una fachada de capitalismo subvencionado de la cual extraen ganancias y en la cual se basa su poder.

VII — En Occidente, en especial Estados Unidos, se teme la retracción económica en caso de que los preparativos bélicos se interrumpan o se retarden. Los intereses corporizados se benefician con el continuo diseño y producción de armas que se vuelven anticuadas aun antes de haberse fabricado. Detrás de estos móviles e intereses económicos está la confrontación mundial de la economía capitalista con la economía colectivista del bloque comunista. Estas dos economías compiten en creciente medida como modelos para la industrialización de un mundo que es principalmente preindustrial. La *élite* capitalista norteamericana está perdiendo esta competencia y, con fundados motivos, teme seguir perdiéndola.

VIII — Las monolíticas presunciones de la metafísica militar y el ímpetu hacia la guerra que se deriva de ella, no se deben solamente al ascendiente militar ni a la corporización privada de la economía y su mecanismo capitalista. Creo que estas son *causas*, pero consiguen operar como causas debido principalmente a las vacilaciones civiles y a los titubeos políticos. Las *élites* militar y corporizada han conseguido unirse para compartir las altas decisiones, así como hacerlas por separado, merced al vacío político.

Hoy en los EE. UU. no hay partidos políticos nacionalmente responsables que ofrezcan y propugnen otras orientaciones y programas políticos. No existe ningún servicio civil importante compuesto por profesionales de sólida carrera y que estén emancipadas de los intereses privados. Los principales funcionarios del gobierno norteamericano —el directorio político— no son políticos profesionales de partido ni servidores civiles profesionales, sino ex generales y ex gerentes de corporaciones, o bien apéndices del alto comercio y círculos legales. La máquina estatal en que vivimos, en su personal y en su perspectiva persistente, aparece realmente a veces como una comisión de estos círculos mandatarios de las corporaciones y altos militares.

IX — Las causas económicas y militares de la guerra también encuentran clima propicio para operar, debido a la apatía política de los públicos y a la insensibilidad moral de las masas en los mundos tanto comunista como capitalista, y por la inactividad y abdicación política de los principales círculos intelectuales de estos mundos. Por lo general los públicos y masas desempeñan en los acontecimientos norteamericanos un papel ínfimo y pasivo, aunque muchas veces lo desempeñan con incomodidad. Los públicos y las masas son inhibidos por la sensación de que ellos y sus *élites* están prisioneros en las garras del destino. No saben plantear demandas en forma efectiva; son impotentes y se han vuelto moralmente insensibles.

X — El mismo tipo de función desempeñan destacados círculos intelectuales, científicos y religiosos. La mayoría de los profesionales de la cultura libran una guerra fría en la cual se hacen eco y desarrollan las confusiones de los círculos oficiales. Además tampoco plantean demandas a las *élites* para que adopten actitudes alternas ni plantean tales alternativas ante los públicos y masas. Muchos intelectuales no hacen nada por llenar el vacío político. En cambio, mientras libran la guerra fría, proclaman, justifican y practican esa insensibilidad moral que es uno de los acompañantes de la misma. Los tecnólogos y científicos desarrollan fácilmente nuevas armas; los predicadores, rabinos y sacerdotes bendicen la gran empresa; los periodistas difunden las definiciones oficiales de la realidad mundial, rotulando para sus públicos la cambiante alineación de amigos y enemigos; los publicistas explican las "razones" de la próxima guerra y la "necesidad" de sus causas. No ofrecen políticas alternas, no se oponen políticamente ni discuten políticamente el ímpetu hacia la guerra. En general se han convertido en la guardia suiza de la *élite* mandataria, rusa o norteamericana, según el caso. Voceros extraoficiales de la metafísica militar, no han elevado el nivel de sensibilidad moral, sino que lo deprimieron todavía más. No trataron de colocar un contenido responsable en el vacío político; han contribuído a vaciarlo y a mantenerlo vacío. Lo que debe llamarse la abstención cristiana del clero forma parte de esta triste condición moral, y lo mismo sucede con la asimilación de los científicos por las maquinarias científicas nacionalistas. La mentira periodística se hace de rigor y también forma parte de ella, como también la pretenciosa trivialidad de mucho de lo que se hace pasar por ciencia social.

XI — El ímpetu hacia la tercera guerra mundial *no es* una conspiración por parte de la *élite*, sea de los EE. UU. o de la URSS. En ambas existen "sectores belicistas" y "sectores pacifistas", y en ambas están los que llamaríamos realistas chiflados. Son éstos los hombres que han enfocado con tanta rigidez su atención en el próximo paso, que se convierten en instrumentos de todo lo que arrastra la gran corriente, las acciones oportunistas de un sinnúmero de hombres. También son hombres que se aferran firmemente a principios generales. El frenético paso siguiente, sumado al principio general, nos da la política exterior de EE. UU., de la que el Sr. Dulles ha sido un exponente tan magnífico. En el realismo chiflado la retórica moral de alto vuelo se une a la ambiciones oportunistas en medio de una gran diseminación de temores y demandas fuera de foco. En la práctica el principal contenido de la "política" es ahora una lucha entre hombres igualmente expertos en próximos pasos prácticos —que, en suma, componen el ímpetu hacia la guerra— y en grandes y ampulosos principios exhortatorios. Pero sin ningún programa.

XII — Los programas exigen que los próximos pasos se relacionen razonablemente con las principales imágenes de un objetivo. Para avanzar hacia objetivos se requiere que el próximo paso sea discernido conscientemente en términos de sus consecuencias, y que esas consecuencias se enfoquen y valoren en términos del objetivo. Careciendo de programa, el oportunista se desplaza a cortas distancias entre objetivos inmediatos y cambiantes. Reacciona sin crear, y la orientación de sus reacciones es determinada menos por objetivos propios que por las circunstancias ante las cuales se siente obligado a reaccionar por miedo o por timidez. Como es principalmente hijo de estas circunstancias y no dueño de acción independiente, los resultados de sus convenientes maniobras y de sus propias abstenciones son más el producto de la deriva principal que de su propia visión y voluntad. Obrar por simple conveniencia es estar en las garras del destino histórico o en las garras de aquellos que sencillamente no obran por conveniencia circunstancial. Sumidos en los detalles de las decisiones inmediatas y al parecer inevitables a las cuales se siente obligado a reaccionar, el realista chiflado no sabe qué hacer a continuación; espera que otro actúe primero.

XIII — La expectación de la guerra resuelve muchos problemas a los realistas chiflados, pero también les plantea muchos problemas

nuevos. Sin embargo éstos, los problemas de la guerra, a menudo parecen más fáciles de manejar. Están al descubierto: producir más, programar la forma de matar a más enemigos, trasladar materiales a millares de kilómetros. Los términos de la carrera armamentista, una vez aceptada esa carrera como necesaria, son evidentes: los problemas explícitos que plantea muchas veces parecen "más allá de la política", en el ámbito de la administración y la tecnología. La guerra y los preparativos de la guerra tienden a convertir la ansiedad en preocupación; es posible, como muchos parecen creer, que la verdadera paz convierta a la preocupación en ansiedad. El hacer la guerra parece un asunto tecnológico y administrativo concreto; la paz es un término político controvertido y ambiguo. Así, en vez del miedo a lo desconocido, de la ansiedad sin fin, algunos hombres de los altos círculos optan por simplificar la catástrofe conocida.

La expectación oficial de la guerra también permite a los hombres resolver los problemas de los ciclos económicos sin recurrir a medidas políticas desagradables para muchos políticos y para grandes sectores del público norteamericano. Los términos de su solución a largo plazo son difíciles de confrontar en tiempos de paz para la *élite* capitalista.

En consecuencia, algunos de ellos han venido a creer que el encuentro mundial llega a un punto en que no queda otra solución que la guerra, a pesar de que intuyen que la guerra no resolvería nada. Han vendio a creer esto porque quienes se hallan en el poder en cada uno de los países en juego están atrapados entre las consecuencias de sus acciones del pasado y su actual visión hostil. Viven en un mundo repleto de acontecimientos que los abruman. No conocen soluciones para las paradojas de Medio Oriente y Europa, el Lejano Oriente y África, aparte del desembarco de la infantería de marina. En su desconcierto, o también cansados del desconcierto, han venido a creer que no hay otra salida que la guerra para disipar todas las inquietantes paradojas de sus tediosos y ahora erróneos intentos por construir la paz. En lugar de estas paradojas prefieren los brillantes y claros problemas de la guerra... según eran antes. Porque todavía creen que "ganar" significa algo, aunque nunca nos dicen qué.

Por causa de este desconcierto y frustración en la posición y los intereses de la *élite* del poder, supongo que han existido y existen en los EE. UU. y la URSS "sectores belicistas", de hombres que quieren la guerra, y también "sectores pacifistas", de hombres que no quieren la guerra. Algunos quieren la guerra por razones sórdidas

y otros por razones idealistas; algunos por ventaja personal, otros por principios impersonales. Pero la mayoría de los que quieren conscientemente la guerra y la aceptan, y de tal manera contribuyen a crear su "inevitabilidad", la quieren para desplazar la ubicación de sus problemas.

Además hay un punto acerca de los sectores belicistas que no resulta tan firme para los sectores pacifistas. El triunfo del sector belicista de una nación conduce al triunfo del sector belicista de la otra. Cuando tales camarillas triunfan en Rusia, la posición de sus equivalentes en los Estados Unidos se robustece, y viceversa. Así, cuando en algún debate entre dirigentes triunfa el sector belicista, consigue consolidar su ventaja porque sus victorias se acumulan de la misma manera en que el temor mutuo que engendran se acrecienta y se estabiliza.

XIV — Para aquellos que preferirían alcanzar en silencio objetivos modestos a breve plazo y que proceden dentro de una corriente principal en general beneficiosa, el realismo chiflado es ideal. No necesitan ni medios perdurables ni programas orientadores de vasto alcance. Pero para quienes se encuentran en la principal corriente hacia la tercera guerra mundial y que detendrían esa corriente para crear una condición mundial pacífica, el oportunismo es simplemente una serie de abstenciones acumulativas. Las ambiciones inmediatas conducen a consecuencias mediatas que escapan a los dominios de cualquier programa. La ausencia de un programa norteamericano para la paz es una de las causas principales del ímpetu y deriva hacia la tercera guerra mundial.

Mientras tanto, y a falta de un programa así, las *élites* del poder político, militar y económico son los puntos focales de las causas económicas, políticas y militares de guerra. Con sus decisiones e indecisiones, con sus abstenciones y su ignorancia, rigen el empuje de estas causas. Se les permite ocupar tales posiciones y emplearlas de acuerdo con el realismo chiflado debido a la impotencia, la apatía y la insensibilidad de públicos y masas; en parte logran hacerlo debido a la posición reaccionaria de intelectuales, científicos y otros elementos culturales. En los EE. UU. y la URSS, como también en las zonas amedrentadas situadas entre ambos, existe un vacío político y un vacío intelectual. En ambos el ímpetu hacia la tercera guerra mundial es acelerado por el comportamiento de la *élite* en nombre del estado soberano y en concordancia con la metafísica militar.

TERCERA PARTE

¿QUÉ HACER, ENTONCES?

14 – DE LA PERDIDA DE VISION

Con formular y responder a la pregunta, "¿qué hacer?" no basta. También tenemos que especificar quién debe hacerlo. En la actualidad mucha gente ha dejado de elaborar programas porque los descorazona la falta de dirigentes accesibles a nuevas ideas —o a cualquier idea en general— que se encuentren al mismo tiempo en posición conveniente para aplicarlas en decisiones que hagan historia. Mucha gente no se formula ya lo interrogante intelectual y moral, "¿qué hacer?" porque su imaginación ha sido paralizada por la interrogante política de quién podría hacerlo. En consecuencia, han perdido todo interés en programas o estrecharon sus imaginaciones a los límites e intereses de una *élite* mandataria que despliega su ignorancia de manera tan peligrosa. Todo lo que no está dentro de estos límites es considerado utópico, ingenuo, impráctico e irrealista.

En suma, el motivo por el cual tantos abandonan la elaboración de programas radica en que no encuentran en los Estados Unidos un público real para tales programas. Ese público, en mayor o menor grado, tendría que formar parte de una organización, un movimiento o un partido con perspectivas de influir en las decisiones que se

adoptan y en las abstenciones en que se incurre en estos momentos. También tendría que contener personas que por lo menos presten atención a las ideas e ideales; personas entre las cuales exista la probabilidad de encontrar auditorio. Dadas estas dos condiciones, se pueden hacer programas en forma "políticamente realista". Cuando estas condiciones faltan, sólo quedan estos dos caminos:

Modificar las ideas, o por lo menos archivarlas, para después, al menos temporalmente, y abrazar nuevos ideales y recursos para los cuales trabajar de manera "realista". Esto es lo que se llama "política práctica".

El otro camino es el de conservar los ideales y entonces, por definición, sostenerlos de manera utópica, pero en compás de espera. Este es el camino que se llama impráctico e irrealista.

Por supuesto, ambos pueden combinarse en varios tipos de acciones dilatorias, siendo la más común la combinación de próximos pasos frenéticos y "realistas" con grandes proclamaciones de principios. Sin embargo, existe una verdadera opción entre ambos. Como intelectuales y como políticos debiéramos elegir sin titubeos el segundo camino.

Debemos rechazar el primero, que quizás solía ser realista; primero, porque ahora se ha convertido simplemente en el renunciamiento de cualquier función posible de la razón, e incluso de la cordura, en los asuntos humanos; segundo, porque equivale a rendir todo el poder que pudiéramos tener frente a quienes se encuentran actualmente a cargo de las decisiones que hacen historia y de las decisiones que no se hacen y que bien podrían orientar a la historia en otras direcciones, y, tercero, porque la adopción cuasi universal de este criterio "realista" por los intelectuales figura ahora entre las causas de la tercera guerra mundial.

Debemos aceptar lo que quizás solía ser el camino utópico; primero, porque ahora es el único camino adecuado para pensar en la política mundial y en la condición humana, y, segundo, porque es ahora el único camino realista para trabajar seriamente como intelectuales en pro de las condiciones de paz. Porque debe reconocerse que lo que los poderosos llaman utopía es en realidad la condición necesaria para la supervivencia humana.

"Un principio, si es acertado —escribió John Morley— representa uno de los más grandes recursos. Abandonar eso en aras de algún recurso aparente de la hora es sacrificar el bien mayor por el menor, no por otra razón de que el menor está más próximo. Conviene

más esperar y diferir la realización de nuestras ideas hasta que podamos realizarlas plenamente, que defraudar el futuro tronchándolas, si para asegurar un triunfo parcial para ellas en el presente inmediato debemos troncharlas. Es mejor soportar la carga de lo impracticable que conmover la convicción y corroer el principio hasta que se convierte en oquedad y trivialidad".

Cuando nos pregunten "¿qué hacer?" podríamos responder formulando demandas de pasos inmediatos, formulando exhortaciones de principios generales o haciendo formulaciones de un programa. Los que carecen de programa dicen que la política es el arte de lo posible, y así eluden la principal incógnita de la política actual. Esa incógnita es: ¿Qué es posible ahora? En cuanto a los medios, la respuesta es: depende de la posición que se ocupe en la estructura del poder. En cuanto a los fines, la respuesta es: Nadie conoce los límites del posible desarrollo humano. ¿Qué podrán llegar a ser los hombres, qué tipos de sociedad podrían erigir los hombres? Las respuestas a tales interrogantes no están cerradas ni son inevitables. Sin embargo la discusión de la política se ha confinado tan dogmáticamente a los medios, a los problemas del poder, que los fines con los cuales los hombres podrían soñar se consignan como "simple fantasía utópica". Mientras tanto, virtualmente todas las imágenes del futuro —desde Aldous Huxley hasta George Orwell— se han convertido en imágenes de horror sociológico y la "acción práctica" ha sido usurpada por mediocridades temerosas y exentas de imaginación.

Si bien esta condición tiene sus motivos, no es necesario que exista. El error radical de juicio a este respecto es la insistencia en que toda visión, demanda o esperanza, debe ser tal que resulte inmediatamente realizable esta semana o, a lo sumo, en las próximas elecciones. Si esta insistencia es dogmática, como suele suceder en la actualidad, entonces todo pensamiento político sencillamente se detiene y pasa a ser sustituído por meros cálculos de camarilla y estrategia partidaria, y la responsabilidad política ya no es más que un equilibrio.

Lo que los "hombres prácticos en asuntos" no confrontan es la realidad de que hoy la "política" se relaciona con la formación volitiva de la historia. La ampliación y centralización de los medios para hacer historia significa que, para bien o para mal, las *élites* mandatarias ya no se encuentran en una situación donde su voluntad y su razón están supeditadas a "fuerzas impersonales fuera de su dominio". Ahora es mucho más posible una política de responsabilidad que en una sociedad con medios de mando de menos alcances y menos cen-

tralizados. La realidad actual es lo contrario: prevalece una política de irresponsabilidad semiorganizada. Sin embargo, este hecho no debe privarnos de ver las posibilidades políticas que ofrece este gran cambio estructural: en la actualidad es sociológicamente realista, moralmente justo y políticamente imperioso formular demandas a los hombres de poder y responsabilizarlos por los cursos específicos de los acontecimientos.

Mientras tanto olvidemos por un rato los medios —ya volveremos a ellos— para considerar qué se debe hacer. No pretendo que las proposiciones que voy a formular sean originales, sino que las expongo como reflexiones obvias de cualquier mente que no haya sido capturada por las definiciones oficiales de la realidad mundial. De todos modos, he aquí algunas guías para la paz.

15 – GUIAS

Lo que Estados Unidos debe hacer es abandonar la metafísica militar y la idea doctrinaria del capitalismo, para, con la razonabilidad así obtenida, reconsiderar los términos del encuentro mundial.

I

Debemos subvertir el monolítico dogma norteamericano que ahora constituye la única línea de la posición de la *élite;* no debemos tolerar que la *élite* identifique con la "necesidad militar" las tontas preferencias que le dicta su criterio, ni que atribuya sus desastrosos resultados al "carácter maligno del enemigo". Debemos declarar que "la necesidad militar" se ha convertido en expresión que quienes proclaman y deciden en nombre de la nación utilizan para disimular su incompetencia e irresponsabilidad. *El único criterio militar realista es el criterio de que el verdadero enemigo es ahora la guerra y no Rusia.*

II

En el desorden mundial de mediados del siglo veinte dos tercios de la humanidad viven en la pobreza, sin medios adecuados de producción. Detrás de la lucha militar está la lucha del mundo subdesarrollado por industrializarse. Como hemos visto, Estados Unidos está perdiendo esta lucha por su omisión e indiferencia. En lugar de la metafísica militar debemos establecer medulares cuadros del futuro, donde los problemas de la industrialización se contemplen al mismo tiempo como los problemas primordiales del mundo actual y como la cuestión más promisoria y fructífera entre los EE. UU. y la URSS.

No debemos hacer hincapié en la industrialización como una metafísica, ni como un fetiche, ni como solución para todos los problemas humanos sino como medio para conquistar para la humanidad un adecuado nivel de vida, como aspecto responsablemente fiscalizado de una sociedad en adecuado desarrollo.

III

Desde el punto de vista de la mera supervivencia, por no hablar del progreso hacia un mundo de sociedades en adecuado desarrollo, no existe más que un único objetivo primordial y un solo medio general para conseguirlo: la coexistencia.

La *élite* norteamericana debe abandonar la ilusión de que "esta pandilla de rojos" va a desaparecer, de que sus sociedades se derrumbarán, o de que existe alguna acción, aparte de la aniquilación mutua, que los Estados Unidos puedan emprender para conseguir su derrumbe. Deben reconocer el significado histórico de la Revolución Rusa, deben reconocer que ahora existe en el mundo otra forma de industrialización. Abandonando su capitalismo doctrinario, deben reconocer que esta forma funciona y que ejerce considerable atractivo entre los pueblos de regiones subdesarrolladas que han permanecido económicamente atrasadas durante generaciones, en la época de la primacía capitalista.

Debemos exigir que la coexistencia de estos dos modelos mudialmente establecidos de industrialización sea reconocida en toda su plenitud y que la competencia entre ellos sea dirigida por medios econó-

micos, culturales y políticos, y no por medio de la carrera de idiotas.

Hay que abandonar la metafísica militar.

La industrialización debe contemplarse como la clave de la lucha mundial.

El encuentro mundial de economías políticas coexistentes debe desarrollarse en términos culturales, políticos y económicos.

Tan cruciales son los tres puntos que anteceden, que si se los lleva a la práctica con seriedad, automáticamente conducirán a una hueste de demandas inmediatas y políticas unilaterales, puntos para negociar y sugestiones para la acción cooperativa. Tan básicos son, que si se los convirtiera en guías de la política norteamericana, la construcción de la paz mundial estaría en marcha en cuestión de meses.

IV

Si la paz es y sólo puede ser una paz de coexistencia, el medio para la paz es y sólo puede ser la negociación. La estructura de la paz tiene que ver con los términos de la competencia nacional; la estrategia de la paz requiere sustituír por términos económicos y culturales los términos militares ahora prevalecentes.

Los dirigentes norteamericanos no deberían rechazar automáticamente como propaganda todas las iniciativas de los mandatarios soviéticos conducentes a negociaciones mundiales. Por supuesto, sus proposiciones también sirven como propaganda, pero su rechazo por este motivo trasunta el propio temor de quienes elaboran nuestra política —temor con mucha frecuencia bien fundado— de que no tengan nada convincente que decir al mundo, y supone desprecio por la inteligencia de los pueblos del mundo.

En el intento por comenzar a nuevo no se olvida el pasado, pero tampoco se permite que el pasado gobierne al presente. Lo que hoy importa es cómo crear un mundo de sociedades en adecuado desarrollo a partir de la pobreza y a partir de las superdesarrolladas monstruosidades que ahora se tienen por sociedades humanas. El primer medio persistente para ese fin es la negociación. El encuentro es global; el poder en juego abarca el mundo entero y es probable que pronto llegue a ser universal. Las negociaciones deben desarrollarse ahora entre quienes sostienen este poder y deben englobar asuntos mundiales. Una reforma aquí, intento allá, de poco a poco a la vez, podría dar resultados si la estructura global y su corriente fuesen

favorables. Pero cuando la tendencia global es, como ahora, toda la estructura, se debe encarar toda la base política por entero.

El Sr. Dulles afirma reiteradamente que no puede negociar el desarme con todos los miembros de las Naciones Unidas, pero no cabe duda de que no desea hacerlo con uno solo. He aquí dos buenas razones para reemplazar a este funcionario por otro que no tenga tales inhibiciones estadísticas. Lo importante no es la composición ni el tamaño de ningún grupo en negociación, puesto que se comienza con las potencias que sea y luego se procura modificar el poder y su distribución expandiendo el grupo negociador.

Negociación no significa ni gran conferencia ni una interminable serie de pequeñas conferencias. Significa razonar juntos —continuamente, en todos los planos— y no hacer intercambio retórico para no negociar sobre la negociación. Significa desprenderse de histéricos temores y odios que fueron generados por dogmas y actitudes petrificadas arraigadas en el *statu quo*. Significa reconocer que el presumir que sólo se puede negociar desde "posiciones de fuerza" es declarar simplemente la carrera armamentista; es comprender que la parte "más fuerte' en cualquier momento dado podría temer *menos*, y, en consecuencia, ser más accesible a la razón que la más débil. Negociación significa aliviar las tensiones mediante continuo esfuerzo en altas y bajas esferas, y trazar una estructura por tratados en el mundo entero.

"¿Qué fe —se pregunta a menudo— puede depositarse en cualquier acuerdo con Moscú?" Planteada de esta manera, la pregunta es bastante ingenua. Todas las naciones, como demostrara en detalle F. H. Carr, tienden a cumplir los acuerdos que sus dirigentes creen ventajoso cumplir; en cambio, tienden a violar aquéllos que para sus dirigentes las colocan en desventaja. Si una nación viola más convenios que otra, ¿no es concebible que, como en el pasado era débil, fue obligada a concertar acuerdos desventajosos? Esto es tan cierto para una nación como para otra. Ahora corresponde esta interrogante: ¿Reconoce la *élite* rusa que la tercera guerra mundial no sería ventajosa para Rusia y que la única esperanza para evitar la guerra radica en una equitativa estructura de tratados? La respuesta es positiva para la *élite* rusa en la misma medida en que lo es para la *élite* norteamericana.

La intervención soviética en Hungría serviría de fundamento para creer que los convenios con los soviéticos son inútiles. No hay excusa moral, por supuesto, para la intervención rusa, pero existe una explicación política: dada la carrera armamentista, ha sugerido

Harry Lustig, "los rusos consideraron intolerable que Hungría se hiciera cuando menos neutral y cuando mucho otra base para bombarderos y proyectiles norteamericanos... Es difícil comparar un mal con el otro, pero, al menos en el número de personas muertas, la represión por los franceses de la revolución argelina es exactamente tan brutal. Pero nadie sugiere que sea inútil y peligroso concertar acuerdos con Francia".

V

Cerca del veinte por ciento del actual presupuesto militar norteamericano —de operaciones y científico— debería destinarse a la ayuda económica y desarrollo industrial de los países subdesarrollados, especialmente la India. En el próximo presupuesto, y en cada año consecutivo, esta cantidad debería aumentar en un 10 por ciento sobre el total. Los niveles impositivos tendrían que mantenerse más o menos como en el presente, de manera que la creciente ayuda económica y técnica provenga del presupuesto militar. Parte del dinero para desarrollo industrial tendría que ser usado para montar un gran programa para levantar una variedad de instalaciones electrógenas atómicas compactas y de fácil transporte que proporcionarían electricidad a todos los pueblos del mundo. Al mismo tiempo hay que ayudar a los beneficiarios a adquirir una serie de oficios que permitan aprovechar esa energía como corresponde. Estados Unidos debe proponer que este programa se desarrolle bajo la autoridad de las Naciones Unidas y que se lo prepare de manera que se induzca y permita a los pueblos beneficiarios participar plenamente en su preparación y su administración.

VI

En toda la región culturalmente subdesarrollada, tanto de Estados Unidos como de otras partes, el gobierno norteamericano, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, debería contribuir a formar un sistema educativo de primer orden para establecer en él un programa mundial para la rotación de profesores, maestros y estudiantes. Se debe prestar particular atención a las humanidades y a los estudios sociales. Porque, así como la ciencia natural fue la gran

cuestión y fermento a fines de la era medieval, en estos momentos —dentro del bloque soviético en especial— son los estudios sociales y las humanidades las que podrían convertirse fácilmente en el aspecto socialmente más fructífero de polémica. En efecto, únicamente estimulando estos ámbitos humanos de curiosidad, imaginación e indagación, será posible que las sociedades subdesarrolladas eviten en su industrialización los rasgos inhumanos de las superdesarrolladas... y que los mismos países superdesarrollados se pongan en marcha por el camino que corresponde.

VII

El gobierno norteamericano ha revelado reiteradamente un enorme temor al mayor contacto entre sus ciudadanos y los del bloque soviético. Las estúpidas e insultantes leyes sobre impresiones digitales y visados en general deben abrogarse inmediatamente. Es indudable que en esto los EE. UU., como sociedad libre, deben tomar la iniciativa en forma unilateral. Tendría que ser legalmente tan conveniente para que cualquiera del mundo visite Estados Unidos por seis meses, como lo es ahora para el ciudadano de Alemania occidental visitar Italia, o para el sueco ir a Gran Bretaña. Del mismo modo el gobierno tendría que ayudar enérgicamente a todas las personas y asociaciones de Estados Unidos que quisieran visitar cualquier parte del mundo. El objetivo general que toda política y acción específica debiera favorecer, es un mundo sin visados.

VIII

Bajo los auspicios de las Naciones Unidas, los Estados Unidos tendrían que proponer y hacerse cargo de los gastos de una flota internacional de aviones de pasajeros para científicos, intelectuales y artistas al costo o por debajo del costo, y de la construcción y mantenimiento de una red de sencillos pero cómodos centros internacionales en todo el mundo, cerca de las universidades, bibliotecas y laboratorios, con restaurantes y dormitorios, taquígrafos políglotos y salas de conferencias de distintos tamaños. Habría que ofrecer residencia por períodos razonables de tiempo en esos centros a trabajadores culturales calificados de toda nacionalidad. A medida que esta

red se expandiese se irían disminuyendo los requisitos para participar en esos centros.

IX

Washington tendría que levantar inmediatamente todas las restricciones establecidas por razones de seguridad y lealtad sobre los trabajos científicos, e invitar a destacados científicos del mundo entero a participar en ellos. Es obvio que los rusos poco tienen que aprender de los norteamericanos acerca de los puntos esenciales de la ciencia militar, pero más obvio todavía es que cada grupo tiene mucho que aprender de los demás y de todas las demás comunidades científicas. Es razonable suponer que un intercambio completamente libre de información, técnica y teoría —cuando haya sido enfocado libremente en los problemas industriales del mundo— conduzca inmediatamente a una maravillosa serie de adelantos.

X

El gobierno norteamericano debería fomentar inmediatamente la preparación de escritores científicos de todas las nacionalidades para que desarrollen un programa educativo en gran escala en temas sobre lo que ocurre actualmente en la "ciencia", de qué se trata, qué tipo de proyectos están en marcha y porqué. Ante todo, habría que dar a estos escritores la oportunidad de asimilar la ética clásica de la ciencia: sus normas de comunicación abierta y de disensión independiente, su tolerancia basada en el respeto de la razón, su apego a la verdad y a la observación intrépida, sus demandas de cuidadosas pruebas y su invitación a la audaz conjetura. Porque es en esta creativa práctica de la ciencia y no en los dispositivos de la tecnología donde deben buscarse los importantes significados éticos del saber. Hay que movilizar y reformar los medios de comunicación en masa, en la actualidad tan desaprovechados o desviados hacia las inoperantes trivialidades de la propaganda comercial, para explicar esa ética con claridad y difundirla.

XI

El gobierno de los Estados Unidos debería tratar de separar

de la economía privada todas las investigaciones científicas y estudios relacionados directa o indirectamente con lo militar. Habría que tratar de restringir, por último, a las instituciones públicas y civiles toda ciencia y toda tecnología de trascendencia. Lo que se requiere es una maquinaria científica sujeta a fiscalización pública. Colocadas dentro de la perspectiva de una sociedad en adecuado desarrollo, la ciencia y la tecnología deberían estar sujetas a activa deliberación y fiscalización públicas.

Como gobierno, Washington no debería conceder ningún contrato de carácter científico a corporaciones comerciales privadas. El principal motivo de esto es el antiguo motivo democrático: la sencilla razón de que la "ciencia" reviste ahora tanta trascendencia pública que el apoyo y las aplicaciones que se le dé tienen que ser públicamente responsables. Ya no se le puede dejar sin peligro en manos de poderes privados e intereses creados. Pero también hay otra razón para esta política: el cuantioso costo del mantenimiento de una maquinaria científica sobre una base capitalista subvencionada, mitad privada y mitad pública, dividida entre tres servicios armados, cada uno con sus propias conexiones y contratos con corporaciones.

Sin duda ninguna persona sensata objetaría esta proposición aludiendo a la ineficiencia y estupidez general de los "burócratas", en contraste con la eficiencia y "pericia" de los "hombres de negocios", como tampoco alegando que la empresa libre y el gobierno de libre empresa son condiciones necesarias para todo adelanto científico y progreso industrial. Entre los rusos a cargo de proyectiles, cohetes y satélites artificiales no figura ni un solo comerciante norteamericano ni gerente empresario libre; son todos "una pandilla de burócratas comunistas" que trabajan bajo una "dictadura roja" en una sociedad que sólo dista cuarenta años del atraso campesino y feudal. La verdad, que todo allegado observador de las altas esferas norteamericanas conoce, es que la mayoría de los encumbrados hombres de negocios norteamericanos son con mucha frecuencia industrialmente incompetentes y científicamente ignorantes.

XII

Estados Unidos debería suspender todas las pruebas nucleares. Los soviéticos han anunciado la suspensión unilateral de tales experimentos. Si los Estados Unidos (y Gran Bretaña) también lo hiciesen, las perspectivas de conseguir un adecuado sistema de ins-

pección sin duda aumentarían. Tras examinar cuidadosamente todas las pruebas científicas disponibles, muchos físicos han llegado a la conclusión de que los funcionarios y científicos norteamericanos han sido menos que cándidos en cuanto a los peligros de las precipitaciones radiactivas y a la dificultad de localizar las explosiones nucleares. El Dr. Harry Lustig, por ejemplo, llega a esta conclusión:

"Existe un peligro definido para la vida, aunque no calculado numéricamente todavía, a raíz de las pruebas nucleares. No hay umbral para los daños genéticos; toda bomba que estalla, no importa lo pequeña que sea, reclama su saldo de vidas humanas. La situación es menos clara en cuanto a efectos somáticos como el cáncer óseo y la leucemia, donde la posible existencia de un nivel peligroso mínimo puede conferir o no inmunidad en los planos actuales de precipitación... Pauling (ganador del premio Nóbel) habla de 15.000 niños de primera generación con grandes defectos por cada 10 megatones de fisión.

"El acuerdo de no ensayar más bombas nucleares es en gran medida fiscalizable por sí mismo porque las violaciones pueden ser captadas por monitores fuera del territorio del transgresor... Para aumentar la probabilidad de captación de todas las pruebas parece conveniente establecer un número relativamente pequeño de estaciones de inspección, quizás veinticinco, en el territorio de cada una de las potencias. El acuerdo para instalar los puestos de inspección tendría la ventaja adicional de ser el primer adelanto en el estancamiento del desarme".

Los voceros de EE. UU. deben dejar de repetir y repetir que todos los actos de los soviéticos son simplemente "propaganda", porque la propaganda de las hazañas realizadas por los soviéticos no es tal cosa solamente y con mucha probabilidad también señalaría el interjuego de los superestados. EE. UU. debería hacer él mismo propaganda de esa índole.

XIII

El gobierno norteamericano debería suspender inmediata y unilateralmente toda producción de armas de "exterminio"; todas las bombas atómicas y de hidrógeno y todos los detonantes nucleares. Debería anunciar la magnitud de sus existencias actuales, junto con el programa tendiente a reducirlas o convertirlas, dentro de lo técnicamente posible, en dispositivos para aplicaciones pacíficas.

XIV

El gobierno debe evacuar todas las bases e instalaciones militares fuera de los dominios continentales de los Estados Unidos. Es fácil comprender por qué los rusos consideran a esas bases agresivas y provocativas. Es como si, desde el punto de vista norteamericano, hubiesen bases soviéticas del mismo tipo alrededor del continente norteamericano. Examinemos un mapa del mundo proyectado sobre la región del Polo Norte, y en ella, en torno al Hemisferio Occidental, localicemos Corea, Arabia, Japón, etc. Inmediatamente se nos disipará toda duda: Bermuda, Jamaica y el extremo de Alaska representarían las bases de bombardeo estratégico soviéticas.

XV

El gobierno norteamericano debe alentar una vez más a las naciones europeas a tomar la iniciativa en la historia del mundo, a innovar desarmándose unilateral e inmediatamente. Estas naciones, Alemania occidental en particular, deberían renunciar a la idea de conseguir la paz mediante el poder de represalia. Deberían comprender que sus países son ahora "posiciones de avanzada" para embestida nuclear de los EE.UU., que figuran entre los primeros objetivos de ataque soviéticos, y que tienen escaso o ningún poder de decisión sobre un golpe inicial que barrería a Europa como lugar habitable para el hombre, y que ese golpe bien podría producirse por un error o accidente humano.

Si yo fuese británico, alemán o danés exigiría que el gobierno se retire de la OTAN en su forma actual. Exigiría indudablemente que no se permita a los EE. UU. colocar en mi territorio bases de lanzamiento para proyectiles de alcance intermedio, y fomentaría la opinión de que la única defensa sensata es en la actualidad un ejército de ciudadanos armados con fusiles. Exigiría que Estados Unidos y la URSS contribuyan a "despolarizar" el mundo. Aceptaría la realidad de la línea Oder-Neisse como frontera occidental de Polonia. Exigiría a EE. UU. y la URSS la disolución de la OTAN y del Pacto de Varsovia, y el retiro de las fuerzas armadas norteamericanas de Europa y de las soviéticas detrás de sus propias fronteras.

La mira general de un acuerdo en Europa debería comprender la

amalgama de toda la economía europea y el establecimiento de una organización político-militar para el continente en un punto situado entre Suecia y Austria. Comprendo que en cualquier reunificación libre de Alemania, Alemania oriental desaparecería sin duda, pero su pérdida podría no ser recibida con mucha alarma por los soviéticos si formase parte de un acuerdo europeo general del tipo que sugiero. Los soviéticos tienen mucho o más que ganar con un arreglo así que Europa y Norteamérica. Únicamente alentando un acuerdo así en Europa podrá esperar Estados Unidos que desaparezca el aislamiento moral en que se encuentra, tanto en Asia como en Europa. Poco a poco va entrando en existencia una Europa neutralista. Estados Unidos debería promover y no combatir esta tendencia; debería convertirse en un ejemplo mundial a los ojos de los europeos.

XVI

El gobierno norteamericano debe aceptar la proposición rusa de embargar todos los embarques de armamentos al Medio Oriente; las dos potencias deberían garantizar conjuntamente todas las fronteras de la región; al mismo tiempo, con toda nación europea que quiera colaborar, deberían emprender un programa de desarrollo regional en Medio Oriente.

Europa occidental necesita petróleo árabe; los pueblos árabes necesitan mercados occidentales para su petróleo. En consecuencia, una Autoridad para Medio Oriente auspiciada por las Naciones Unidas debería hacerse cargo de los recursos y equipos petroleros de la región, para vender petróleo en el mercado mundial a un precio convenido. Todas las ganancias de sus operaciones se destinarían a desarrollar el Éufrates, el Tigris, el Nilo y el Jordán, para convertir a Medio Oriente en una zona evolucionada con un adecuado nivel de vida para los pueblos que la habitan. Como señalara Walter E. Packard (jefe norteamericano de recursos terrestres e hidráulicos en Grecia entre 1948 y 1954), tal programa beneficiaría a todos, con excepción de los mandatarios feudales y los accionistas actuales, cuyos derechos, sugiere el Sr. Packard, podrían ser adquiridos por la Autoridad.

Ya vemos que alternativa tiene un programa de esta naturaleza: infantería de marina norteamericana en el Líbano, paracaidistas británicos en Jordania y amenazas norteamericanas de invadir Irak si el gobierno iraqués amenazara a las corporaciones petroleras allí. Las pretensiones e intereses imperialistas de esas corporaciones y de sus

gobiernos hoy serían insostenibles sin violencia ni amenazas de violencia. No descansan en otra cosa, pero no podrán descansar por mucho tiempo en semejante violencia local. La civilización occidental nació en Medio Oriente; los principios de su extinción también podrían producirse allí.

XVII

El gobierno norteamericano debería reconocer inmediatamente la existencia de China y de todos los demás estados de corte comunista; además debería tratar de incorporarlos a los programas educativos mundiales indicados más arriba. Esto no sólo debe hacerse porque es peligroso no reconocer los hechos estables cuando existen, no sólo porque el mundo no puede estabilizarse en la paz sin su inclusión, sino porque, sin lo que los pueblos de China y la India tienen para ofrecer, el mundo es demasiado pobre para avanzar con propiedad.

XVIII

El gobierno norteamericano debería anunciar algún programa así al mundo en forma unilateral, con un punto importante día por medio, comenzando inmediatamente y en lenguaje conciso. Se debe empezar ahora. Hasta que se complete la serie de anuncios, el gobierno de los EE. UU. no debería responder oficialmente a las averiguaciones de ninguna otra nación. Después de emprendidos los anuncios y las acciones, debería buscar sinceramente reuniones con los rusos con o sin la presencia de otros países.

El desarrollo del programa estaría sujeto a estas negociaciones, por supuesto, pero primero hay que anunciar el programa en forma total y como emprendido. Ésta es la única manera de romper el estancamiento.

En público y en privado los rusos deben ser invitados reiteradamente a participar en cada uno de los esfuerzos que he descrito, como también en otros proyectos para los cuales carezco de los conocimientos o de la imaginación necesaria para enunciar.

El gobierno norteamericano debería tratar activamente de establecer planes de desarrollo conjuntos —técnicos, económicos y culturales— dentro de cada bloque, como también entre los llamados pueblos

no comunistas. Por ejemplo, tendría que empeñarse en establecer el año próximo con el bloque soviético, el intercambio de todos los estudiantes universitarios que las instalaciones permitan. Cincuenta mil, dentro de tres años, sería un objetivo conveniente.

No nos engañemos sobre el origen de ese dinero. El viejo chiste del capitalismo utópico ha dejado de ser gracioso. El mundo está repleto de hombres y mujeres; está repleto de recursos naturales y de maravillosas fuentes de energía. Lo que se necesita es pericia humana y voluntad política para empezar de nuevo. Eso es mucho menos cuestión de dinero que de esa imaginación que es a la vez técnica y moral, de ese tipo de mente que piensa más tecnológicamente que en términos comerciales. El gran desarrollo y ampulosidad de la sociedad superdesarrollada de los Estados Unidos basta por sí mismo para empezar. Consideremos el cierre progresivo de las ratoneras militares del mundo, la socialización de la maquinaria científica y técnica de la sociedad, y la liberación mundial de esa maquinaria para las tareas de la comunidad humana; en media generación bien podríamos estar en marcha. Los problemas que confrontamos entonces serán intelectualmente más difíciles que los que hallamos en la actualidad, pero tendremos que hallarnos en condiciones de encararlos dentro de un mundo más o menos humano, y, con buenos motivos, deberemos estar en condiciones de esperar que el no resolverlos la primera, segunda o tercera vez no nos hará volar de la tierra.

16 — LAS MEDIDAS DE PAZ

No creo que mis proposiciones vayan a ser adoptadas esta misma semana por la *élite* mandataria de los Estados Unidos. Las mentes anacrónicas no prestarán atención; el secretario de estado no caerá en desgracia; el presidente no será impugnado. Los pequeños círculos de Oriente y Occidente que rigen los dispositivos internos no serán hechos responsables ante sus públicos; su preparación de la tercera guerra mundial seguirá adelante con mucho secreto jalonado de amenazas y jactancias y sondeos de violencia; sus políticas no serán sometidas a ninguna prueba genuinamente democrática en absoluto. Se hablará mucho de dirección responsable, pero la rigidez doctrinaria y homicida no empañará ninguna reputación. La corriente de los acontecimientos no será canalizada hacia el punto crítico de la decisión humana. Los generales seguirán preparándose para lo que denominan "la gran partida", por creer que sencillamente cumplen con su deber a la usanza tradicional. Los medios en masa seguirán vertiendo su siniestro humorismo; todo el mundo seguirá atareado con la mente dominada por el clima de comodidad de la sociedad superdesarrollada. ¿A quién demonios le importa la India, China

o cosas por el estilo? Tenemos un automóvil de último modelo para salir a pasear, de aspecto justo lo suficientemente distinto como para que el del año pasado ya no sirva.

Desde su punto de vista las proposiciones del tipo que he sugerido son realmente utópicas, costosas, idealistas, desacertadas, y, según tengo entendido, traicioneras. Esto se debe a que la metafísica de esta *élite*, como la de la rusa, es la metafísica militar, y toda la imaginación que sus integrantes puedan tener está aprisionada enteramente por la tecnología militar. Estamos en una curiosa encrucijada de la demencia humana; en nombre del realismo, los hombres están locos, y precisamente lo que ellos llaman utópico es ahora la condición para la supervivencia de la humanidad. La acción utópica es acción para sobrevivir; las acciones realistas acertadas, sensatas y prácticas son ahora acciones de locos idiotas. Sin embargo son éstos quienes deciden; se honra a estos hombres, cada cual en su nación cerrada, como sabios y responsables dirigentes de nuestros tiempos que hacen todo lo que pueden en circunstancias abrumadoras. ¿Tienen la culpa de que lo mejor que hacen no resulta lo suficiente bueno? ¿Tienen la culpa de que tengan una adiestrada incapacidad para hacer lo que debe hacerse? ¿Acaso tienen la culpa de que el sistema en que han triunfado y que ahora dirigen rígidamente, es un sistema de irresponsabilidad semiorganizada?

¿Por qué quienes se encuentran en posición de hacerlo no tiran por la borda los gastados estribillos con que se han rellenado la cabeza y toman por un nuevo camino, empezando a nuevo? ¿Es que no creen realmente que la guerra es anticuada? ¿Es que no creen realmente en el holocausto de la tercera guerra mundial, salvo como una especie de falacia impracticable?

Al comentar las causas de la guerra ofrecí algunas respuestas para estas interrogantes, pero he reservado dos de ellas hasta aquí porque guardan mucha relación con las dificultades de los programas para la paz exigidos y desarrollados frente a la oposición de las *élites* del poder. La primera atañe a la naturaleza esencialmente política y, por ende, controvertida, de la paz; la segunda —que trataré en el próximo capítulo —a las condiciones para la lucha por la paz en la actualidad.

La paz es un vocablo "bueno" del que conviene desconfiar; ha significado y significa gran variedad de cosas para gran variedad de individuos. De lo contrario no podrían "coincidir" todos con tanta

facilidad y en forma tan universal. Con toda palabra buena ocurre lo mismo; la usan todos y, por lo tanto, detrás de ellas se ocultan muchos puntos de vista políticos. En el período de paz de las décadas del veinte y del treinta, las "naciones poseedoras" estaban todas por la paz, lo que significaba el mantenimiento, por la "fuerza legítima" si fuere necesario, del *statu quo* que era fundamental para ellas; en cambio las "naciones desposeídas" eran consideradas belicistas porque se prestaban más a contemplar la guerra como medio para conseguir lo que ellas creían los cambios necesarios para que prevaleciera una "paz genuina" y no la tiranía. Durante la segunda guerra mundial los conservadores occidentales entendían en general por paz venidera la vuelta de la sociedad a su condición de preguerra; los liberales significaban en general el adelanto y consolidación de los valores e instituciones liberales "para que no vuelva a haber guerra"; los stalinistas entendían la expansión de las regiones sometidas al stalinismo; los anticolonialistas militantes la interpretaban como el fin del colonialismo. Todo el mundo coincide en la paz como mira universal, y en ella cada cual acumula sus temores, valores, esperanzas y demandas políticas específicas.

Esto es inevitable y necesario. No podremos impartir al término "paz" significado definido, sin dotarle de significado político, transformándolo así en término controvertido. La mayoría de las acepciones políticas entran de contrabando en la palabra; muchas se expresan como condiciones necesarias para la paz, y algunas, en cambio, como resultados de la paz. Únicamente es posible conservar el significado de la paz puro y neutral generalizando su significado a tal extremo que pierda utilidad para nuestro razonamiento y actividad política.

Pero el punto primordial del significado político de la paz es hoy el siguiente: antes de que la guerra se hiciera total, anticuada y absurda como medio para cualquier objetivo político y económico, podría haberse dicho que la paz "es un interés creado especial de las potencias predominantes", que —como expresara E. H. Carr— era una consigna y un valor con el cual proclamar "una identidad de intereses entre el grupo dominante (de naciones) y el mundo en conjunto..." Pero si encaramos seriamente la naturaleza de la tercera guerra mundial, este significado político de la paz ya no es más ni correcto ni útil. Dado este tipo de guerra, la paz deja de servir de manto para las naciones predominantes que querrían preservar el *statu quo*. Como guerra significa ahora aniquilación universal del hombre, la paz redunda en beneficio de los intereses del hombre.

En sentido estrecho, guerra ha significado que los miembros de la

población de un país intentan directa o indirectamente matar la población y destruir las instalaciones de algún otro país, y que en esto los dirigen *élites* apoyadas por dirigentes y personas honradas, no censuradas por voceros, y una considerable proporción del público en general. La paz, en sentido estrecho, ha significado que en caso de que cualquiera se ponga a matar extranjeros, probablemente sería castigado por la *élite* de su propia nación, deshonrado públicamente por los voceros de su nación, y aislado o censurado por el público en general.

Estas definiciones simples, literales y directas de la guerra activa ya no bastan. Sin embargo debemos evitar que se instile en nuestras definiciones de la paz toda teoría sobre sus significados y condiciones. Debemos enunciar la política de la paz tal como la vemos explícitamente.

Como la guerra se ha vuelto total, la paz también tiene que ser total. Las guías para la paz que he presentado representan un esfuerzo por poner esto en evidencia, por enfrentar los términos de la guerra, tal como hoy la conocemos, con los términos de paz que el nuevo significado de la guerra impone. Creo que no podemos luchar por la paz como podríamos luchar por esta o aquélla reforma en particular. No podemos hacerlo, primero, porque el sistema de guerra ha penetrado demasiado en las principales sociedades del mundo, y, segundo, porque los medios de la lucha por la paz no están políticamente a nuestra disposición en estos momentos. En el próximo capítulo he de sostener que la lucha por la paz es y tiene que ser una lucha política por los mismos medios de poder requeridos para esa lucha.

Mientras tanto, digamos lisa y llanamente lo siguiente: el continuo intento de EE.UU. por defender el *statu quo* económico y político del mundo de hoy desembocará en la guerra. Establecer la paz es establecer medios pacíficos de cambios, deliberar su dirección y ponerlos en marcha. Esto, sólo esto, es concreto, realista, acertado y práctico. El cambio pacífico nos exige ajustarnos a las nuevas relaciones de poder introducidas en el mundo por los éxitos económicos, científicos y militares de la Unión Soviética. El camino para enfrentar el desafío que este triunfo plantea, consiste, primero, en transformar nuestras propias sociedades en sociedades en adecuado desarrollo que sirvan de modelos vivientes de tal desarrollo, y, segundo, ayudar activamente a los países subdesarrollados, comprendiendo los del bloque sino-soviético, a tomar por esa ruta.

17 — CONDICIONES DE LA LUCHA

La primera misión de quienes desean la paz consiste en deslizar sus imaginaciones de la situación inmediatamente impotente en que se encuentran, para pasar a considerar cómo modificar esa situación misma. Para luchar por la paz debemos proceder de manera democrática en una sociedad que dista mucho de ser del todo democrática. Nuestra lucha por la paz tiene que ser al mismo tiempo una lucha para desarrollar y conseguir acceso a los medios de nuestra lucha. En suma, nuestra lucha inmediata y continua tiene que ser una lucha dentro del sistema de poder norteamericano, por lo que habrá de determinar las aplicaciones de los fabulosos medios de poder de esta nación y por la reforma de esos medios en instrumentos más responsables democráticamente.

Un verdadero ataque contra el belicismo norteamericano de hoy tiene que ser por fuerza un ataque contra la corporización privada de la economía, contra el ascendiente militar, contra los nexos entre ambos. Requiere la rehabilitación de la vida política, haciendo que la política vuelva a ser el centro de decisiones y responda a un público más amplio.

Por democracia entiendo un sistema de poder donde los vitalmente afectados por las decisiones que se adoptan —y que pueden adoptarse pero no se adoptan— ejercen una voz efectiva en esas decisiones y abstenciones. Yo sugeriría que la estructura política del estado democrático moderno requiere por lo menos estas seis condiciones.

I — No solamente requiere que exista un público como el que proyectan los teóricos democráticos, sino que sea el foro mismo dentro del cual se promulguen las políticas de las cuestiones reales.

II. — Requiere partidos responsables ante la nación, que ventilen abierta y claramente las cuestiones que el país, y, en efecto, el mundo, confrontan ahora de manera tan patente.

III — Requiere un servicio civil de primer orden firmemente vinculado con el mundo del saber y de la sensibilidad, y compuesto por hombres avezados que, en sus carreras y aspiraciones, sean verdaderamente independientes de todo interés, privado es decir, de las corporaciones.

IV — Requiere un cuerpo de intelectuales, tanto dentro como fuera de las universidades, que desarrolle las grandes orientaciones del mundo occidental, y cuya tarea sea significativa e influyente entre los partidos, movimientos y públicos. Requiere, en suma, mentes verdaderamente emancipadas que graviten directamente en las decisiones importantes.

V — Requiere medios de genuina comunicación abiertos a todas estas personas y que, con su ayuda, sean capaces de traducir los problemas privados de los individuos en problemas públicos, y los problemas y acontecimientos públicos en sus significados para la vida privada. Esta condición, como también la III y IV, es necesaria para que los dirigentes respondan ante los públicos y para poner coto al divorcio entre el poder y el intelecto, para poner coto a la ignorancia irresponsable de las altas esferas, para poner coto al aislamiento del intelecto con respecto a la vida pública.

VI — Además la democracia también requiere, como hecho de poder, que existan asociaciones libres para unir, por una parte a las familias, pequeñas comunidades y públicos, con el estado, la institución militar y la corporación por la otra. Si no existen tales asociacio-

nes, no hay vehículos para transmitir la opinión razonada ni instrumentos para el ejercicio racional de la voluntad pública.

Estas formaciones democráticas no prevalecen actualmente en la estructura de poder de los Estados Unidos y, en consecuencia, los hombres que deciden no son hombres seleccionados ni formados por sus carreras en el seno de tales asociaciones ni por su desempeño ante esos públicos. En consecuencia, los públicos que no discuten los problemas, a lo sumo tienen débil y restringida voz en el desarrollo de la historia y, por ende, en la elaboración de la guerra o la paz. Pretender lo contrario es perder la oportunidad de comprender lo que está sucediendo y porqué sucede. Cada paso que se dé para establecer estas condiciones, estas seis condiciones de democracia, dentro de los Estados Unidos, es un paso hacia la ruptura de la garra de esta *élite* mandataria que ahora se ha lanzado hacia la tercera guerra mundial, y un paso más hacia la enunciación de posibles definiciones alternas de la realidad y cursos de acción.

No creo que estas seis condiciones lleguen a concretarse mientras la corporación privada siga siendo tan preponderante y tan irresponsable en las decisiones nacionales e internacionales; no creo que se consiga concretarlas mientras el ascendiente de los militares, tanto en personal como en ética, domine y sea políticamente irresponsable como es; sin duda, además, será imposible concretarlas sin llenar el vacío político que constituye actualmente la realidad principal de la política de Estados Unidos.

Ante todo es necesario convertir la economía privadamente corporizada en economía públicamente responsable. Sé la magnitud de esta empresa, pero o tomamos la democracia en serio o no. Esta economía corporizada, tal como está constituida en la actualidad, es una formación antidemocrática dentro de la democracia formal de los EE. UU. "Alrededor de las dos terceras partes de los bienes económicamente productivos de Estados Unidos, con exclusión de la agricultura —calculó recientemente A. A. Berle, Jr.— pertenecen a un grupo que no excede de quinientas corporaciones. Esto en cuanto a propiedad real... Pero en términos de poder, sin considerar las posiciones por sus bienes, no solamente quinientas corporaciones dirigen los dos tercios de la economía no agraria, sino que dentro de cada una de esas quinientas hay un grupo más pequeño todavía que tiene la última palabra en las decisiones. Creo que esta es la más grande concentración de poderío económico que registra la historia. En vista de que Estados Unidos realiza casi la mitad de toda la producción

manufacturera del mundo en la actualidad, esos quinientos grupos —cada cual con su pequeña pirámide en su seno— representa una concentración de poder sobre la economía que hace quedar al sistema feudal medieval como una procesión dominical.» *

La economía corporizada, el ascendiente militar y el vacío político marchan juntos y se apoyan entre sí. Uno de los principales motivos de su formación, creo, radica en el ímpetu hacia la guerra, al cual, a su vez, promueve. En consecuencia, todo ataque contra el belicismo es también un ataque contra la *élite* mandataria de EE.UU. El ataque contra este poder es también una lucha por los medios democráticos del desarrollo histórico. La lucha por tales medios es necesaria para luchar seriamente por la paz; forma parte de la lucha. Las fuerzas militares y los bienes económicos son medios de formación histórica en la misma medida que el aparato del estado. Mientras los hombres quieran paz, tienen que cerciorarse de que esos medios se empleen para lograr esa paz, y que no se los dedique a fomentar la deriva e ímpetu hacia la guerra. Para que los públicos en general hagan historia, deben tomar las riendas de estos medios de formación histórica. Hablar de paz sin hablar siquiera de los medios de guerra sería irrisorio.

El objetivo y los medios del desarrollo industrial del mundo, y de la paz, en consecuencia, deben reemplazar a la economía de guerra permanente por una economía de paz permanente. Todas las ganancias privadas deben ser retiradas de la preparación para la guerra en la economía norteamericana. El derroche económico de la guerra debe desaparecer del mundo de la economía. Es menester subordinar firmemente el personal militar y la mentalidad militar a los hombres y propósitos civiles y políticos. Dentro de los EE. UU. debemos volver a ser políticos.

* *Economic Power and the Free Society* (Fund for the Republic, 1957).

Cuarta Parte

EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES

18 – LA ABSTENCION CULTURAL

Los intelectuales viven ahora en un mundo que marcha a la deriva y cobra ímpetu hacia la tercera guerra mundial. La deriva y el ímpetu dependen de las ideas; dependen de definiciones de la realidad mundial y de la aceptabilidad de políticos y falta de políticas entre las *élites*, públicos y masas. Los intelectuales se ocupan de ideas, de reminiscencias del pasado, de definiciones del presente y de imágenes de posibles futuros. Por intelectuales entiendo científicos y artistas, sacerdotes y catedráticos; comprendo a aquéllos que representan el intelecto humano; a aquéllos que forman parte del gran discurso de la razón y la indagación, de la sensibilidad e imaginación que en Occidente comenzó en Jerusalén y Atenas y Roma, y ha venido desarrollándose en forma intermitente desde entonces. Son la memoria organizada de la humanidad, y tal aparato cultural ha sido creado y es sostenido por ellos. Si escriben, pintan y hablan, si crean y distribuyen imágenes e ideas, su labor es públicamente provechosa. Mientras se les atienda, enfocan las opiniones de los hombres y desvían la atención de aquéllo que ignoran. Justifican ideas de autoridad o las critican.

Otros hombres podrán considerar que su poder de raciocinio, su pericia para investigar, su habilidad para esclarecer, son inadecuados

para las situaciones que se les plantean; podrán creer que no se espera que las confronten. Pero los intelectuales no. Mientras sean intelectuales, tienen que razonar e investigar, y, con su pasión por saber, deben encarar las situaciones de los hombres de todas partes. Esperar esto de sí mismo es rasgo distintivo del intelectual como prototipo de criatura social y moral. El que se aparte es otra manera de decir que es capaz de trascender la corriente, de que es capaz de ser hombre por sus propios medios.

Otros podrán murmurar, con mucha justificación, que no encuentran el lugar donde trazar la línea para pronunciar el enfático "No". Pero es misión política y misión intelectual del intelecual, precisamente trazar esa línea para decir que "No" con voz sonora y clara.

¿Qué científico podría pretender que forma parte del legado de la ciencia permaneciendo como técnico a sueldo de la maquinaria militar?

¿Qué hombre de Dios puede pretender compartir el Espíritu Santo, conocer la vida de Jesús, captar el significado de esa frase dominical "la fraternidad del hombre", y condonar, sin embargo, la insensibilidad, la inmoralidad y la irresponsabilidad espiritual de los Césares de nuestros tiempos?

¿Qué catedrático occidental podría pretender que forma parte del gran discurso de la razón mientras se refugia en trivialidades formales y absurdos exactos, en un mundo donde la razón y la libertad se desdeñan, se aplastan y se deja extinguir la condición humana?

Si queremos ser generosos con nuestra concepción de "trabajadores culturales", la respuesta a todas estas interrogantes es terminante: muchísimos científicos, muchísimos predicadores, muchísimos intelectuales están en abstención.

Los científicos se convierten en engranajes accionados por máquinas científicas de naciones superdesarrolladas; estas máquinas se han convertido en partes esenciales del aparato de la guerra; ese aparato figura ahora entre las causas primordiales de la guerra; sin científicos no habría sido posible crearlo ni sostenerlo. En consecuencia, los científicos se convierten en valiosos e indispensables técnicos del ímpetu hacia la guerra.

Los predicadores, rabinos y sacerdotes —colocados en su abstención religiosa —toleran la inmoralidad y hallan apoyo en la religión; usan la religión para encubrir y apoyar el homicidio impersonal al por mayor... y los preparativos para él. Cohonestan el intento de asesinar a millones de personas con apuestos jóvenes que vuelan manejando intrincadas máquinas hacia Eurasia, cerrándose sobre

ciudades repletas de seres humanos, jóvenes que dos años antes rogaban a sus padres que les dejaran usar el automóvil de la familia para salir de paseo con la novia un sábado por la noche.

Los intelectuales aceptan sin análisis las definiciones oficiales de la realidad mundial. Algunos de los mejores hasta se dejan atrapar por las políticas del antistalinismo, que ha sido un simple callejón que comunicó la década política del treinta con la abstención intelectual de la década política del cincuenta. Viven y trabajan en una sociedad entorpecida, pero no viven ni trabajan en protesta y tensión por sus insensibilidades morales y culturales. Esgrimen la retórica liberal para encubrir la abstención conservadora. No divulgan los conocimientos ni la sensibilidad que los públicos necesitan para responsabilizar a quienes deciden "en nombre de la nación". No enuncian razones de indignación humana ni las entregan a objetivos convenientes.

El retiro de los trabajadores culturales de la política, especialmente en Norteamérica, forma parte de la superficialidad internacional, que es tanto cultural como política, del mundo occidental de hoy. Los jóvenes complacientes de Norteamérica, los viejos y cansados luchadores, los torpes liberales, las dinámicas damas de la cultura de relumbrón, todos gozan de absoluta libertad. Nadie los encierra. Nadie tendría motivos para hacerlo. Se encierran ellos solos; los militantes y los indignados en la totalidad de su propia indignación parroquial, los torpes y complacientes en sus propias inimaginativas ambiciones. No examinan a EE. UU. como sociedad superdesarrollada repleta de ingente derroche y desierta de sensibilidad humana, sociedad que ensalza la ignorancia y el autómata satisfecho, que recita la árida doctrina y se somete a ella contenta, hasta anhelante, a la incómoda alegría de una existencia anodina y hueca. ¿Acaso no figura todo esto —nuestra condición intelectual— entre los principales puntos que nuestros amigos de Polonia y Hungría, de la Unión Soviética y Yugoslavia, deberían comprender sobre los Estados Unidos de mediados del siglo veinte? ¿Acaso en esta época de guerra total y de absurdo oficial las comunidades intelectuales no deben decidir nuevamente qué son?

No todos los trabajadores culturales han seguido el camino de la conformidad oficial y de la abstención intelectual. Muchos, en efecto, comienzan ahora a retirarse de las rígidas definiciones militares del significado de su labor científica y cultural y trasponen los límites nacionalistas de la mente contemporánea. Uno de estos signos son

las reuniones de científicos de ambos bandos organizadas por Cyrus Eaton; la oposición a la propaganda de Teller es otro. No todos los científicos identifican a la ciencia como una segunda revelación tecnológica. No todos los predicadores presentan armas. No todos ellos consiguieron conformarse con esa sofisticada variedad de teología que nos dice que el pecado es cosa muy grave, más grave quizás que el original, y que, en consecuencia, debemos arrepentirnos de todo corazón mientras bombardeamos a nuestros semejantes. Los tranquilizantes tecnológicos no aplacan todas las inquietudes de pasión moral que los cristianos y humanistas experimentan.

Entre los trabajadores culturales se está desarrollando una callada revolución contra la idiocia oficial; se percibe apremio por hablar como trabajadores culturales, como científicos y catedráticos, como diseñadores y sacerdotes, para actuar como esclarecedores de la condición humana.

Los intelectuales de Occidente deben recordar con humildad, e incluso con vergüenza, que la primera grieta importante de la guerra fría no fue abierta por quienes gozan la libertad formal de las democracias occidentales, sino por hombres que se expusieron a ser fusilados, encarcelados, condenados a convertirse en nerviosas caricaturas de seres humanos. Las primeras grietas de importancia en la guerra fría se produjeron en el mundo comunista después de la muerte de Stalín. Fueron causadas no sólo por políticos sino también por profesores, no sólo por trabajadores fabriles sino por escritores, no sólo por los consagrados sino por estudiantes. Aparecieron en Polonia, Hungría y Yugoslavia, y todavía siguen apareciendo más. Sé que son comienzos débiles; que vacilan y tropiezan. Pero conversando en Varsovia, Zagreb y Viena con algunos que abrieron la brecha cultural, he visto dedos de hombres así rompiendo sin cesar durante dos horas palillos de fósforos en la mesa, antes de ponerse a hablar de posibles nuevos significados del marxismo, porque tratan honestamente de definir los nuevos comienzos de Europa oriental tras la muerte de Stalín. He visto la tensión y la valentía, y ahora, en el foro interior de mi mismo, figuran estos polacos, húngaros y yugoslavos. Ya no puedo escribir seriamente de la realidad social y política sin referirme a ellos, como también a los cómodos y a los seguros. Ya no puedo escribir con seriedad sin desprecio por los indiferentes profesores y los torpes directores de las sociedades superdesarrolladas de Occidente que con tanta temeridad libran la guerra fría, y por los burócratas y los mercenarios, los mercenarios intelectuales de la línea oficial que con tanta facilidad han renunciado al intelecto en el bloque soviético.

Ya no puedo escribir de seguridad moral si no sé que Leszek Kalokowski comprenderá mi posición, y creo que esto no tendrá sentido si él no sabe que experimento el mismo desprecio por los destacados tipos de trabajadores culturales subdesarrollados de los países superdesarrollados del mundo.

Sostengo que vivimos en una época en que el poder del intelectual ha adquirido una envergadura potencialmente muy considerable. Es indudable que entre hombres cuerdos no se discrepará mucho en que estos poderes son urgentemente necesarios para construir sociedades humanas pacíficas. Existe menos "necesidad" de más énfasis militar en proyectiles que de imaginación moral y política. Existe menos "necesidad" de más ciencia en la educación que de más educación en las aplicaciones de la ciencia. Es menos "realista" gastar más dinero en armamentos que suspender en seguida —unilateralmente si fuere necesario— todos los preparativos para la tercera guerra mundial. No hay otro realismo, no hay otra necesidad ni otro imperativo. Si no significan esto, la necesidad, lo imperativo y el realismo son simplemente desesperados estribillos de lisiados morales.

La guerra no es inevitable todavía; representa el resultado inmediato de las definiciones nacionalistas de la realidad mundial, de la dogmática dependencia en el comportamiento militar como principal o quizás el único medio para resolver los candentes problemas sociales de esta época de desesperanza y terror. Además, como es así, el cultivar la sensibilidad moral y darla a conocer constituye la estratégica misión de los intelectuales que prefieren la paz. Estos *deben* discutir las políticas a corto plazo e inmediatas, pero además deben encarar toda la actitud hacia la guerra, deben enseñar nuevos puntos de vista de la misma y, sobre esta base, deben criticar las actuales políticas y decisiones.

Toda vez que se presenta a los intelectuales la oportunidad de hablar y no lo hacen, engrosan las fuerzas que adiestran a los hombres para no pensar, imaginar ni sentir en forma moral y políticamente adecuada. Cuando no demandan el levantamiento del secreto que torna absolutas e irrevocables las decisiones de la *élite*, también ellos se incorporan a la conspiración pasiva destinada a matar el análisis público. Cuando callan, cuando no exigen, cuando no piensan, no sienten ni proceden como intelectuales —y, en consecuencia, como hombres públicos— también ellos fomentan la parálisis moral, la rigidez intelectual que ahora aprisiona a dirigentes y dirigidos en el mundo entero.

19 — EL PODER Y EL INTELECTO

¿Cuáles son las relaciones entre el poder y el intelecto en las estructuras sociales contemporáneas de Rusia y Norteamérica? Dada la condición humana de hoy, ¿qué papel hacen posible y urgente estas relaciones para los intelectuales?

En virtud de su razón y experiencia, los hombres que ocupan diferentes posiciones tienen distintas oportunidades para rebasar el medio cotidiano y adquirir conciencia de cambio estructural. En virtud de sus posiciones de poder, los hombres tienen distintas oportunidades para actuar con proyecciones de desarrollo histórico en pro de la estructuración de su sociedad y su época. De estos dos hechos sencillos se derivan cuatro tipos de relación entre el poder y el intelecto.

I — Algunos tienen poder para actuar con proyecciones estructurales, con trascendencia en la formación de la historia, y conocen perfectamente las consecuencias de sus actos.

II — Algunos cuentan con tal poder pero no tienen conciencia

de sus alcances efectivos. Entre las *élites* de poder existen ambos tipos.

III — Algunos, entre las masas y públicos, no pueden rebasar sus ambientes cotidianos mediante su conciencia de la estructura ni introducir cambios de trascendencia histórica por ningún medio de acción a su alcance en la actualidad. Pero existe una cuarta posición, que es la nuestra:

IV — Algunos tienen una noción general del mecanismo de la formación de la historia, pero evidentemente no tienen acceso a los principales medios de poder existentes y con los cuales se puede influir en ese mecanismo.

Como intelectuales *tenemos* un "medio de poder", a menudo frágil, que da la pauta de nuestro papel político y del significado político de nuestra obra. Es, creo, nuestra misión política, en la medida en que aceptemos el ideal de la paz —por no hablar de la razón y la libertad—, no dirigir nuestra obra a nosotros mismos solamente sino también a cada uno de los otros tres tipos de personas que acabo de clasificar en términos de conocimiento y poder:

A los dotados de poder y de conciencia de ese poder debemos responsabilizarlos en diversas medidas por las consecuencias que, de acuerdo con nuestra labor, hallemos decisivamente influidas por sus actos y omisiones. A aquéllos cuyas decisiones han tenido las mismas consecuencias pero no parecen haberlas discernido, debemos comunicarles lo comprobado acerca de esas consecuencias. Debemos tratar de educar, para después asignar responsabilidades. A los que regularmente carecen de tal poder y cuya noción se confina a los medios cotidianos, debemos revelarles a través de nuestra obra el significado de las tendencias estructurales y de las decisiones históricas para esos medios; debemos revelar las formas en que los problemas personales están ligados con los problemas públicos, y, en el curso de esos esfuerzos, debemos afirmar lo que hemos hallado en cuanto a las consecuencias de las decisiones de los grandes y poderosos.

Toda función pública así del trabajador intelectual, sólo tiene sentido suponiendo que las decisiones y omisiones de los círculos designables forman hoy la historia, porque sólo entonces se puede trazar la inferencia de que las ideas y el conocimiento —como también la moralidad y el carácter— de esos altos círculos gravitan

directamente sobre los acontecimientos humanos que presenciamos. En suma, sostengo que la ideología y la falta de ideología de los poderosos han adquirido gran influencia en la formación de la historia, y que, en consecuencia, es políticamente importante que los intelectuales la examinen, la discutan y propongan nuevos términos para el encuentro mundial.

Las tentativas de evitar estos espinosos problemas se defienden ampliamente hoy día con la frasecita de que "no vamos a salvar al mundo". A veces esto sirve de descargo para el catedrático modesto; a veces es el cínico desprecio del especialista por todos los problemas de importancia; a veces la desilusión de las esperanzas juveniles; a menudo la actitud de hombres que tratan de tomar prestado el prestigio del científico, imaginado como intelecto puro y sin compromisos. Pero a veces se basa en un considerado juicio de las realidades del poder.

Por estas razones no creo que los intelectuales "salven" inevitablemente al mundo, aunque no veo nada de malo en absoluto en "tratar de salvar el mundo", frase que consigno en el sentido de evitar la guerra y reordenar los asuntos humanos en consonancia con los ideales de la libertad y razón humanas. Pero aunque las perspectivas nos parecieran minúsculas, igual debemos preguntarnos: si existe *algún* camino para salir de las crisis de nuestra época por medio del intelecto, ¿no son los intelectuales los llamados a enunciarlo?

El *apelar* a los poderosos sobre la base de cualquier conocimiento que poseamos en la actualidad es utópico en el sentido pueril de ese término. Nuestras relaciones con ellos se limitan únicamente a las que ellos encuentren de utilidad, o sea que nos convertimos en tecnólogos que aceptamos sus problemas e intenciones, o en ideólogos de su prestigio y autoridad. Para superar eso, por lo menos en lo tocante a nuestra función política, ante todo deberemos reconsiderar la naturaleza de nuestro proceder colectivo como intelectuales. Y no es utópico en absoluto que el intelectual apele a sus colegas para que emprendan tal reconsideración.

Algunos programas están destinados a ser tomados en serio por cualquiera de los partidos, grupos o públicos existentes que parezcan tener alguna perspectiva de adquirir poder o de influir directamente en las decisiones de los poderosos. Algunos programas son revolucionarios; no van dirigidos para su adopción ni a los grandes partidos y ni siquiera a grupos menores que posean alguna esperanza razonable

de llegar al poder. No hay grupos rebeldes de esta índole en los EE. UU. de hoy, ni ninguna indicación de que lleguen a formarse. Tampoco hay oposición constitucional ni revolucionaria a la estructura de poder existente ni a los tipos de personas que la dirigen. En consecuencia, ningún programa "práctico" ni "revolucionario" podría formar en este preciso momento el contenido serio de nuestras críticas, programas y demandas.

Pero contamos con un tercer sentido en el cual podemos hablar de programas políticos, sentido donde estos programas no están destinados a ser considerados seriamente ni por partidos constitucionales ni por grupos revolucionarios. Con este tercer tipo de programa los hombres de mentalidad independiente procuran formular las condiciones y decisiones necesarias para realizar un juego de valores declarados o para evitar un inminente desastre. No es utópico ni de ninguna manera inútil porque no va dirigido directamente a quienes ocupan el poder y tampoco se tiene la esperanza de que lo acepten inmediatamente. Para que estos programas rindan algún beneficio deben poner al descubierto la estructura de la política, como también hoy de la condición humana como objeto de voluntad y razón humanas. Van dirigidos a los círculos intelectuales y a los públicos minoritarios pero más alertas. En lo tocante a los poderosos, tales programas simplemente los preocupan y, en medida mucho mayor de lo que generalmente se presume, preocupan a los sátrapas que forman sus opiniones y a otros círculos de sostén. Esta preocupación se refleja, aunque no sea por otra cosa, en la apremiante velocidad con que funcionarios y dirigentes de opinión encumbrados por sí mismos tratan de adueñarse de la retórica de tales declaraciones y de tergiversarla para apoyar sus políticas actuales o su falta de políticas.

Es un largo camino de circunvalación, pero en estos momentos el único para llegar a la meta. Muchos han olvidado qué es la meta y cómo se llega a ella. He aquí una de las cosas que hacen los programas: mantienen vivos los valores que sostenemos; nos permiten emplear esos valores en una crítica continua y sin compromisos de las realidades contemporáneas. En nuestra situación, el trabajo en tales programas constituye el único camino para mantener vivos estos valores; insistiendo en la llamada "practicalidad" indudablemente perderemos contacto con ellos y los comprometeremos por aceptar el "menor de los males".

La primera respuesta del intelectual a la pregunta, "¿Qué hacer, entonces?", es: Debemos actuar como intelectuales políticos.

Hoy en Estados Unidos no somos ni nos sentimos como fuerza o agrupación independiente. Estamos descontentos o creemos estar descontentos con los poderes que fueren, pero por lo general venimos a sentirnos impotentes y a menudo caemos en disgregado o incoherente discurso. Si no estamos descontentos o no creemos estarlo, entonces solemos proporcionar amorfos consejos, generalmente en línea con los móviles y tónica de los poderosos, y así tendemos a convertirnos en simples técnicos.

Pero si queremos proceder como intelectuales públicos debemos realizarnos como grupo independiente y de oposición. Todos nosotros, en suma, tendríamos que proceder como formando un partido político. Debemos actuar en la presunción de que somos los llamados a plantear problemas, a juzgar hombres y acontecimientos, a formular políticas sobre todas las cuestiones públicas de importancia. Cada uno de nosotros, y todos en conjunto, debiéramos sentirnos responsables de la formulación y planteamiento de programas, aunque al principio sólo hallen eco en escasos millares de lectores. La política, dijo Lenín, comienza donde hay millones. Puede que sí, pero esto dista mucho de la propia vida política de Lenín.

En este preciso momento de la historia humana el papel de los intelectuales bien podría ser crucial, porque hay muchas indicaciones de que las ideas políticas son susceptibles de hacerse cruciales en estos tiempos. Es en términos de ideas —contenidas en ideologías y proclamaciones— que los hombres se adueñan de los medios y fines presuntamente disponibles en la historia e invitan a seguirlos y emplearlos. La idea política es una definición de la realidad en cuyos términos las decisiones son formuladas y ejecutadas por las *élites,* aceptadas por las masas, y empleadas en el razonamiento de los intelectuales. La estructura de poder y el papel de las decisiones de *élite* dentro de ella es tal que despeja el camino, las ideas y su discusión. Manejadas por intelectuales, las ideologías y programas, los argumentos y críticas pueden modificar el modelamiento de nuestra época y las perspectivas de evitar la tercera guerra mundial.

Debemos recordar que cuando como intelectuales, hablamos hacia y contra la *élite,* y cuando hablamos entre nosotros mismos, también hablamos a los públicos dispuestos a escucharnos que pueda haber. Los problemas de la guerra y la paz revisten tal importancia en la actualidad, el factor decisión en la formación de la historia es tan grande, los medios formales de vida pública democrática todavía existen en tal medida, como para que sea necesario y valga

la pena proceder para que nuestra discusión establezca diferencia pública. Lo cierto es que desde la década del treinta no ha habido suficiente discusión intelectual y política como para prever su efecto. La política exterior bipartita no ha engendrado discusión ni alternativas, sino que ha significado el renunciamiento público y del Congreso a la decisión ejecutiva. Ha significado decisiones en secreto burocrático y experto, presentadas propiamente como "filtraciones" tras los hechos consumados.

Si nosotros, como intelectuales, científicos o sacerdotes, no difundimos críticas y alternativas en los órganos de opinión a nuestro alcance, evidentemente tendremos poco derecho a quejarnos de la decadencia de la auténtica deliberación y del deceso de los públicos mismos. Dado nuestro propio sostenido renunciamiento, no podemos conocer el efecto que habrá de tener sobre públicos o *élites*, la obra pública que realizaríamos o nos negaríamos a realizar. Nadie llegará a saberlo si no lo intentamos.

Suponer el caso que sugiero es actuar política e intelectualmente a la vez. Y esto es lo que se necesita. Para romper el monopolio de los actuales poderes que avanzan hacia la tercera guerra mundial se requiere romper su monopolio de ideas. Si ni siquiera llegamos a formular las ideas realmente independientes, si no planteamos alternativas, quedamos entonces tontamente atrapados en las dificultades a que nos arrastraron quienes ocupan la cúspide. Ellos no quieren que identifiquemos *sus* dificultades como suyas; quieren hacernos creer que *sus* dificultades son las dificultades de todos. A eso llaman "pensamiento constructivo sobre problemas públicos".

Llaman "constructivo" lo que ellos quieren, pero no hay medios constructivos en su bancarrota. Ser constructivo en el sentido de ellos es simplemente introducir nuestras cabezas más hondo en saco de ellos. Somos tantos los que ya hemos puesto la cabeza allí, que nuestra primera labor será extraerlas y volver a mirar a nuestro alrededor en busca de alternativas genuinas. En este sentido debe decirse que la primera tarea del intelectual de hoy consiste en ser consistente y totalmente inconstructivos. Porque ser constructivos dentro del plan corriente de asuntos es consentir que continúe precisamente aquello que deberíamos combatir.

20 – GUIAS, II

En la tercera parte sugerí algunas guías de un programa general para la paz. En este capítulo me dedicaré a caminos específicos al alcance de los intelectuales que quieren paz en esta época de guerra y de realismo chiflado. Al buscar caminos para la paz, como ya he indicado, tropezamos inmediatamente con el hecho de que la lucha por la paz también es una lucha ideológica sobre el significado de la paz, y, asimismo, una lucha política por los medios de la lucha misma. A continuación trataré de tomar en cuenta estos problemas del poder sugiriendo varias cosas que los intelectuales pueden y deben ponerse a hacer inmediatamente.

I

La pasión por definir la realidad de la condición humana de manera adecuada y por dar a publicidad nuestras definiciones, tiene que ser la guía de nuestra labor conjunta. Nuestra primera misión como comunidad intelectual consiste en enfrentar pública-

mente las nuevas realidades del desarrollo de la historia y, por ende, de la responsabilidad e irresponsabilidad política. Tenemos la misión de indagar continuamente las causas de la tercera guerra mundial y de localizar entre esas causas la responsabilidad por decisiones y abstenciones en cada uno y todos los países. En los períodos en que la corriente histórica del hombre avanzaba con lentitud era posible que los dirigentes fuesen mediocres y que nadie lo supiera ni le importase: ¿Qué diferencia hacía? Pero en períodos no lentos que no necesariamente marchan a la deriva, la verdad es que la diferencia entre la vida y la muerte radica precisamente en esos dirigentes. Hay que recalcar este hecho con toda nitidez en la política norteamericana. Debemos destronar las proclamaciones ideológicas que sostienen decisiones fallidas para exponer las premisas dogmáticas en que descansan. Debemos luchar contra la doctrina de que "nosotros" estamos en el saco, de que no hay alternativas, de que es utópica e impráctica toda otra línea de pensamiento y acción que pueda seguirse ahora.

II

Debemos liberar la imaginación humana para emprender una nueva exploración de las alternativas posibles en estos momentos para la comunidad de hombres; debemos enunciar planes, ideas y visiones generales y detallados; en suma, programas. Debemos trascender la mera exhortación de principios generales y reacciones oportunistas. Hacen falta visiones elevadas del futuro que tenemos la oportunidad y la misión de proveer. Debemos desarrollar y discutir entre nosotros —y después entre públicos más numerosos— programas genuinos; debemos hacer de esos programas cuestiones políticas *divisivas* y *partidistas* dentro de los EE. UU.

No somos simples puntales de normas; somos también creadores de normas. Además debemos comprender que la capacidad para formular puntos de vistas radicales y normas más elevadas es una ventaja que la alienación que gozan y sufren los intelectuales les pone a su disposición. El ejercicio de esa libertad se beneficia considerablemente por tal "alienación" y por su aprovechamiento inmediato y feliz. Ahora entre nosotros "alienación" es a menudo entradora palabrita de evasión; debería ser oportunidad aprovechada. Cuando clamamos, como debe ser, la decadencia de las normas y el deterioro de las aspiraciones, también deberíamos establecer nuevas normas,

puesto que de lo contrario no realizamos la labor que nos corresponde. Sin nociones elevadas del futuro carecemos de criterios adecuados para juzgar los acontecimientos y decisiones, y la principal corriente producida por la interrelación de ambos. Sin programas audaces, sin insistentes deliberaciones, no podemos aspirar a orientarnos ni a orientar a los públicos que hallemos y contribuyamos a crear, a las realidades del encuentro mundial y a los posibles significados de la paz.

III

Debemos tomar la democracia seria y literalmente . En la medida en que aceptemos el legado democrático —no sólo como nuestro sino como útil y de valor para el mundo del mañana— debemos comprender que ese legado ha sido una formación históricamente específica engendrada por un juego de factores, una amalgama de dispositivos de procedimientos y de reclamaciones ideológicas muy específicos de la civilización occidental, y que ese legado peligra actualmente, no sólo en el mundo sino también en el mismo Occidente, y, en especial, en los Estados Unidos de Norteamérica. En EE. UU. debemos comenzar a poner insistentemente ese peligro en evidencia; debemos volver a aclarar los valores amenazados y las tendencias y decisiones que ahora los amenazan; además debemos considerar y concebir programas que atenúen esa amenaza para llevar al máximo las oportunidades de los valores que deben realizarse. Las libertades civiles están para ejercerlas. La democracia formal está para actuar en su seno y de ese modo impartirle contenido. Si no lo hacemos, tendremos que abandonar la "defensa" de la democracia y confesar con franqueza que no la encaramos con seriedad.

IV

Lo que nosotros, como intelectuales, debiéramos hacer con los medios formales de comunicación —a los cuales tantos relegan actualmente en su renunciamiento cultural— es emplearlos como creemos que deben emplearse, o, de lo contrario, no emplearlos en abosluto. Debemos suponer que estos medios figuran entre *nuestros* medios de producción y trabajo; que nos han sido expropiados arbi-

trariamente, corporizándolos privada e ilegítimamente, y que ahora se los emplea con fines estúpidos y corruptores que nos mancillan ante el mundo y ante nosotros. Debemos reclamar esos medios como partes importantes de nuestros recursos de desempeño cultural, y debemos atacar a aquéllos de nosotros que prostituyen sus talentos y nos mancillan como comunidad intelectual. Debemos escribir y hablar para los medios en masa en nuestros propios términos, o abstenernos en absoluto. Debemos atraer a los que se dejan usar por ellos simplemente por razones de dinero o de prestigio. Debemos convertir a los medios en masa en medios de educación liberal, lo que equivale a decir liberar la educación.

V

Debemos recordar que la indiferencia política es en cierta medida carne y hueso de una sociedad creciente, de una rica sociedad en plena prosperidad. Pero no debemos olvidar que los EE. UU. están sujetos a depresiones y florecimientos, y que no se puede anticipar la psicología del desocupado de la Norteamérica de mediados del siglo veinte, como tampoco qué dirección podría tomar. Como intelectuales debemos tratar de determinar esta psicología y esas posibles direcciones, y con nuestra labor debemos tratar de informarla y de orientar sus rumbos.

La depresión no tiene más de destino que la guerra. La depresión es un desastre artificial y, como ya he sugerido, ambos desastres —la depresión y la guerra— se vinculan entre ellos. Deberíamos vincularlos en la mente del público. No debemos tolerar que las medidas para paliar la depresión, medidas para subvencionar la fallas de la economía capitalista, se enreden con los medios de la guerra y del empuje hacia la tercera guerra mundial. Como economistas debemos empeñarnos mucho en erigir dramáticos modelos de la economía norteamericana substrayéndoles la economía de la guerra, porque entonces el papel de la guerra en esta economía y las causas económicas de la guerra se pondrían en descubierto para su inspección. Debemos elaborar medidas para evitar la depresión sin prepararnos para la guerra, con el fin de exigirlas públicamente. Debemos, en suma, afrontar al capitalismo como un tipo de economía política y —en vista del mecanismo económico de la depresión y la guerra— debemos discutir sus alternativas.

VI

Nadie conoce los efectos públicos que sobrevendrían si los senadores norteamericanos, aunque fuese un puñado de ellos, investigarán plena y detalladamente la economía y la política de la corriente y el ímpetu hacia la tercera guerra mundial. El más siniestro y desastroso de los efectos del "macartismo" fue el de haber dado a la frase "investigación senatorial" el desagradable e irresponsable sabor que tiene en la actualidad. Pero los intelectuales debemos recordar que el único poder concreto todavía en manos de los cuerpos legislativos es el poder de investigar las burocracias corporizadas, militares y políticas. A través de nuestra labor intelectual y a fuerza de demandas políticos debemos alentar a los senadores a pensar en términos nacionales e internacionales y no en sus posiciones soberanas. Debemos alentarlos y ayudarlos a utilizar el poder del Senado para investigar las causas de la tercera guerra mundial y para que formulen políticas para la paz y sus condiciones. Debemos alentarlos y ayudarlos a examinar el mundo corporizado del comercio, el mundo comercial del gobierno y los dominios corporizados y políticos de la institución militar: en suma, la *élite* del poder en cada una de todas sus proyecciones para la democracia, para la paz y para las sociedades en adecuado desarrollo. Ningún intelectual puede hacer debidamente esto por su cuenta; se requieren los poderes senatoriales de citación. Pero también se requieren la demanda, el apoyo y el trabajo de los intelectuales. Se requiere que la investigación de los científicos sociales se centralice en los problemas importantes en vez de trivialidades exactas, por más ingenio que tengan.

VII

Una lamentable objeción que se suele formular a la asunción de un papel como el que propongo, es que como intelectuales no podríamos conseguir la información necesaria para actuar y hablar con conocimiento de causa, porque en la actualidad casi toda información es secreta. Esta objeción es absurda. Hasta en los aspectos científico y militar el alegar ignorancia es la mayoría de las veces más excusa fácil que hecho cierto. Además, si quienes ocupan el poder se reservan información importante para los problemas políticos, son precisamente los intelectuales quienes deben exigir que

la divulguen. Hay muchas maneras para plantear tales demandas con eficiencia. Una de ellas, por ejemplo, es suponer una gama de posibles respuestas mantenidas en secreto, y conjeturar audazmente sobre cada una de ellas. Esto suscita mucha preocupación. Otra es atacar continuamente con su propia retórica sobre la libre discusión a los que quieren reserva. Estas tareas no son inútiles porque siempre imparten firmeza al público débil y ahora inexpresivo. Son medios por los cuales quienes los expresan se convierten en puntos de concentración de la opinión opositora y del juicio independiente.

Debemos exigir amplia información sobre los asuntos de trascendencia para el destino humano y que se ponga coto a las decisiones adoptadas en irresponsable secreto.

VIII

En suma, lo que se requiere de nosotros, como intelectuales, es que dejemos de librar una guerra fría de técnicos autocoordinados y publicistas a sueldo, de voceros que nadie ha nombrado, de pomposos científicos que abandonaron las normas científicas por las normas de la tecnología científica. Debemos dejar de ser incautos intelectuales de patrioteros políticos. Esta malhadada guerra fría es sin duda una guerra en que nosotros, como intelectuales, debiéramos convertirnos inmediatamente en disidentes conscientes. Tomar esta decisión ni siquiera cuesta grandes riesgos ni sacrificios personales. Sólo requiere cordura y realizar la labor que nos corresponde.

IX

Parte de esa labor es tratar con insistencia de entablar contacto personal con nuestros equivalentes entre los definidos oficialmente ahora como nuestros enemigos, y permitirles y alentarlos a establecer contacto con nosotros.

En vez de recorrer las bases del Comando Aéreo Estratégico en jiras oficiales preparadas convenientemente, debiéramos emprender por cuenta propia, si fuese necesario, no importa lo difícil que sea, expediciones intelectuales y humanas a China, Europa oriental y Rusia. Deberíamos solicitar y exigir que se faciliten y hagan accesibles estos viajes.

Cuando viajamos en programas de intercambio como estudiantes y profesores fuera de Norteamérica, no debiéramos sentirnos representantes semioficiales de ningún país. Debiéramos saber que representamos valores intelectuales y culturales que no reconocen ninguna barrera nacionalista. Si otras mentes están cautivas —como sucede con muchas— debemos enseñarles, debemos revelarles cómo funciona la mente libre.

Cuando encontremos a nuestros equivalentes entre los enemigos, debemos hablar primero con ellos informalmente y en términos humanos directos. Debemos decirles en detalle y con toda sinceridad autobiográfica cómo actuamos y cómo vivimos realmente como intelectuales, científicos y artistas. Además debemos hacerles preguntas, para, de allí, pasar al intercambio de ideas sobre programas.

Debemos concertar con ellos nuestra propia paz por separado.

Como intelectuales, y, entonces, como hombres públicos, ¿acaso no debemos proceder y trabajar como si esta paz, y el intercambio de valores, programas e ideas en que consiste, fuera la paz de todos, como debe ser? Como norteamericanos comprenderíamos el sitio que ocupa en el mundo el poderío de esta nación, y asumiríamos la responsabilidad de declarar cómo se emplea y cómo creemos que se debe emplear ese poderío. Como intelectuales del mundo debemos despertar y unir a todos los intelectuales del orbe.

X

Como intelectuales dedicamos nuestras habilidades al análisis de los asuntos humanos y al desarrollo y expresión de ideas sobre los mismos. Deberíamos dedicar ahora estas habilidades a tratar de hablar a nuestros colegas, entre los cuales se destacan especialmente dos grupos importantes y hasta estratégicos para detener el empuje hacia la tercera guerra mundial y entrar por el camino de la paz: los ministros de Dios y los científicos de la física.

21 — SERMON PAGANO

Para comprender las decisiones cruciales de nuestro tiempo no hace falta considerar las instituciones religiosas ni sus miembros o doctrinas como fuerzas independientes. No interesan aquí los predicadores ni los seglares religiosos; lo que hagan y lo que digan puede descartarse con facilidad e ignorarse sin peligro. Para la mayoría de aquéllos que realmente importan y que deciden, es palabrerío dominical intrascendente, o bien lo emplean como instrumento para sus fines totalmente seculares. Siempre que la religión cuenta, la explotan. En Europa, por ejemplo, lo que todavía se llama "catolicismo" está perfectamente ligado a la política provincial de EE. UU. Desde la España de Franco hasta la Alemania de Adenauer, el empleo norteamericano del catolicismo, y viceversa, por convertir a Europa en pista de lanzamiento integrada y leal parece tener mucho éxito.

Sé que hay excepciones: los cuáqueros se mantienen firmes y los pequeños grupos e individuos de todas partes se atienen a los principios religiosos para combatir la inmoralidad y la irresponsabilidad. Pero la producción sacerdotal término medio suena correctamente

como un desfile de frases gastadas. En general es inimaginativa y a menudo trivial. Como retórica pública es aburrida e irrevelante. Como creencia privada, carece de pasión. En el mundo de Occidente la religión se ha convertido en porción subordinada de la sociedad superdesarrollada.

I

Como fuerza social y personal la religión se ha convertido en una variable dependiente; no origina; reacciona. No denuncia; adapta. No establece nuevos modos de conducta y sensibilidad; imita. Su retórica carece de profundo incentivo; el culto que organiza carece de piedad. Es menos revitalización del espíritu en permanente tensión con el mundo, que respetable refugio de la amargura de la vida. Bien arraigada entre los voceros nacionalistas, la producción verbal de los dirigentes religiosos norteamericanos forma parte ahora de esa definición de la realidad que es oficial, rígida e inhumana. En un sentido plenamente directo, en Norteamérica la religión ha pasado en general a formar parte de la falsa conciencia del mundo del yo.

Entre los aclamantes autómatas de la sociedad en masa, no la virtud humana sino las fallas humanas, envasadas con hermosa presentación, conducen a la popularidad y al éxito. Estos autómatas son hombres y mujeres exentos de conciencia públicamente relevante, exentos de noción de la chocante maldad humana, y su religión es la religión del buen aplauso y las buenas nuevas. El que se trate de una religión sin melancólico contenido religioso es menos importante que el hecho de que sea socialmente brillante y no espiritualmente conmovedora. Se está codeando con Dios como medio para infundir buenos sentimientos totalmente seculares.

Con una religión así, el nuestro es realmente un mundo donde la idea de Dios está muerta. Pero lo importante es que ni siquiera este hecho tenga sentida consecuencia. En suma, los hombres y mujeres son religiosamente indiferentes; no hallan significado religioso en sus vidas ni en su mundo. No depositan sus esperanzas ni sus temores en ningún significado así. Los símbolos religiosos han perdido efectividad para ellos como móviles de conducta personal y como justificativos de política pública. No importa el malestar o exaltación, no importa la desorientación o derrotero, la mayoría de los

hombres saben que poco tiene que ver ahora con la religión. No son prorreligiosos ni antirreligiosos; sencillamente son arreligiosos.

La cristiana creencia verbal en la santidad de la vida del hombre no se conmueve por el barbarismo de la guerra del siglo veinte. Pero esta creencia en sí no entra decisivamente en los planes que se maquinan para la tercera guerra mundial. Stalin preguntó cierta vez cuántas diviciones tenía el Papa, y la pregunta tuvo su fundamento. Nadie necesita preguntar cuántos capellanes hay en cualquier ejército que los quiera; hay tantos como los generales y sus sátrapas crean necesarios. La religión se ha convertido en obsecuente vehículo espiritual y en coadyuvante psiquiátrico de la nación-estado. El nacionalismo es hoy la idólatra religión del mundo. Además, a medida que las naciones se vuelven más y más traficantes de violencia gobernada por la conveniencia, más y más los dirigentes religiosos bendicen sus cálculos de desastre y sus mentiras convenientes.

La guerra total tendría que ser realmente difícil de confrontar para la conciencia cristiana, pero la actual salida cristiana lo facilita; defiende moralmente la guerra y los cristianos de todas las naciones entran fácilmente en vereda —tal como se los lleva a justificarla— en términos de la fe cristiana misma. Hombres de congregaciones religiosas hacen el mal, pero los ministros de Dios los hacen sentirse buenos al hacerlo. En vez de guiarlos en el cultivo moral de sus conciencias, los ministros sofocan con prestidigitación moral esa conciencia cubriéndola con la paz del espíritu.

Decir que estos tiempos son corrompidos porque son idólatras, es ser arrogante con el peso casual de los credos religiosos; definir la lucha mundial como lucha entre fuerzas "religiosas" y "ateas", como lo viene haciendo continuamente Dulles, es sin duda simple fanatismo mal informado. En ambos bandos, entre dirigentes y dirigidos, hay ateos y miembros de todas las religiones del mundo, y también muchos hipócritas, religiosos o no. Que los hombres sean herejes no necesariamente significa que sean inmorales. La definición religiosa oficial de la guerra fría es una trampa para la conciencia cristiana.

II

La muerte moral de la religión de EE. UU. no es inherente a la religión ni específica del cristianismo. Esta religión ha sido por momentos insurgente y por momentos fue complaciente, y se ha

caracterizado por reiterados resurgimientos. En este preciso momento no es ni revolucionaria ni reaccionaria, y no hace ningún verdadero esfuerzo por renovarse para examinar los problemas de los públicos y las tribulaciones de los individuos desde una nueva perspectiva religiosa. La religión no cuenta en el político gran equilibrio de vida y muerte.

Esto no debe extrañar; en efecto, la explicación es sencilla. En su lucha por el triunfo, las instituciones religiosas han entrado en competencia con grandes fuerzas contemporáneas, principalmente las diversiones y la política, y, en las altas esferas, el racionalismo científico. Cada uno de éstos ha venido aventajando a la religión, y, cuando la religión al parecer triunfa sobre ellos, fracasa como religión.

La competencia más obvia se desarrolla con el mundo de los entretenimientos industrializados. Compitiendo con estos medios de distracción en masa, las iglesias se han convertido en instituciones secundarias entre los medios de comunicación en masa. Han imitado y tomado prestadas las ruidosas técnicas de las insistentes máquinas publicitarias y, en términos del buhonero (que vende lo sólido y lo blando) han hecho banales las enseñanzas y hasta la imagen misma de Cristo.

No creo que nada realmente cristiano pueda transmitirse de esta manera. Este malabarismo religioso deseduca a la congregación expuesta a él; mata toda influencia real que los dirigentes religiosos puedan tener. Aunque las multitudes acudan, sólo acuden por el espectáculo; y si está en la naturaleza de las multitudes acudir, también lo está el no tardar en marcharse. Y, en verdad, ¿acaso los cristianos de televisión no son en realidad ateos de butaca? En valores y realidad viven sin el Dios que profesan; a pesar de los diez millones de biblias que se venden por año en los Estados Unidos, son religiosamente analfabetos. Ni sus vidas ni sus pensamientos son informados por los credos en que dicen creer como la palabra revelada. "Si Cristo apareciese en televisión para predicar el Sermón de la Montaña —ha escrito recientemente Malcolm Muggeridge— los televidentes cambiarían a otro canal o se conformarían con comentar que el orador tiene cara interesante. Cristo se habría convertido en personaje de televisión, pero no habría habido cristianismo".

A los ministros de Dios debemos decirles: si aceptáis las condiciones de triunfo que impone el entretenimiento, no triunfaréis. Los mismos medios de vuestro "triunfo" os hacen testigos de vuestro

fracaso, porque debéis apelar a apetitos morales tan diversos que vuestro mensaje por fuerza se generalizará al punto de vacío moral. Si no especificáis ni confrontáis problemas reales, vuestras palabras servirán para oscurecerlos. Si no alertáis moralmente a nadie, permaneceréis moralmente dormidos. Si no entabláis polémica, vuestras palabras inevitablemente serán la aceptación de la deriva hacia el inminente infierno humano. En el camino a ese infierno todos podrán votar por vosotros, pero ese voto no tendrá significado. Seréis menos un centro animado que un fin muerto. Continuando vuestra vida en las convenientes ambigüedades del evangelio, podréis pensar que formáis una institución tolerante; en realidad seréis una fe transigida, y al final de cuentas vuestra satisfacción religiosa no será ni religiosa ni satisfacción. Y en todo esto seguiréis la característica historia del cristianismo, porque los anales del cristianismo *son* perfectamente claros: desde la época de Constantino hasta la época de la radiación mundial y del proyectil ininterceptable, los cristianos han matado a cristianos y al hacerlo fueron bendecidos por otros cristianos.

La política, como la religión, también ha entrado en competencia y ha sido profundamente influida por el mundo del entretenimiento y sus métodos de atracción y distracción. Pero las realidades de la política y de la economía son hoy muy difíciles de ignorar; sencillamente se imponen. Además, son indispensables para la organización militar de la sociedad. La religión no puede competir con los peligros políticos y militares. ¿Qué visión del infierno es comparable con las realidades que encontramos ahora? Lo importante es que los ministros de Dios no figuran en primer plano entre los pocos que definen e impugnan la moralidad de las decisiones e indecisiones políticas que están en el fondo de estos sucesos y preparativos moralmente atroces. Porque una iglesia cuya congregación contiene todas las opiniones políticas y que se lanza en pos de éxitos estadísticos, tiene que mantenerse en próspero equilibrio "por encima" de la política, lo que significa que sirve a cualquier omisión moral que los asuntos de la humanidad revelan.

Como medio en masa, la religión se ha convertido en parte religiosamente ineficaz del espectáculo que rellena ciertas rendijas del tiempo en la semanal rutina de aclamantes autómatas. Como institución integrante de una sociedad política, la religión se ha transformado en retaguardia bien adaptada. En vez de denunciar el mal,

en vez de hacer frente a la agonía, el sacerdote marcha por su afable camino llevando buenas nuevas a los hogares.

III

A semejantes ministros los intelectuales deberían dirigirles sermones paganos, de los cuales mi versión es la siguiente:

Caballeros: como somos de aquellos paganos que toman en serio las declaraciones, debemos hacerles, como declarados cristianos, ciertas preguntas.

¿Qué es predicar? ¿No, es, ante todo, tener conciencia religiosa? No vemos cómo ustedes pueden predicar, a menos que como hombres sean lo contrario de los religiosamente indiferentes. Suponemos que tener conciencia religiosa es hallar algún significado religioso en las propias inseguridades y deseos, conocerse a sí mismo como criatura en alguna relación con Dios que acreciente la esperanza de que sus anhelos y oraciones se realicen. Debemos preguntar: ¿Qué es hoy para ustedes ese significado religioso?

Segundo, predicar significa servir de conciencia moral y expresar esa conciencia. No vemos cómo ustedes pueden hacer eso incorporándose a la fraternidad publicitaria y a los cruzados de fin de semana. No pueden hacerlo manteniéndose "al margen de la política". Ustedes están en contra de la competencia con las diversiones y de la competencia con la política, y creemos que hay una sola manera para que compitan con efecto religioso como religiosos: cada uno de ustedes tiene que ser usted mismo, de manera que sus opiniones provengan inequívocamente de usted como centro moral. Usted debe hablar desde ese centro de sí mismo. Por lo tanto, preguntamos: ¿Por qué no se convierte en el eje y no convierte a su congregación en foro de un público moralmente orientado y moralmente en pie? Es imposible incorporar la ética cristiana sin transigir; sólo puede vivir en una serie de individuos capaces de incorporarla moralmente en sí mismos.

¿No demandan estos tiempos un poco de desafío puritano? ¿No demandan la realización de lo cerca del infierno que es encontrarse en la súbita y violenta realidad del mundo actual del hombre? ¿Acaso quienes todavía tienen acceso a los pueblos del cristianismo no deben levantarse para denunciar con toda la razón, piedad, indignación, caridad, amor y humildad que su fe pueda proporcionarles, las premisas políticas y militaristas seguidas actualmente por los dirigentes de las naciones del cristianismo? ¿No deben denunciar la pseudorre-

ligiosidad de hombres de altos cargos que roban frases religiosas para decorar políticas chifladas y la inmoral falta de políticas? ¿No deben negarse a recitar los estribillos anticristianos oficiales de torpes diplomáticos que no creen en negociaciones y que pronuncian estribillos que son muy pobres máscaras de la falta de política? ¿No deben comprender que el significado moral positivo de lo que se llama "neutralismo" radica en la resolución de que la suerte de la humanidad no dependa de la rivalidad idiotamente dirigida de Estados Unidos y la Unión Soviética?

No queremos ser políticamente dogmáticos sino simplemente breves, y, como ustedes, caballeros, habrán reconocido sin duda, somos religiosamente analfabetos y sin sentimiento. Pero realmente no vemos cómo ustedes pueden pretender ser cristianos sin pronunciarse total y dogmáticamente contra los preparativos y pruebas que ahora se desarrollan para la tercera guerra mundial. Tal como la leemos, el contacto de la doctrina cristiana con las realidades de hoy no puede conducir a ninguna otra posición.

No hallarán ustedes en principios morales la solución de los problemas de la guerra, pero sin principios morales los hombres no son motivados ni orientados hacia su solución. Los principios morales son a menudo inalcanzables, pero eso no conspira en su contra; son guías y cánones, no bienes de consumo visibles y prescindibles. Hoy, empero, los paganos vemos que las morales cristianas se emplean con mayor frecuencia como embozos morales de intereses convenientes que como medios para desembozar moralmente esos intereses.

Por último, creemos que la prueba decisiva del cristianismo radica en que ustedes presencian la negativa de individuos y grupos a participar en la guerra. El pacifismo, creemos, es la prueba de vuestro cristianismo, y de ustedes. Cuando menos, tendría que ser el debate *dentro* del cristianismo.

La fraternidad del hombre es ahora menos objetivo que condición obvia de supervivencia biológica. Antes de que el mundo vuelva a ser seguro para el capitalismo norteamericano, el comunismo soviético o cualquier otra cosa, convendría que primero fuese seguro para la vida humana.

¿Qué tienen ustedes que decir a los pueblos de Indonesia, Rusia y China? Cuando predican, ¿los imaginan ustedes en su iglesia o templo para hablarles? De lo contrario, ¿qué significado tiene para ustedes la fraternidad humana?

Ustedes podrán decir: "No inmiscuyamos la iglesia en política". Bien podrían decir que con buena conciencia el papel político de la

iglesia debe confinarse a lo que ha sido y a lo que es. Pero, en vista de lo que podría ser, si ustedes dicen eso, en realidad dicen: "No dejemos que la iglesia se ponga en el mundo; seamos otra distracción de la realidad". Este mundo *es* político. La política, entendida por lo que es realmente hoy, se relaciona con las decisiones de los hombres que determinan cómo habrán de vivir y cómo habrán de morir. No viven muy bien y tampoco van a morir muy bien. En la política asienta el mal y el bien. Si no llevan la iglesia a la política no podrán enfrentar el mal y no podrán trabajar por el bien. Serán ustedes diversiones secundarias y sátrapas políticos de todo lo que sucede. Serán el gran chiste cristiano.

Los hombres e ideas, la voluntad y el espíritu, están a prueba, quizás en toda verdad por última vez; y en esta prueba, hasta ahora, vosotros, los cristianos, pecáis de omisión. El signo vector de esto es vuestra falta general de oposición efectiva, vuestra participación en el hecho de la insensibilidad moral. Ésta, por supuesto, es una realidad mundial en cuanto a públicos, masas y *élites*, pero mucho más siniestra entre cristianos, aunque sólo sea por los anhelos que han despertado dentro de ellos mismos. Sin embargo, ¿cuál de ustedes ha salido a exponer claramente y sin ambigüedades los problemas de la guerra a muerte y los verdaderos problemas de la paz?

¿Cuál de ustedes está considerando lo que significa para los cristianos matar hombres, mujeres y niños con medios más eficientes e impersonales todavía?

¿Cuál de ustedes dedica su propia imaginación religiosa a divisar otra base distinta para las políticas que rigen la forma en que los hombres deben tratarse entre ellos?

¿Cuál de ustedes, al pretender siquiera un vago contacto con lo que los cristianos denominan el "Espíritu Santo", lo invoca para la redención del día porque sabe que los tiempos son malos?

Si ustedes no se dedican hoy a esto —la condición moral de quienes están bajo vuestro cuidado espiritual— entonces, caballeros, ¿a qué se dedican? Como paganos que esperamos vuestra respuesta, simplemente decimos: ustedes pretenden ser cristianos. Y preguntamos: ¿qué significa eso como realidad biográfica y pública?

En los problemas morales ustedes son los llamados a ser los primeros. Ningún problema moral es comparable hoy con la inmoralidad de la guerra y la preparación para ella, porque en esos preparativos los hombres usurpan —como ustedes dirían— las prerrogativas de Dios. Quedando sentados y quietos, con harta frecuencia haciéndose

eco del palabrerío de la enorme inmoralidad que se toma ahora como conducción política, contribuyen ustedes a debilitar todavía más los ideales de vuestro fundador en esta época de crueles tribulaciones. El cristianismo es parte de la derrota moral de los hombres de hoy. Puede que ya no sea importante como para considerarlo la causa de esta derrota; puede que sólo figure entre las doctrinas pasivas de los espectadores de la derrota moral del hombre.

Espero que no me pidan simplemente evangelios, respuestas, doctrinas y programas. De acuerdo con vuestra creencia, mi tipo de hombre —secular, altivo, agnóstico y todo lo demás— figura entre los condenados. Yo soy yo mismo; ustedes tienen su Dios. Son ustedes quienes deben proclamar el evangelio, declarar justicia, aplicar de verdad, día tras día, su amor al hombre —hijos de Dios, todos ellos, como dicen ustedes— a los asuntos y tribulacioses del hombre. Son ustedes quienes deben hallar respuestas enraizadas en la decisión moral última y decirlas de manera que sean imperiosas.

Espero que vuestra conciencia cristiana no se sienta ni tranquila ni alerta, porque entonces tendría que llegar a la conclusión de que es curiosa como expediente e ineficaz como aparato. Espero que no creerán que haciendo lo que hacen y viviendo como viven renuncian al mal, porque entonces deberíamos deducir que nada saben del mal y, en consecuencia, nada saben del bien. Espero que no se imaginen paladines de la compasión, porque en ese caso podrían no saber todavía que hoy una compasión que no se acompaña de indignación ni terror no es otra cosa que un sentimiento feminoide, indigno de hombres adultos. Espero que no hablaréis desde el centro moral de vosotros mismos, porque, si así fuere, en las tenebrosas noches de vuestra alma, atemorizados y temblorosos, tendréis que tener cruel conocimiento del peligro moral que corréis en esta época de guerra total, y —dado lo que vosotros, los cristianos, decís creer— yo, pagano, os compadezco.

22 — LA CIENCIA Y LOS CIENTIFICOS

Dentro del internacionalismo de la ciencia las naciones de Europa occidental han ocupado un lugar más central que los Estados Unidos o la Unión Soviética. Esto se debió en parte a su primacía histórica y en parte a que en Europa la ciencia ha formado parte integrante de la amplia tradición cultural europea. Históricamente Norteamérica y Rusia estuvieron supeditadas a Europa occidental en cuestiones de innovación teórica en las ciencias básicas.

La ciencia norteamericana no ha desarrollado una tradición científica firme a la usanza europea. Aquí la ciencia ha sido identificada virtualmente con sus productos tecnológicos, sus obras de ingeniería, sus técnicas, y recientemente ha quedado supeditada a la técnica corporizada de la línea de montaje. Es en la aplicación de la ciencia, en el conocimiento del desarrollo de proyectos, en la explotación de este legado para la producción en masa, donde los EE. UU. se han destacado. Este tipo de ciencia industrial y militar contrasta con la tradición académica clásica en la cual investigadores científicos individuales o pequeños grupos participan en una tradición cultural incoordinada. En suma, EE. UU. ha levantado una maquinaria científica: una organización y racionalización cor-

porizada del proceso del desarrollo tecnológico y, en cierta medida —creo desconocida—, del descubrimiento científico mismo.

La ciencia norteamericana se orientó hacia el "agresivo" programa de ingeniería posibilitado por la maquinaria científica. Es precisamente en este aspecto donde la Unión Soviética imitó primero y ahora parece haber llegado a superar a Estados Unidos.

En ambos superestados el incentivo y la culminación de tal adelanto está convirtiendo a la ciencia en firme parte administrada de la maquinaria de guerra. Es verdad que Rusia no tropieza con el inconveniente del carácter derrochador de una maquinaria científica sometida al lucro capitalista privado. Con mayor facilidad que la *élite* norteamericana, la *élite* soviética probablemente sea capaz de enfocar su ciencia en fines tecnológicos básicos o inmediatos. Pero bajo la presión de la guerra fría, la finalidad imperiosa de ambas es una maquinaria científica condicionada a la maquinaria bélica.. En Rusia, igual que en Norteamérica, por lo tanto, los científicos son considerados como un vital recurso nacional; se exige a los científicos hermético secreto, y muchos de los que serían hombres de ciencia son transformados en técnicos de ingeniería. El científico, en suma, está llamado a ser un engranaje de la maquinaria científica; la maquinaria científica, a su vez habrá de ser administrada por personal no científico o por nuevos tipos de gerentes científicos. Las normas de la ciencia básica y el papel del individuo creador —tal como los conociera la civilización occidental— se violan con la construcción y mantenimiento de maquinarias científicas militares, en cuya versión norteamericana más de la tercera parte de los científicos creativos participan profunda y directamente en la actualidad.

No debe creerse que los científicos norteamericanos no han reaccionado ante todo esto ni a las aplicaciones que han recibido temibles productos de la maquinaria científica o que se proyectan oficialmente. En cuanto al problema de la bomba, los científicos quizás hayan mostrado más conciencia política que cualquier otro sector profesional. Si bien es cierto que sus reacciones iniciales y su influencia tras la segunda guerra mundial se redujeron considerablemente por la acción oficial en el caso de J. Robert Oppenheimer y por la disolución de la Oficina de Investigaciones y Desarrollo Científico de la época de la guerra, un notable número de científicos todavía se niega en silencio a trabajar en armas y muchos más actúan con suficiente vigor en la "campaña para suspender los ensayos con bombas", haciendo circular y firmando petitorios. Además, muchos científicos han luchado contra los excesos del "programa de seguri-

dad" y han exigido que se levanten las restricciones sobre los materiales y que se elimine el "secreto" impuesto a los conocimientos humanos.

El poder de la ciencia para cambiar al mundo ha ido en aumento, pero la influencia de los científicos sobre las maquinarias científicas se ha convertido en problema público. Para los científicos ese problema no consiste simplemente en la posición que adoptarían en la guerra fría o ni siquiera si como individuos trabajarían en los nuevos armamentos. No es simplemente cuestión de la ciencia básica frente a la ciencia aplicada. En el fondo de éstos y otros problemas similares está la incompatibilidad que la maquinaria científica plantea con la ética científica. El problema es el de la ciencia básica, como parte de una tradición cultural de alcances internacionales, frente a la maquinaria científica secreta y nacionalista.

Especialmente entre los elementos jóvenes de los Estados Unidos (no conozco los de la Unión Soviética en este respecto) los científicos están adquiriendo creciente conciencia de lo que representa trabajar en uno o en otro; del hecho de que como científicos forman parte de la amplia tradición que comprende las humanidades y las artes liberales; de la diferencia entre científicos que necesariamente pertenecen y dependen de esta tradición amplia, y los tecnólogos e ingenieros que no necesariamente forman parte de ella en absoluto; del hecho de que dentro de la maquinaria científica están ascendiendo ciertos tipos de científicos que no conocen para nada la clásica ética de la ciencia. Dentro de la comunidad científica, en suma, se ha operado una división que los científicos se sienten cada vez más llamados a confrontar.

I

Lo primero que los hombres de ciencia deben hacer es unirse en la comunidad intelectual más que antes y, como miembros, emprender con otros trabajadores culturales las tareas que he sugerido. Deben desarrollar y trabajar por un programa para la paz. Dicho en términos más específicos: deben tratar de ir a lo profundo de la brecha entre ellos mismos y discutirla.

II

Los científicos de todas las naciones deberían honrar públicamente a los colegas que ya hicieron declaraciones por la paz y contra la guerra de las maquinarias científicas. Como hombres de ciencia

y como trabajadores culturales deberían contemplar con aliento la valentía desplegada por hombres como los dieciocho físicos alemanes que formularon declaraciones contra la actividad en nuevos armamentos. Hace poco un vocero alemán declaró: "La posibilidad del veto de los dieciocho todavía pende como espada de Damocles en todas las decisiones gubernamentales concernientes a la política de defensa". Robert Jungk, además, ha escrito: "Hasta parece que el miedo al clamor que provocaría otra declaración de científicos atómicos ha vuelto a obligar al gobierno de Bonn a disfrazar y hasta revisar sus programas de armamentos y política exterior".

III

Los hombres de ciencia de todas las naciones deberían pronunciarse contra quienes, figurando entre ellos mismos como científicos, se empeñan, en las palabras de Norman Cousins, "en hacerlo más misterioso de lo que es, y permiten que este misterio dificulte la participación pública en decisiones concernientes a la ciencia o a los productos de la ciencia". Deberían, tal hizo recientemente Harrison Brown, pronunciarse contra los científicos que prestan su prestigio y sus títulos oficiales al programa belicista emprendido por los gobiernos. Deben señalar la posición y el prestigio que, dentro de la férrea muralla de hermetismo, permiten a ciertos científicos hacer pronunciamientos que los críticos no pueden verificar ni refutar. Los científicos no deben prestar su autoridad a la producción propagandística de la Comisión de Energía Atómica ni a las afirmaciones presidenciales. Más científicos deberían hacer, en ocasiones oportunas, declaraciones como ésta de Harrison Brown: "Creo que el Dr. Teller deforma a sabiendas la realidad de la situación, creo que podemos ponernos de acuerdo con la Unión Soviética para suspender las pruebas, y creo, además, que los acuerdos podrían ser de tal naturaleza que la Unión Soviética los respete porque le convendría mucho hacerlo".

IV

Los científicos deben establecer resueltamente sus foros privados y sus medios de difusión pública. El momento está maduro para entablar intensa y responsable comunicación entre los científicos y otros

trabajadores culturales, y entre los hombres de ciencia y los públicos en general. Cuando se necesiten respuestas científicas para aclarar cuestiones de política pública pero se las desconoce, los científicos las determinarán en consultas entre ellos. Conocidas las respuestas, deben darlas a publicidad de manera responsable como científicos. En suma, deberían erigirse informal pero profesionalmente en "servicio civil superior" políticamente neutral pero políticamente trascendente. Sólo de esta manera evitarán irresponsables controversias entre ellos mismos y evitarán que los funcionarios y amos de la guerra, que preferirían mentir y fanfarronear en su propio beneficio, los utilicen como instrumentos. Únicamente de esta manera evitarán presentarse ante los públicos como asalariados de los círculos mandatarios, figurando, en cambio, como miembros de la comunidad cultural, y, en consecuencia, responsables ante la humanidad.

V

La deliberación de los científicos debería conducir al desarrollo de un código de ética para hombres de ciencia. Así como los abogados y médicos adquieren conciencia de su profunda participación en la sociedad mediante un código de ética profesional, lo mismo tendría que suceder ahora entre los científicos. Tal código en cualquier grupo profesional tiene la virtud de proteger de ellos mismos y de otros grupos a quienes ejercen; a menudo el código no es más que eso. Pero también debería proteger a la sociedad de prácticas reñidas con la ética por parte de los que ejercen, y, por supuesto, definir tales prácticas. Philip Siekovitz —bioquímico e investigador médico— propuso recientemente un código así para científicos. Su finalidad, sugiere, no es "gobernar a la sociedad, sino solamente contribuir a la autorregulación de los individuos; no serviría para fiscalizar las investigaciones sino para mantener normas. Los psicólogos no deben dedicarse, por ejemplo, a ayudar a ciertos grupos a preparar llaves para abrir furtivamente las libretas de anotaciones de otros. Los científicos, químicos y bacteriólogos de la medicina no deben trabajar por los intereses de los menos contra los intereses de los más. Esta gente ya no es científica; son técnicos a sueldo de hombres con intereses exclusivos. Lo que necesitamos es una especie de sistema gremial en ciencias que excluya a tales técnicos de la práctica de las investigaciones..."

Uno de los grandes frutos de todo intento de los científicos por

formular un código así y ponerlo en vigencia entre ellos mismos sería el favorecer la deliberación moral y política dentro de la comunidad científica.

VI

De tales deliberaciones también cabe esperar que surja la demanda para el establecimento de un "Departamento de Ciencia y Tecnología" civil. Todas las reparticiones científicas del gobierno deberán depender de este departamento, que se convertiría en centro focal del esfuerzo de los científicos como hombres de ciencia y como trabajadores culturales conscientes de su función política. Reemplazando el actual laberinto y confusión de comisiones y consultores por una organización centralizada así, se aumentarían las perspectivas de que la ciencia y los científicos asuman una función pública responsable. Constituiría un foro dentro del cual los debates sobre ciencia y los debates sobre política por los científicos serían democráticamente abiertos y responsables. Además se incrementaría la posibilidad de sustraer el esfuerzo científico de la autoridad militar y de las decisiones del Pentágono.

VII

Los científicos, como hombres de ciencia y como miembros de la comunidad cultural, no deberían, creo, alentar ni ayudar a la *élite* norteamericana a ampliar su maquinaria científica para que iguale y supere la de la URSS. No deberían preocuparse por el atraso de la ciencia norteamericana en ese sentido, sino dedicar esa preocupación a estimular la reflexión sobre los usos de la racionalidad científica tanto en EE. UU. como en la URSS. La comunidad científica debería deliberar y fomentar en el público en general la discusión en cuanto a si, a la luz de la comunidad humana y de los recursos del mundo, se está enfocando debidamente la labor científica y el desarrollo tecnológico.

Por ejemplo, deberían preguntar públicamente y preguntarse a sí mismos: ¿Quién quiere ir a la luna, al final de cuentas? ¿Usted? ¿De veras? ¿No le parece que hay otras cosas más necesarias? Además, no importa lo que le parezca, ¿no comprende que se está

gastando una creciente proporción de su esfuerzo precisamente en ese viajecito, con creciente riesgo para su vida?

Me concierne menos el punto de vista que prevalezca al respecto que el hacer que las decisiones sean publicadas y, como tales, discutidas por los públicos y por los trabajadores culturales ante los públicos. Me concierne que la exploración humana del espacio figure en el contexto de una sociedad en adecuado desarrollo, y no en el de la metafísica militar.

Mi propio criterio, sin embargo, es que solamente quienes han hecho del progreso científico un fetiche, no importa su dirección ni resultados, deben considerar hoy la insistencia en los viajes espaciales como aplicación razonable y adecuada de la racionalidad, esfuerzos y recursos del hombre. Dada su gravitación militar y los peligros militares en los cuales descansa y que incrementa, el enfoque es irracional para un esfuerzo científico tan total. Además, dada la condición humana de hoy, representa un inmoral derroche de energía económica. Sin embargo como paso culminante de una irresponsable serie de decisiones y abstenciones, encaja muy bien en la metafísica militar de las *élites* chifladas de Rusia, Estados Unidos y los puntos intermedios.

VIII

Los científicos deben exigir el levantamiento de todas las restricciones que pesan sobre los trabajos científicos por razones de seguridad y lealtad, y que se invite a participar en esos trabajos a calificados científicos del mundo entero, específica y directamente incluido J. Robert Oppenheimer. Deben indicar claramente que la seguridad del "secreto científico" es ilusoria, que ese secreto conduce a la ansiedad y el temor a nerviosos funcionarios, que conduce a nerviosidad oficial; que el secreto sólo nutre la inseguridad.

A quienes los acusan de "derrotismo" o de "favorecer el rearme soviético" deberían responder con las palabras del físico alemán Max von Laue: "Supongamos que vivo en una gran casa de apartamientos y me atacan los ladrones; se me permite defenderme, si fuese necesario, y hasta puedo hacer fuego, pero en ninguna circunstancia debo hacer volar la casa. Es verdad que hacerlo sería eficaz defensa contra los ladrones, pero el mal resultante superaría por mucho todo lo que yo pudiese sufrir. ¿Y si los ladrones tienen explosivos para destruir la casa entera? Entonces les dejaría la responsabilidad del mal y no contribuiría para nada a él".

IX

Como miembros conscientes de la comunidad cultural, los científicos deberían trabajar dentro de su tradición científica y negarse a convertirse en miembros de una maquinaria científica bajo autoridad militar. Dentro del Departamento de Ciencias civil, dentro de su profesión y ante el público en general, deben defender públicamente la ciencia y practicarla en términos de sus normas clásicas y creadoras, y no en términos de los dispositivos de la sociedad superdesarrollada ni de las monstruosas armas de las maquinarias bélicas. Deben exigir que se centralice el libre intercambio de información y teoría sobre los problemas industriales del mundo. Por razones que ya he expuesto, deberían, junto con otros trabajadores culturales, tratar de retirar de la economía privada las investigaciones y desarrollo científicos directamente relacionados con lo militar. Deberían exigir que Washington no conceda ningún contrato de carácter científico a corporaciones comerciales privadas. Como profesionales, deberían discutir la negativa a trabajar bajo tales contratos y considerar el boicot profesional de ciertos proyectos. En formas pasivas y activas deberían retirarse unilateralmente de la maquinaria científica, tal como existe actualmente, para así abolirla.

"Pero si yo no lo hago— piensan algunos científicos— lo harán otros. ¿Entonces, qué diferencia hay?" Esto es menos un argumento que gesto irresponsable. Se basa en una concepción de sí mismo como persona completamente privada, en la aceptación de la propia impotencia, en la idea de que el acto en cuestión, cualquiera sea, forma parte del destino y no está sujeto a la propia decisión.

Mis respuestas a esta actitud son: si no lo hace, por lo menos no es responsable de que se haga. Si se niega a hacerlo en voz alta, otros puede que se abstengan de hacerlo en silencio, y quienes lo hagan vacilarán y tendrán nociones de culpabilidad. Negarse a hacerlo es iniciar la práctica del código profesional, y quizás empezar a crear ese código como fuerza histórica. Negarse a hacerlo es un acto en que uno se afirma como centro moral de la decisión responsable; es un acto que reconoce que usted, como científico, es ahora hombre público, lo quiera o no lo quiera; es el acto del hombre que rechaza el "destino", porque revela la resolución de un ser humano de colocar por lo menos su propio destino en sus propias manos.

23 — DEL DESTINO Y LA VOLUNTAD RADICAL

Lo que he venido tratando de decir a los intelectuales, predicadores y científicos —como también en forma más general al público— se puede resumir en una sola frase: Abandonen la retórica liberal y el renunciamiento conservador que ahora forman parte de la única y la misma línea oficial; traspongan esa línea.

Todavía se habla mucho del derrumbe de la "derecha" y la "izquierda", que tan de moda estuviera hace varios años; de que lo "conservador" y lo "radical" ya no son viables como orientaciones intelectuales y políticas. Creo que en gran medida estos comentarios forman parte de la abstención de los trabajadores intelectuales y revela su falta de imaginación. Como tipo político, el conservador, en común con el indiferente, se conforma en general con "ser como los demás y tomar las cosas como vienen", porque cree que el *statu quo* se ha formado lentamente y que como tal es un estado de cosas todo lo beneficioso que cabe esperar. En suma, el conservador extremo es un hombre que renuncia a la formación volitiva de la historia.

El radical (e incluso el liberal) es el hombre que no renuncia. Acepta que muchos acontecimientos humanos, acontecimientos inclu-

so importantes, puede que realmente obedezcan a tantos actos pequeños como para resultar imprevistos, pero también comprende que más y más acontecimientos de nuestra época no son obra de ese destino sino el resultado de decisiones que personas identificables, que tienen acceso a los nuevos medios de decisión y poder, hacen o dejan de hacer.

Dados estos medios de administración, producción y violencia, es evidente que aumenta el número de acontecimientos que obedecen menos al destino inexorable que a las decisiones, abstenciones o ignorancia —según el caso— de los altos círculos de los superestados. Reflexionar sobre el presente como historia es comprender que la historia podría hacerse ahora por abstención. Comprendiendo eso, ya no necesitamos aceptar como "necesario" el menor de los males. Ya no nos hace falta aceptar el destino histórico, porque el destino es característico de tipos especiales de estructura social, de sistemas de poder irresponsables. Estos sistemas pueden modificarse. Es posible superar el destino.

Debemos llegar a comprender que mientras los dominios del destino disminuyen, el ejercicio de la responsabilidad también disminuye y en realidad se organiza como irresponsabilidad. Debemos responsabilizar a los hombres de poder en diversa medida por los acontecimientos trascendentales, y debemos desenmascarar sus pretensiones —y a menudo sus propias erróneas convicciones— de que no son responsables. Nuestra política, en suma, debe convertirse en la política de la responsabilidad. Nuestra acusación básica contra los sistemas de Estados Unidos y la Unión Soviética debe ser que, de distintas maneras, ambos viven por la política de la irresponsabilidad.

En Oriente y Occidente, la idea de responsabilidad se halla hoy en triste condición. O se la diluye en retórica liberal o se convierte en sonada y sangrienta purga. Pero debemos aferrarnos a ella, debemos tomarla seriamente, debemos comprender que para usarla es menester conocimiento e indagación, continua reflexión e imaginación.

Hay que responsabilizar a quienes deciden por los hombres y mujeres del mundo que son afectados adversamente por sus decisiones y omisiones. ¿Pero quiénes se encargarán de responsabilizarlos? Este es el problema inmediato del poder político. Hoy en Oriente y Occidente la respuesta inmediata es: la comunidad intelectual. ¿Quiénes, aparte de los intelectuales, son capaces de discernir el papel histórico de decisiones explícitamente formadoras de historia? ¿Quién más está en condiciones de comprender que ahora el destino mismo debe ser colocado sobre el tapete político?

Tenemos que comprender que ya no se puede esgrimir el destino ni como excusa ni como esperanza, que ni nuestras esperanzas ni nuestros temores forman parte de nada inevitable, que marchamos por cuenta propia. ¿No sería de elemental honestidad que el intelectual comprendiera este hecho nuevo y radical de la historia humana y que así por lo menos considerase las decisiones que él está haciendo en realidad, en vez de segar con su obra que tenga a su alcance alguna decisión responsable?

La democracia exige en quienes sufren las consecuencias de las decisiones suficientes conocimientos como para exigir rendición de cuentas a quienes deciden. Si los hombres esperan que Norteamérica sea una sociedad democrática, deberán recurrir a la comunidad intelectual en busca de conocimientos sobre las decisiones que modelan en la actualidad el destino humano. Los hombres deben depender de los conocimientos que suministra esta comunidad, porque por experiencia personal apenas conocen una pequeña porción del mundo social que ahora los afecta.

Sin embargo los principales círculos intelectuales, tanto de Norteamérica como de otras partes, no han proporcionado verdaderas imágenes de la *élite* como personas en irresponsable comando de medios de poder sin precedentes. En cambio han inventado imágenes de un conglomerado de hombres razonables, abrumados por los acontecimientos, que hacen todo lo que pueden en una situación difícil. Con su ablandamiento de la voluntad política, la posición conservadora de los intelectuales, de la cual surgieron estas imágenes, permite que los hombres acepten la depravación sin ninguna impresión personal de ultraje y abandonen el objetivo central del humanismo occidental que tanto se hiciera sentir en la experiencia norteamericana del siglo diecinueve: los audaces dominan por la razón el destino del hombre.

Hoy cunde mucha angustia porque en la década del treinta había causas y ahora ya no las hay. Creo que esto significa que en los años del treinta las causas figuraban todas como programas y poco esfuerzo intelectual o moral se requería para seguirlas. En la actualidad la energía social para desarrollar tales causas parece faltar.

En consecuencia, tenemos el a menudo quejumbroso desaliento de la escena cultural reciente y el obvio hecho internacional de la abstención política de los trabajadores culturales. Esta queja y esta abstención descansan en la necesidad insatisfecha de especificar los

problemas privados que componen el vago malestar de los individuos; de convertir a la indiferencia y el malestar en cuestiones públicas, y de convertir la incomodidad y la indiferencia en litigios polémicos y problemas abiertos a la investigación.

El malestar privado y la indiferencia pública, hablando intelectualmente, descansan en la falta de noción de los valores que peligran y de las causas que los hacen peligrar. La promesa incumplida del pensamiento político que también es culturalmente sensato, proviene de no haber afirmado los valores ni tampoco los peligros ni la relación entre ambos. No puedo menos que pensar que esta omisión representa otro caso más del surgimiento de la discordia internacional en Occidente. Hay un despliegue de socialismo, tanto en su verdadero significado como en sus oportunidades, en Europa oriental, Rusia y China. Se está poniendo a prueba al capitalismo en Europa occidental y América del Norte. Pero para quienes se dedican a la política de la cultura y a la cultura de la política, la prueba más importante tiene que ver con los problemas situados en el encuentro internacional de los dos superestados. Este encuentro no sólo es el encuentro de dos tipos coexistentes de economía política, y los problemas que plantea no son solamente los problemas de cómo se habrá de industrializar al mundo: el encuentro mundial también es un encuentro de modelos de carácter humano. Porque los tipos de carácter humano que habrán de prevalecer están siendo seleccionados y formados como modelos del ser humano que habrá de prevalecer en los Estados Unidos y Rusia. Y dentro de estas sociedades superdesarrolladas es inminente la puesta a prueba de todas las expectaciones modernas acerca de lo que el hombre *quiere* llegar a ser.

En las jerarquías oficinistas y profesionales norteamericanas, como también en los estratos medios de la "intelligentsia" soviética —de distintas maneras pero a menudo con extraordinaria convergencia— presenciamos ahora el ascenso del aclamante autómata, del idiota tecnológico, del realista chiflado. Todos estos tipos encarnan una modalidad común: racionalidad sin razón. El destino de estos tipos y de su modalidad, lo que se haga con ellos y lo que ellos hagan, ésta es la prueba real, incluso la definitiva, del "socialismo" y del "capitalismo" de nuestros tiempos. Es una prueba sobre los tipos de seres humanos y los tipos de cultura que habrán de convertirse en modelos preponderantes de aspiración humana. Es una prueba épica que separará al período contemporáneo de la "edad moderna". Para que esa prueba sea clara, según afecta a cada región del mundo

hasta los íntimos rincones de la personalidad, se requiere una unión de reflexión política y sensibilidad cultural de un tipo como nunca se llegó a conocer realmente hasta ahora. Es una unión ahora escasamente disponible en la comunidad intelectual de occidente. Puede que el intento por lograrlo y por utilizarlo con provecho sea la prueba de la cultura humana misma.

RECONOCIMIENTOS

El contenido de este libro fue presentado en su más escueto bosquejo en marzo de 1958 con las conferencias Sidney Hillman Award de Howard University, Washington, D. C. Varias partes del libro también fueron presenttadas en conferencias pronunciadas en 1957 y 1958 en la Universidad de Copenhague, la Universidad de Frankfurt, un "fin de semana" en Surrey en la Escuela de Economía de Londres, en la Universidad de Illinois, la Universidad Estatal de Ohio, una reunión de la Iglesia Unida de Canadá en Toronto, y en la Primera Conferencia del Medio Oeste de la Iglesia Unitaria.

Los artículos incorporados aquí con redacción reformada aparecieron en *The Nation* del 7 de diciembre de 1957 y 8 de marzo de 1958, en el *British Journal of Sociology* de marzo de 1958, y en *Partisan Review* (julio- agosto de 1952). Deseo agradecer a los directores de estos periódicos por su amable autorización para emplear esos materiales en su forma actual.

Al preparar esta obra también aproveché ideas contenidas en libros publicados anteriormente —en particular *The Power Elite*—, ampliándolas y adaptándolas a los problemas de la guerra y la paz.

Mis amigos William Miller, de Ridgefield, Connecticut, y Harvey Swados, de Valley Cottage. Nueva York. me ayudaron generosamente a aclarar ideas.

C. W. M.

ÍNDICE

CUARTA PARTE

EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES

Se terminó de imprimir en los talleres
de Artes Gráficas Doce S.R.L.
Humberto I° 2071, Avellaneda, en la
1ª Quincena de julio de 1960.